

A romantic couple is shown from behind, looking out over the Colosseum in Rome. The man is wearing a red shirt and has his arm around the woman's shoulder. The woman is wearing a brown jacket and a white hat with a black bow. A vintage camera and a map are on a ledge in the foreground. The scene is bathed in warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The Colosseum's arches are visible in the background.

HQN™

10 COSAS QUE QUIERO HACER ... CONTIGO

Irene Mendoza

10

**10 COSAS
QUE QUIERO HACER...
CONTIGO**

Irene Mendoza

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Irene Mendoza Gascón
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
10 Cosas que quiero hacer... contigo, n.º 201 - agosto 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-9188-719-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

1. Charlar
2. Tomar café
3. Hacer fotos tontas
4. Ver películas
5. Dar largos paseos
6. Ir de la mano
7. Ver la puesta de sol
8. Ver salir el sol
9. Bailar lento

y...

10. Hacerlo todo otra vez

Malibú, 20 de junio de 2015

Soy Roma. Me llamo así porque, seguramente, mis padres lo decidieron bajo los efectos de algún canuto de marihuana. Dado su mutuo pasado hippie es lo más probable.

Me criaron entre Malibú y Londres escuchando a The Who y a The Mamas & the Papas. Mi padre, un estudiante de Economía de Berkley de veinte años, de origen judío y mi madre, una modelo londinense de diecisiete años y de la alta sociedad, se conocieron en un concierto improvisado de Bob Dylan, en West Hollywood, en The Troubadour, en el año 64. Después compartieron yoga y ayuno en el desierto de Mojave, estuvieron en Woodstock, o eso dicen ellos, y lucharon contra la Guerra del Vietnam posando junto a Jane Fonda. Nunca practicaron el amor libre y abandonaron enseguida el hippismo más recalcitrante para dedicarse al diseño de camisetas playeras en un local en Venice Beach, que acabaron convirtiendo en un emporio de la moda. En la actualidad, la marca Silverstone vende en sus tiendas repartidas por todo el planeta, calzado, todo tipo de complementos y por supuesto las míticas camisetas de algodón, que son objeto de culto, plagiadas hasta la saciedad y veneradas por los gurús de la moda.

La primera camiseta pintada a mano la realizó mi madre, pariente lejana de los Windsor. Ella es amiga de Elton John y de Ana Wintour y mi padre del Dalái lama y de Steven Spielberg. Mi hermano mayor, Adam, nació en 1969. Here Comes the Sun, de George Harrison, fue su nana para dormirse.

No le conocí, pero tanto mi casa de Malibú como la de Londres están plagadas de sus fotografías. Mi infancia transcurrió visionando antiguos vídeos de sus dieciocho años de vida y llena de divertidas historias acerca

de él. Murió demasiado pronto, de leucemia, y mi madre, desolada, se empeñó en volver a serlo a los cuarenta años. En 1990, tras varios intentos fallidos, nací yo. Se supone que soy una más de lo que ahora se denomina «millennials».

Tengo veinticinco años, me caso dentro de unos días y no sé si realmente quiero hacerlo.

(Carta escrita por Roma Silverstone en la primera página de su diario días antes de su boda).

Capítulo 1

Roma

Todo comenzó aquel primer viernes de julio, en el verano de 2015, dos días antes de mi boda.

Estaba en el aeropuerto Fiumicino de la capital de Italia porque me había empeñado en celebrar mi despedida de soltera en Roma. Ya que yo llevaba su nombre, quería conocer la Ciudad Eterna, y hasta allí me dirigí, desde LAX con escala en Heathrow. La boda se iba a celebrar en la costa italiana, frente al mar Tirreno, en la mansión de un viejo amigo de papá, un modisto italiano muy famoso con el que mi padre había colaborado para sus primeras colecciones *prêt-à-porter* y que había hecho mi vestido de novia, un diseño exclusivo de su *atelier* de París.

Según mis amigas todo era como un cuento de hadas; el lugar elegido para el enlace parecía una antigua villa imperial romana frente al mar, el vestido que habían mandado hasta Londres para hacerme los últimos arreglos era precioso y ellas, mis mejores amigas de L.A., las de mis veranos de adolescencia en Malibú, iban a estar aquel fin de semana conmigo. Entonces, ¿por qué no me sentía contenta?

A Oliver le había parecido «una extravagancia», pero no se había opuesto a mis deseos. No le había visto desde que estuvimos juntos en Wimbledon. Llevábamos casi dos semanas separados y me sentía extraña. No era exactamente como echarle de menos, era una sensación más bien de vacío. Él tenía asuntos que atender en la City, los negocios bursátiles de su familia, siempre dedicada a las finanzas por generaciones. Quería dejarlo todo bien atado antes del viaje de bodas, me dijo.

Yo había pensado que pasaríamos el fin de semana del enlace juntos y había confeccionado una lista con las diez cosas que quería que hiciésemos durante

nuestra estancia en Roma. Eran cosas normales para cualquier pareja, tales como tomar una café juntos, hacernos fotografías tontas, ver una película, dar largos paseos, ir de la mano, ver salir o ponerse el sol y ese tipo de experiencias que me había dado cuenta que no habíamos hecho todavía Oliver y yo.

Pero finalmente Oliver iba a llegar tarde, justo para la boda. Tenía mucho trabajo, me dijo. Después nos iríamos de luna de miel a Bora Bora, a un exclusivísimo complejo turístico. De todas formas, le envié por correo electrónico mi lista, pensando ya en la luna de miel.

El equipaje para el viaje de novios ya estaba en la villa a orillas del Adriático. Mis padres, junto a mi futura familia política, también. Yo había preferido alojarme en uno de los hoteles más elegantes y caros de la ciudad. La despedida de soltera iba a ser la noche anterior a mi boda, en aquella villa. Todo genial, aunque lo que estaba deseando de verdad era salir por Roma con mis amigas la misma noche de mi llegada. Ya lo teníamos todo pensado. Una cena con comida típica, unas copas y toda la noche romana para nosotras cuatro.

Mis amigas se alojaban conmigo en pleno centro de la ciudad y habían prometido venir a buscarme al aeropuerto, pero al bajar del avión no encontré a ninguna. Ni a Sam ni a Stacy ni a Megan. Siempre habíamos estado juntas, en los mejores y los peores momentos. Una era hija de un director de cine muy prestigioso y de su musa, la actriz más famosa de los 80. La otra, de dos actores muy famosos que habían tenido el divorcio más mediático de los últimos veinte años. La tercera era la hija de un productor musical y una cantante de hip hop. Todos amigos de mis padres.

Eran unas buenas chicas, a pesar de haber crecido en Hollywood.

En vez de encontrármelas esperando me topé con un tipo con cara de mafioso de película de Coppola que había enviado mi padre como chófer.

Si voy con unas gafas de sol, mis *sneakers* y un sombrero o una gorra puedo pasar desapercibida porque no soy una actriz o una cantante de moda. Solo soy lo que se llama una *it girl*, *celebrity*, *socialité*. Hay muchos nombres para denominar a una hija de padres famosos y, por lo tanto, famosa de nacimiento.

Mis padres me habían dado una educación libre y ecléctica. Además de mi idioma materno, sé francés, bastante español y algo de italiano. No he ido a la universidad, pero he estudiado en casa todo tipo de materias, desde historia, arte o literatura hasta ciencias, siempre con profesores privados. He trabajado

como modelo para la firma de mis padres y varias casas de moda. Promociono para amigos de la familia un montón de productos muy diversos, desde gafas de sol a bolsos o perfumes, todos de famosas firmas y de primerísima gama, y según muchos soy una *influencer* porque mi cuenta de Instagram ha llegado a tener un millón de visitas.

Cuando publico una foto con algo que he comprado se agota en las tiendas, si acudo a una fiesta, esta se convierte automáticamente en un evento, y si voy a un bar nuevo es el lugar de moda al día siguiente. No he sido modelo porque soy bajita, pero mi cara sale en *Vogue* y *Elle* o en *Harper's Bazaar*. Y cada año me invitan a la ceremonia de los Óscar, aunque yo prefiero saltarme esa gala tan soporífera para irme con mis amigas de la infancia a alguna fiesta improvisada junto a la playa.

A Oliver le conocí en una aburrida fiesta en Londres. Estaba con mi familia materna y él era el amigo de un primo mío. Y lo cierto es que, aunque solo tiene 33 años y me pareció muy guapo, también pensé que era demasiado mayor y estirado para mí. Mi madre le encontró encantador y le vio enseguida un aire a Tom Hiddleston. Él me dio la lata, se hizo el contradizo conmigo y con mi madre, me invitó a comer e insistió hasta que consiguió una cita.

Llevábamos juntos varios años, casi cuatro, cuando pidió mi mano por Navidad. No le dije que sí a la primera, pero no se dio por vencido fácilmente y eso me gustó. Creo que por eso acepté.

Mi madre estaba encantada, y sus padres y mis amigas, así que al final acepté sin pensarlo demasiado. Oliver es muy trabajador, no es mujeriego, bebe lo justo. Nos llevamos bien, nunca hemos discutido. Me prometió un viaje de novios de ensueño y me regaló un anillo impresionante. ¿Qué más podía pedir?, me decía todo el mundo.

No lo llevo puesto porque no me gustan las joyas muy ostentosas. Me siento incómoda cargada de alhajas, muy maquillada o con tacones. Me encanta vestir las camisetas de la empresa familiar o deportivas de lona. Mi estilo es un poco más *neo grunge*, dice Anna Wintour. Yo solo sé que me gusta ir cómoda por la vida.

Llegué al aeropuerto romano durante la primera ola de calor del verano. Todo el mundo sudaba a chorros, hasta las azafatas de primera clase, que parecen no sudar nunca. Treinta y seis grados centígrados a la sombra en pleno

julio y aquel bruto de chófer que me habían endosado no sabía lidiar con los paparazzi.

Venían siguiéndome desde Londres buscando una exclusiva. La hija de Jack Silverstone y Laura Marling, Roma Silverstone, se casaba en la capital italiana con el empresario londinense Oliver Thomas Phillips. Era la boda plebeya del año. Al enlace iban a acudir empresarios, cineastas, escritores, actores y todo tipo de famosos de Los Ángeles y parte de la gente más pija de la capital británica. La mezcla podía resultar explosiva, pero así eran mis padres y yo los adoraba por ello.

Nada más poner un pie en el aeropuerto de Fiumicino y parapetada tras unas gafas de sol, comenzaron a seguirme al grito de preguntas tan superficiales, machistas e idiotas como: «Roma, ¿estás feliz por tu boda?». «¿Por qué tu novio no está contigo?». «¿Por qué no llevas puesto tu anillo de compromiso? ¿Lo has perdido?». «¿Para cuándo los niños?».

Como respuesta solo deberían haber obtenido una visión del dedo medio de mi mano derecha o izquierda, pero eso también vende y mi madre me enseñó que nunca hay que regalarles nada a esas sanguijuelas. Y nunca lo he hecho.

Con mi mano derecha sujeté mi bolso de viaje, una mochila de ante raída que había sido de mi hermano, y con la izquierda mi pasaporte y mi móvil, intentando contactar con mis amigas y a la vez caminar sin tropezar o chocarme con alguno de aquellos parásitos, sin dejarles entrever mi malestar. Nunca una mala cara, ni una mueca, ni un mal gesto. Absoluta cara de póquer y cabeza fría para no perder los nervios.

En el hilo musical de la terminal sonaba Dean Martin y su famosa canción *That's amore* y yo intentaba mantener a raya la desagradable angustia que siempre me provocaban los lugares atestados de gente. Había aprendido a manejar esas situaciones controlando mi respiración. Solo tenía que respirar despacio, tomar el aire por la nariz lentamente y soltarlo igual de lento por la boca. Sin aspavientos, como decía mi madre.

*When the moon hits your eye
Like a big a pizza pie
That's amore
When the world seems to shine
Like you've had too much wine
That's amore*

En la entrada me esperaba el chófer que en vez de agarrar mi equipaje de mano se puso a vociferar a los paparazzi en italiano.

«¡Será imbécil! Esto solo va a empeorar las cosas. Nos van a seguir y no voy a poder dar un paso por la ciudad sin que estas ratas me pisen los talones», pensé rabiosa, intentando meterme en el coche sin conseguirlo.

El tipo subió la voz unos cuantos decibelios y una nube de curiosos y otros cuantos taxistas que esperaban a posibles clientes se agolparon a husmear qué pasaba, cerrándome el paso hacia el Audi negro con las lunas tintadas.

«Siempre que me pongo nerviosa me pasa igual», bufé con desesperación.

Empezaba a sentir unas imperiosas ganas de orinar y me enfadé conmigo misma por no haber tenido la previsión de ir al baño antes de bajar del avión. Error de manual.

En un momento de ofuscación, tal vez por el calor o quizás porque era ya la hora de comer, un fotógrafo italiano increpó al chófer mentando a su madre y todo se precipitó. El chófer se abalanzó contra la cámara del paparazzi tirándola al suelo y el tipo le arreó un derechazo directo al mentón. Parte de los paparazzi comenzaron a sacar y sacar más fotos y el resto se enzarzaron en separar a su colega del chófer, que ya rodaba por el suelo con el otro tipo. La trifulca se estaba volviendo monumental y yo, horrorizada, no sabía qué hacer, estaba paralizada.

El corazón comenzó a latirme desbocado. Sabía que ese era uno de los primeros síntomas antes de hiperventilar y perder el control.

«¡Oh, mierda, solo falta que me pase lo de aquella vez!», pensé aterrada.

De repente, una mano me agarró del brazo y me giré, a punto de gritar.

—Venga conmigo, señorita Silverstone.

El que me dijo eso, en inglés, pero con un ligerísimo acento extranjero que no logré reconocer, era un tipo alto, muy serio, vestido de traje y corbata, con gafas oscuras, bien afeitado y con una boca muy bonita. Es todo lo que pude apreciar de él en un primer vistazo.

—¿Y por qué debería hacer tal cosa? —pregunté alterada.

—Porque voy a sacarla de aquí. Soy su escolta y me envía su padre. No se preocupe por nada.

No sé por qué aquella voz suave y profunda consiguió tranquilizarme. Simplemente le creí y le seguí.

Capítulo 2

Nic

La redacción del periódico era un hervidero de gente acelerada, gritos, móviles sonando y el aire acondicionado a pleno funcionamiento. El calor de aquel recién comenzado verano romano se estaba convirtiendo en algo insoportable. Las altas temperaturas no daban tregua desde mediados de junio y aquel 3 de julio todo el mundo estaba ya desesperado, con aquella ola de calor procedente de África que no remitía ni de día ni de noche.

En el despacho de mi jefa, mucho más refrigerado que el resto de la redacción, yo intentaba convencerla de que tenía una exclusiva, la exclusiva del año. Estaba seguro de que lo iba a conseguir, que esta vez iba a lograrla e íbamos a venderla a todas las revistas de gran tirada nacional e internacional. Con lo que sacase, por fin tendría mi billete de avión a los Estados Unidos y a un futuro Pulitzer.

Por desgracia mi labor periodística no tenía nada que ver con la actualidad política, que era lo que realmente me interesaba. El periódico en el que trabajaba era un panfletucho de cotilleo rosa que se encargaba de poner al descubierto infidelidades, falsas identidades sexuales y todo tipo de escándalos, fuesen o no reales, de la sociedad italiana. Por supuesto, todo se hacía sin el consentimiento de la víctima. Y yo había elegido ya a la mía: Roma Silverstone.

En realidad, soy periodista, pero hay que comer y, aparte de trabajo como camarero, guía turístico o guarda de seguridad, no encontré mucho más cuando llegué a Roma, hacía casi seis largos años. Así que cuando encontré trabajo como presunto reportero no lo pensé dos veces. Después me di cuenta de qué tipo de periodismo era el que se realizaba en aquella redacción, pero pagaban todos los meses, aunque no mucho, y enseguida dejé a un lado mis escrúpulos.

El sueldo base como simple periodista es una porquería, denigrante para alguien con una carrera universitaria y dos idiomas, inglés e italiano, pero estaba harto de servir mesas a ingleses, alemanes y norteamericanos, así que decidí prostituirme. Necesitaba un trabajo que me permitiese enviar dinero a casa, aparte de pagar mi buhardilla en el Trastevere, la gasolina de mi moto y la comida, que en la capital italiana está por las nubes.

El asunto fue que comencé escribiendo pequeños pies de foto y articulitos insulsos sobre la ropa de tal o cual celebridad, pero al conseguir, por pura casualidad, todo sea dicho, mi primera fotografía de una modelo conocida esnifando cocaína en el baño de un restaurante, vi aumentado mi sueldo considerablemente y perdí mi virginidad, como dijo mi jefa.

Lo siguiente fue el toqueo indecoroso entre un famoso futbolista y un gigoló de la noche romana. Ese artículo con su foto correspondiente se guardó en un cajón previo pago sustancioso.

Ya había perdido la cuenta de los escándalos que había destapado, aunque eran más los que habían sido utilizados como chantaje que los publicados. A mi favor diré que todos eran reales. Yo solo trabajo con la verdad, aunque sea escabrosa, no me invento nada. Luego me olvido rápidamente de que tal vez he sido el causante de haber arruinado la vida de varias personas.

Pero ya estaba asqueado de todo aquello. Últimamente no tenía nada, solo besitos castos, supuestamente heterosexuales, entre parejas del cine y la televisión italiana, y eso significaba poco sueldo.

Y luego estaba mi padre. A él le parecía inmoral a lo que me dedicaba.

Lo tenía bien claro. Necesitaba una exclusiva para poder dejar aquella basura de trabajo de una vez. Todo empezó cuando, leyendo una revista de la competencia, vi una foto de ella, de Roma Silverstone. Parecía solo una chica guapa y superficial, con padres ricos y novio de la jet set londinense.

La boda del año en Roma, rezaba el artículo. La chica en cuestión se casaba con un tipo rubio e insulso y aparentaba ser una simple famosa más. Pero, no sé por qué, al mirar bien la foto y ver aquellos ojos verdes grandes y bonitos vislumbré algo en ellos que me hizo querer saber más.

Eran los mismos ojos que se enfrentaban al paparazzi de turno con una barbilla insolente, que les retaba en silencio en otras fotografías. La misma hermosura cuya película preferida era *Vacaciones en Roma*. Fue entonces, al

leer ese dato, cuando se me ocurrió.

Recopilé toda la información que pude acerca de ella, de su familia, de la de su novio, hasta de sus amigas, y me di cuenta, leyendo algunas entrevistas, de que aquella chica era muy celosa de su vida privada. Sus amistades eran discretas, no tenía cuentas en redes sociales, solo la de Instagram, donde patrocinaba todo tipo de marcas.

Roma Silverstone tenía fama de hermética, engreída y hosca con la prensa. A simple vista parecía solo una niña bien, pero su forma de vestir, sus gustos musicales o de cine decían lo contrario. Camisetas de mercadillo con estética punk y nada de tacones. Tocaba el *cello* y siempre se decía de ella que iba leyendo un libro.

Me fije en que, a diferencia de otras famosas, sonreía muy poco y no posaba para las cámaras. Luego se transformaba en una hermosísima diosa sexy pisando la alfombra roja en la gala Met de Nueva York, rodeada de gente que vendería a su madre por una foto o apareciendo en las carreras de Ascot con una pamea imposible mientras al día siguiente hacía campaña junto a su madre por los niños sin recursos enfermos de leucemia.

«Aunque puede ser todo mentira, una imagen creada para seguir viviendo del cuento».

Pero sus ojos, que parecían profundamente dulces y tristes, me hacían desear seguir mirando aquellas fotografías.

—Qué me traes, Nic, *caro* —preguntó mi jefa levantando una ceja bajo sus gafas XXL con montura dorada de Versace.

—La boda del verano, Mónica. Roma Silverstone, la *celebrity*, ya sabes, hija de los magnates de las camisetas y zapatillas deportivas de California.

—Cuéntame más. Te escucho, Nic —dijo bajando la ceja y encendiéndose un cigarro en contra de la normativa europea de no poder fumar en el trabajo.

—Ya sabes que se casa con un inglés deslavado y que en el bodorrio habrá diez famosos por metro cuadrado.

—Ajá —asintió Mónica dando una calada a su cigarrillo.

—¡Pienso colarme en esa boda! —dijo tajante.

Una mueca sarcástica se dibujó en su boca pintada de fucsia chillón.

—¿Y cómo se supone que vas a hacerlo, *caro*? Estás de muy buen ver. Siempre te he visto un aire a Alain Delon cuando aún no era un viejo fascista,

y sabes que te lo digo sinceramente como amiga, pero no conoces ni a la familia del novio ni a la de la novia, y solo por ser tan guapo...

—Como guardaespaldas de la chica.

—¡No me digas! —rio mi jefa con sarcasmo atusándose su melena teñida de rubio platino y aplastando violentamente el resto de su pitillo sobre un cenicero con propaganda de Martini.

—De hecho... ya estoy dentro. —Sonreí, a sabiendas de que esa sonrisa haría que mi jefa cincuentona tuviese sueños eróticos conmigo—. Conozco a un tipo que trabaja para una empresa que contrata chicos florero, camareros y gente de seguridad para eventos VIP y ese me ha conseguido una entrevista de trabajo en la que he obviado mi título de periodismo y...

—Aquí también lo obviamos, *caro* —me interrumpió.

—No me había dado cuenta, Mónica —dije sin abandonar mi sonrisa—. Bueno, ya me han contratado para este fin de semana. La seguiré a todas partes y tendrás tu historia. Todos los secretos de la boda y de la heredera más chic.

Mónica me miró frunciendo el ceño y tras exhalar el humo de un nuevo cigarro entre sus labios operados se levantó de la silla giratoria y me tendió la mano.

—¡Trato hecho! —dijo.

Y mi mano apretó la de Mónica con fuerza, firmando así mi enésimo pacto con el diablo.

Según mis «fuentes», Roma Silverstone se alojaba en un hotel del centro de la ciudad, así que, aprovechando el tumulto que se había liado en el aeropuerto, la llevé casi a la carrera hasta mi moto y sin decir palabra le tendí mi casco.

Y ahora la tenía sentada en el sillín trasero, agarrada a mí con fuerza y con cara de susto mientras volábamos hacia Roma.

—¿Dónde se aloja, señorita Silverstone? —le pregunté.

—¿No te lo han dicho en la agencia? En el Grand Hotel de La Minerve —gritó a mi espalda.

—Me han contratado a última hora, lo siento. Estoy sustituyendo a otro escolta en sus vacaciones.

Continué pisando el acelerador cuando la escuché de nuevo a mi espalda.

—¿Puedes parar? —gritó.

—No, ahora no.

—Pues necesito que pares.

—¿Por qué?

—Tengo que ir al lavabo.

Sonreí. Era humana, al fin y al cabo.

—Entiendo. No se preocupe. Pararemos en la primera gasolinera que encuentre.

Así lo hice. Roma Silverstone entró al baño de una estación de servicio de carretera y salió con las gafas de sol como diadema, cara de pocos amigos y con el móvil pegado a la oreja.

—¡Oh, mierda, no! ¿Y qué hago ahora, Sam? —gritó.

Asintió un par de veces y con rostro angustiado se despidió y guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros. Mientras caminaba, sus ojos se quedaron fijos en mí un momento. Realmente era mucho más bonita al natural, sin maquillaje ni vestidos de Dior o Chanel. Después miró a su alrededor como perdida y suspiró con fuerza. Parecía asustada.

—¿Le ocurre algo, señorita Silverstone?

—Sí —resopló.

Me miró con el ceño fruncido, dudando. Estaba claro que no se fiaba de los desconocidos.

—Estoy aquí para ayudarla —dije.

—Mi... mi amiga Sam está ya en el hotel con mis otras dos amigas y acaba de decirme que en la entrada hay un montón de paparazzi esperando mi llegada. A ellas ya las han pillado, por eso no han venido a buscarme al aeropuerto. Incluso hay cámaras de televisión —gimió—. Se ha debido de chivar alguien del hotel, como siempre. ¡Esto se está convirtiendo en un jodido circo!

Estaba realmente agobiada, incluso furiosa. «Pero, aun así, está preciosa, es muy bonita y fotogénica. Parece menos fría y más vulnerable que en las revistas», pensé sintiendo unos insólitos deseos de ayudarla.

Me di cuenta de que estaba desvariando por culpa de sus ojazos verdes y su camisa blanca atada con un nudo a la cintura. La llevaba excesivamente desabrochada dejando entrever su sujetador de encaje negro y, por el calor sofocante del mediodía, tenía el escote brillando de sudor, a mi juicio, algo absolutamente erótico.

Inmediatamente volví a controlar mis pensamientos centrándome en lo que

tenía que hacer, visualizando mi objetivo, que no era otro que lograr aquella exclusiva.

—Su padre me ha contratado para que cuide de usted y eso es lo que voy a hacer. No se preocupe.

—¡Oh, deja de decir eso! —exclamó exasperada—. Siempre consiguen dar conmigo. No voy a poder hacer nada.

—Les despistaremos.

—¿Cómo?

—Tranquílcese —susurré con mi mejor sonrisa—. Soy experto en dar esquinazo a los paparazzi.

Roma Silverstone me miró frunciendo el ceño de nuevo. Estaba claro que tenía serias dudas sobre eso que acababa de decirle y que mi sonrisa espectacular no funcionaba igual con ella que con mi jefa.

—Cuanto antes nos vayamos... —empecé a decir.

No las tenía todas conmigo. Si alguien la reconocía, todo mi plan estaría perdido.

—Espera. Primero voy a llamar a mi padre.

—Está bien. No tarde, por favor.

Se alejó de mí para que no pudiese escuchar su conversación y pude observar cómo gesticulaba mientras caminaba, volviendo sobre sus pasos con nerviosismo y determinación. Al regresar continuaba con el entrecejo fruncido.

—Mi padre dice que no pasemos por el hotel, que aquello está imposible, que espere aquí contigo y llame a mis amigas más tarde —suspiró resignada.

—¿Dónde está ahora su padre?

—En la villa donde se celebrará la boda, con mi madre. Él quiere que vaya para allá, pero no lo haré. Tenía pensado salir con mis amigas por Roma, hacerme la manicura, tomar unas copas, divertirme de noche por la ciudad como un ser humano normal. Un ser humano que no puede tener una cuenta de Twitter, pero ser humano, al fin y al cabo —se quejó con cierta tristeza—. Ya sé que hay cosas mucho peores en este mundo que no tener Twitter, pero no creo que sea pedir demasiado querer divertirme un poco como la gente de mi edad.

«Bien, su padre está lejos y no es tan hermética como dicen. Me arriesgaré», pensé.

—Ya veo —asentí—. Pero creo que tengo una solución.

—¿Cuál?

—Que se aloje en mi casa de momento, por unas horas.

—¿Cómo? —preguntó mirándome como si estuviese loco.

—Hasta que pueda hacerlo en el hotel.

Su cara de incredulidad cambió. Parecía estar analizando la situación.

—¿Y si no puedo ni acercarme al hotel en toda la noche? —preguntó.

—En mi apartamento no la encontrarán. Hallaremos la forma de que se reúna con sus amigas más tarde —mentí. Era lo último que quería, que se encontrase con sus amiguitas—. En estos momentos nadie sabe dónde está, salvo sus amigas y su padre, ¿no es así?

—Ni yo misma sé dónde estoy —reconoció.

No estaba siendo fácil convencerla, aún recelaba de mí. Ella me miró pensativa, con aquellos ojos suaves, inteligentes y misteriosos, y pensé que tenía que hallar la manera de que confiase en mí.

«Está muy protegida por su familia. No está acostumbrada a pasarlo mal. Más bien todo lo contrario», pensé.

—Pues más a mi favor. Ya sé que esto es algo... inusual. No me conoce de nada, pero allí estará más cómoda que en esta gasolinera —dije quitándome las gafas de sol. Ella tenía la frente y el labio superior perlados de sudor—. Podrá refrescarse...

—¡Mataría por darme un baño! —gimió poniendo los ojos en blanco, haciéndome sonreír con su expresividad.

—Tengo bañera —dije tentándola con mi mejor sonrisa.

Y así fue cómo Roma Silverstone acabó en mi bañera, dándose un refrescante baño.

Yo le señalé el cuarto de baño nada más entrar y ella pasó y se cerró con el pestillo sin dirigirme la palabra.

Mi apartamento era una vieja buhardilla del Trastevere con una sola habitación, un baño diminuto y una terraza más grande que el resto del estudio.

Desde el salón-comedor-dormitorio, decorado con muebles de IKEA, pude oír cómo llenaba la bañera, imaginé cómo se desnudaba, y escuché el chapoteo que hizo su cuerpo en contacto con el agua tibia.

Justo en ese instante llegó a mis oídos un largo y orgásmico: «¡Oh, Dios, qué gusto!», que me hizo sonreír.

Capítulo 3

Roma

Dicen que en el mundo hay vientos que vuelven loca a la gente. Como el Santa Ana, en Los Ángeles, un viento que nace en el desierto de Mojave. Aseguran que esos aires calientes y fuertes afectan a la conducta humana volviéndonos más irascibles, poniéndonos eufóricos o dándonos dolor de cabeza.

Creo que aquel día soplaba un viento africano del sureste que provenía del Sahara, el que los mediterráneos llaman Siroco.

Cuentan que a veces ese viento es tan fuerte que trae la arena roja del desierto hasta Europa, cruzando el mar, y que a veces ese polvo rojizo se cuele en las casas a través de cualquier rendija.

Tuvo que ser aquella la razón de todo lo que sucedió aquel fin de semana en Italia.

O tal vez la causa de mi locura solo fue la mayor de todas ellas, la más grande y maravillosa locura que alguien puede cometer. Lo que los griegos llaman «*agapó*», los italianos, «*amore*» y los anglosajones, «*love*».

—¿Puedes poner algo de música? Me relaja —grité ya sumergida en la bañera.

—Claro, ¿qué le gusta? —me respondió él.

—Lo que quieras.

«Sorpréndeme», me dije algo más calmada.

Respiré hondo y cerré los ojos. El agua me estaba sentando de maravilla. Aquel tipo parecía saber hacer las cosas después de todo.

«Y es guapo, mucho. Cuando se ha quitado las gafas de sol y le he visto bien

me he dado cuenta. ¡Vaya ojazos castaños tiene! ¡Y qué pestañas! Además, también tiene un buen cuerpo. Es ancho de espaldas y el traje le queda como hecho a medida, aunque es de gran almacén. Pero no es musculoso en exceso. No me gustan esos que se matan a hacer pesas, se nota demasiado. Es poco natural», pensé mucho más relajada.

Aunque en un principio me asustó la idea de irme a la casa de un desconocido, una vez en ella, viéndome aún reticente, él me había mostrado las pruebas que confirmaban que realmente era un escolta contratado por la agencia de seguridad que empleaba mi padre.

Siempre he tenido escoltas, desde niña, cuando una secta religiosa de pirados envió una carta amenazante a mi casa diciendo que iban a secuestrarme. Mis padres no saben que lo sé. Desde entonces mi padre tiene un equipo de seguridad que se encarga de proteger a toda la familia. Pero aquel era mi primer guardaespaldas joven y guapo.

Comencé a oír el ruido que hacían las diferentes emisoras al pasar el dial hasta que escuché una canción en italiano que me gustó cómo sonaba.

—¡Esa! —grité desde el baño.

Como respuesta solo escuché una voz masculina que cantaba una antigua canción, como de los 60.

*Sapore di sale, sapore di mare
Che hai sulla pelle, che hai sulle labbra
Quando esci dall'acqua, e ti vieni a sdraiare
Vicino a me, vicino a me.*

—¿Qué quiere decir? —pregunté echándome un poco del gel de baño barato de aquel tipo en la palma de la mano.

—Sabor a sal, sabor a mar, que tienes sobre la piel, que tienes en los labios, cuando sales del agua y te vienes a tumbar cerca de mí —dijo sin excesivo sentimiento.

«Su voz es bonita», pensé frotándome el cuerpo con las manos para hacer espuma. Su jabón olía bien, a hierbas.

De pronto guardó silencio, no se oía nada.

—Sigue —le pedí.

—Sabor a sal, sabor a mar, un sabor un poco amargo de... cosas perdidas, de cosas dejadas lejos de nosotros donde el mundo es diferente, diferente de aquí. El tiempo está en los días que pasan perezosos y dejan en la boca el sabor de la sal. Te tiras al agua, y me dejas mirándote y me quedo solo en la arena y en el sol. Luego vuelves cerca de mí y te dejas caer así en la arena y en mis brazos y mientras te beso, sabor a sal, sabor a mar, sabor a ti.

Volvió a quedarse en silencio y yo suspiré con fuerza, sumergiéndome del todo en la bañera para retirarme el jabón.

Salí del agua y me puse, no sin cierta aprensión, lo primero que encontré, que no fue otra cosa que un albornoz que parecía limpio. El albornoz olía a jabón así que no le di más vueltas y así, enrollándome en la cabeza la toalla limpia que él me había dado nada más llegar, salí de aquel baño diminuto.

Al escuchar abrirse la puerta del baño, el escolta se dio la vuelta y me miró con cierto descaro. Yo me sentía algo cohibida, desnuda, solo tapada con su enorme albornoz.

—¿Mejor? —preguntó sonriéndome con amabilidad.

—Sí, mucho mejor —asentí.

—Si no te importa, voy a... darme una ducha también. Mientras puedes ver las vistas desde la terraza, son lo mejor de este apartamento.

Se metió en el baño y seguí su consejo. Salí a la soleada terraza y comprobé que tenía razón, era inmensa y lo que se divisaba desde allí era un paisaje espectacular de los tejados de Roma.

Me estaba frotando la melena con la toalla para quitarme la humedad, pero dejé de hacerlo extasiada ante aquel precioso panorama de cúpulas, campanarios y las famosas colinas romanas, salpicadas por las copas redondeadas de los pinos mediterráneos.

—Es bonito, ¿verdad? Todo un espectáculo.

Me giré en redondo sobresaltada y tuve que tragar saliva porque viniendo hacia mí tenía el cuerpo bronceado, casi desnudo y mojado, de aquel tío, tapado tan solo por una toalla amarrada a la cintura con el flequillo mojado cayéndole sobre la cara.

No pude contestar. Ni recordaba la pregunta. En vez de responder me quedé

observándole. No podía apartar mis ojos de su cuerpo, de sus hombros y ancho pecho sin apenas vello, tan solo con un poco entre sus pectorales y en la línea que iba desde su ombligo hacia abajo, surcando su vientre, que tenía la apariencia de ser tan duro como una tabla. Al moverse se le marcaban los abdominales a la perfección, y la toalla, algo caída, dejaba entrever sus caderas que parecían cinceladas en mármol, como las de las estatuas clásicas.

«¡Me muero por contarles esto a las chicas!», pensé con picardía.

Creo que enrojecí hasta las orejas al darme cuenta de que tenía mis ojos fijos en él, pero, por suerte, mis tripas me salvaron de aquel momento tan embarazoso rugiendo con fuerza.

—¿Tiene hambre? —sonrió.

—Mucha —reí.

Y no sé qué pasó en ese instante en que me vio reír porque se quedó inmóvil, contemplándome con una especie de afecto, ternura, simpatía o las tres cosas a la vez.

—Puedo... cocinar algo —carraspeó. Parecía nervioso de pronto—. Pero tardaré un rato. *Spaguetti*, tal vez o...

—Me gustaría salir —le interrumpí—. A la calle, a... comer pizza. Una pizza italiana de verdad. Sería genial.

Lo dije de carrerilla. Él volvió a mirarme de ese modo tan dulce y sonrió.

—Quieres conocer Roma.

—Sí, eso es. A eso he venido. Y a pesar de los paparazzi pienso hacerlo —dije obstinada.

En ese momento pareció dudar, pero me miró a los ojos y suspiró. Me di cuenta de que acababa de tutearme.

—Voy a vestirme, deberías hacer lo mismo —me aconsejó mirando mis piernas, que asomaban entre la abertura del albornoz

«Vaya. También el señor Adonis parece algo incómodo».

—Eh... ¿Te importaría prestarme una camiseta que te quede algo estrecha, a poder ser? —pregunté sobreponiéndome a la vergüenza.

Inmediatamente se fue hacia un armario que había al fondo de la habitación y de un cajón sacó una camiseta negra de tirantes junto con unos calzoncillos, un pantalón vaquero y una camiseta azul marino. Me tiró la camiseta de tirantes, yo la cogí al vuelo y me metí directamente en el baño para vestirme.

Mi madre me había enseñado a ser siempre una mujer práctica y previsoras. Volví a ponerme mis shorts vaqueros y unas bragas limpias que llevo siempre en mi equipaje de mano. Y dejé olvidada mi ropa interior en el suelo, empapada de sudor, en un rincón del cuarto de baño.

La camiseta era de un algodón tupido, de canalé y no me quedaba mal con los shorts recortados. «Muy *tomboy*», pensé.

Cuando salí, él ya estaba vestido, guapísimo, con el pelo castaño mojado, peinándose el flequillo, que se le resistía cayendo rebelde sobre su frente.

Se quedó mirándome con una sonrisa divertida. Me sacudí las ondas de la melena y fue cuando me di cuenta de que se me marcaban los pezones bajo la tela de algodón.

Capítulo 4

Nic

En sus entrevistas no se hartaba de decir que ella solo era una chica normal. Pero a mí no me lo parecía. Una «chica normal» no lee a Henry Miller, a Steinbeck, a Tolstoy, la poesía de Ginsberg o a Emily Dickinson, ni le gusta el cine de Truffaut.

Cuando me dijo que quería comer pizza en la calle no sé por qué se me pasó por la cabeza aquella película, esa que según había leído en una de sus entrevistas era su favorita: *Vacaciones en Roma*.

Quería ser una chica corriente que paseaba libre por la ciudad. Así que eso tendría. Solo así conseguiría sacar a la verdadera Roma Silverstone para mi reportaje.

Nada más salir a la calle, con ella parapetada tras sus gafas de sol, no pude evitar sentirme feliz de conseguir que sonriese de aquella manera tan increíble.

—¿Dónde estamos? —preguntó ansiosa, mirando a derecha y a izquierda mientras bajábamos las escaleras de una típica callejuela llena de ropa colgada y flores en las ventanas, sacándome de mis ensoñaciones.

—No muy lejos del centro. Trastevere es el decimotercer barrio del centro histórico de Roma, en la ribera oeste del Tíber al sur de la Ciudad del Vaticano, separado del centro de la ciudad por el río. Es el único lugar de Roma que sobrevivió a la época medieval. Si vas caminando desde el centro de Roma puedes cruzar el río por el puente Sisto, cerca de la isla Tiberina.

—¿Vamos a cruzar? —preguntó emocionada.

—¿No prefieres comer primero?

Ella asintió sin dejar de sonreír.

Bajamos por las empedradas calles adoquinadas con el famoso *sampietrini*,

el típico adoquinado del centro histórico de Roma, que toma el nombre de la plaza de San Pedro. Calles estrechas y serpenteantes entre modestas iglesias medievales, con casas pintadas en vistosos tonos ocres, pequeñas tiendas familiares y portales que supuse que para ella serían tan pintorescos como si hubiesen sido sacados de algún antiguo lienzo.

Bajaba las escaleras brincando con sus preciosas y torneadas piernas bronceadas de chica de Malibú, mientras se adelantaba dejándome admirar su trasero respingón. Tuve que reconocer que, aunque no era muy alta, tenía un cuerpo estupendamente proporcionado y con curvas. Odio las chicas palillo.

A medida que caminaba por la calle su inseguridad fue desapareciendo y al bajar la cuesta y cruzar la callejuela que bajaba del Trastevere más alto hacia la *piazza di Santa Maria*, donde están los bares y restaurantes más turísticos del barrio, ya me pareció una turista más, solo que muy entusiasmada con todo lo que tenía a su alrededor. Miraba señalándolo todo y de vez en cuando exclamaba un «qué bonito» que a mí me parecía muy tierno y me hacía sonreír.

«Parece una niña pequeña ilusionada con su primera trastada lejos de sus padres», pensé intentando quedarme con aquel dato para mi futuro reportaje.

Me fijé en que no llevaba joyas, ni tan siquiera reloj, y pensé que debía distraerla para que no se preguntase la hora o mirase el móvil y que así estuviese conmigo el mayor tiempo posible para poder sacarle información.

—Esto es el centro del Trastevere y, si buscas comida italiana de verdad, entonces estás en el mejor sitio.

—¿A dónde me llevas? —preguntó alegre.

—A la *trattoria* de Luigi, es un buen amigo mío y hace la mejor pizza al *forno* de Roma. Además de otras especialidades de su excelente gastronomía romana. Sirve platos a cualquier hora del día a un precio razonable.

—Pareces un anuncio —rio—. ¿En serio?

—Te lo garantizo. Trabajé allí de camarero. ¿Qué quieres tomar?

—Quiero tomar... pizza, *gelado*... —dijo entusiasmada.

—*Gelato* —dije sonriendo.

—*Gelato* —repitió—. Vino tinto, un Martini como aperitivo ¡Y *limoncello*! ¡Ah y un *capuccino*! Todo suena tan bonito en italiano...

—En Italia el café se toma por la mañana —reí.

—Vale, pues... solo alcohol.

—No, te pediré también café.

Su risa resonó a mi lado contagiándome su alegría.

Nos sentamos en una terraza bajo unas sombrillas y enseguida salió el mismísimo Luigi a tomarnos nota.

«Él no sabe de qué estoy trabajando últimamente así que no habrá problema», me dije sonriendo al verle.

—¡Nic!, ¿qué tal? —exclamó el romano jovial ofreciéndome su mano.

Me levanté a estrechársela. Había sido un buen jefe y un buen amigo cuando llegué a Roma y siempre frecuentaba su *trattoria* cuando podía.

—Bien, bien. Luigi, te presento a Roma.

Miró a Roma y después me miró a mí con aprobación, tal vez suponiendo que era alguna amiga especial. Yo no solía tener novias en el sentido estricto de la palabra. Demasiado pobre y demasiado trabajo como para complicarme la vida aún más.

—¿Roma? Precioso nombre para una preciosa *signorina*.

—*Ciao Luigi, piacere di... conoscerti?* —dijo Roma desplegando todo su encanto, tendiéndole la mano.

—¡Y además sabe italiano! —exclamó Luigi gesticulando—. *Che bella!*

—No, solo un poco —rio ella.

—Los romanos son unos aduladores —le dije mirando a Luigi, que me dio una palmada en la espalda—. Roma tiene mucha hambre y quiere probar comida romana de verdad.

—Pues estáis en el lugar adecuado, ya lo creo —rio Luigi—. ¿Qué deseas tomar, Roma?

—Pues... un *capuccino* y ¿pizza? —dijo ella.

—Bien, iré sacando el *capuccino* —dijo Luigi.

—¿De qué quieres la pizza? —le pregunté a Roma.

—De... No sé. ¿Cuál me recomiendas?

—A mí me gusta mucho la que hace Luigi de *prosciutto* con *pomodoro*. Es jamón con tomate fresco, albahaca, aceitunas negras, mozzarella, orégano y aceite de oliva aromatizado con ajo y hierbas. Es una receta de su familia.

—Pues esa misma.

—De acuerdo —asentí—. Yo pediré... una pizza *funghi*.

—¿De qué es?

—De setas, está muy rica también.

—¿Algo más? —pregunto Luigi.

—¿Qué nos recomiendas? —preguntó Roma.

—*Bruschettas*, que son tostadas de pan a la parrilla con ajo untado, aceite de oliva y sal. Yo las preparo con verdura: calabacín, cebolla, pimiento y tomate asados por encima, como lo hacía *la mamma*.

—Y tus *carciofi alla giudia* —añadí—. Son alcachofas fritas, herencia de la cocina judía romana. Las hace deliciosas.

Luigi me miró con orgullo. «Genio y figura», pensé del simpático romano que llevaba toda la vida trabajando en el mismo lugar donde lo hizo su padre.

—Y si me permitís, para la *bella signorina* el plato más *delicato di Roma: fiori di zucca*.

—¿Qué es? He entendido... flores —dijo Roma confusa.

—Flores de calabacín, rebozadas y fritas. Es un entremés típico de Roma durante los meses de verano. Solo se sirven en esta época del año. Yo las relleno de gambas. Pueden estar rellenas de mozzarella, anchoas... o sin rellenar. ¡No puedes estar en Roma y no probarlas! —dijo Luigi.

Luigi nos sirvió lo mejor de lo mejor. Entre bocado y bocado Roma me miraba curiosa. Estaba hambrienta y devoraba cada trozo de comida con devoción, hasta se chupaba los dedos.

—¿Puedo probar la tuya? —preguntó.

—Claro —dije tendiéndole un trozo de mi pizza.

Yo no podía dejar de mirarla. Era un espectáculo verla comer.

—¿Qué? —dijo al sentirse observada.

—Creo que eres la primera mujer a la que veo comer con tanto apetito aparte de a mi madre, mi abuela y mis hermanas.

—No te entiendo.

—Pues... es que hay mujeres que comen como pajaritos. Parece que les da vergüenza o algo parecido. Las mujeres de mi familia siempre han tenido mucho apetito, como tú.

Asintió dando un mordisco a otro trozo de pizza.

—¿Tienes hermanas? —preguntó de pronto.

—Dos.

«Mierda, me he despistado y le he dado un dato personal», pensé.

—¿En Roma?

«Ella no debería estar haciendo tantas preguntas», recapacité. Pero no pude

evitar contestar.

—No. Una de mis hermanas está en Alemania, estudió Filología Inglesa. La otra en Londres, hizo Enfermería.

—¿Las dos trabajan fuera?

—De camareras —asentí intentando no demostrar mi rabia.

Mis hermanas habían sido de las mejores graduadas de su promoción y ahora malvivían en el extranjero trabajando por sueldos míseros que hacía menos de 10 años realizaban ciudadanos extracomunitarios. Pero casi la mitad de los jóvenes griegos ya trabajaban de camareros en su propio país y la otra media en el de sus turistas de la época veraniega, esa era la realidad.

—No eres italiano, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Tanto se me nota?

—No sé si tu acento italiano es el correcto, pero el inglés es algo... extraño. Y no vas piropeando a las mujeres por ahí como los romanos.

«Es lista y muy observadora. Tendré que andarme con más cuidado», concluí.

—Soy griego, de Atenas —confesé sonriendo ante su comentario—. Mi nombre es Nikolaos Venizelos. Me vine a Italia porque no conseguía trabajo en mi país. Mi madre es matrona y mi padre profesor de filosofía en la Universidad Pública de Atenas. O lo era hasta que «recortaron» el funcionariado. La filosofía no es necesaria en el siglo XXI, dice él. Ahora está en la tienda, una ferretería que abrió mi abuelo y que regenta mi abuela. Aunque puede que a día de hoy ya no esté abierta y que mi madre también haya perdido su trabajo. No sé si estás al tanto de las noticias europeas.

—No mucho —dijo muy seria.

Parecía dispuesta a escucharme así que me solté.

—Solo hay que ojear algún periódico, pero resumiendo mucho y como dicen nuestros solidarios vecinos europeos, todos los ciudadanos griegos hemos sido unos irresponsables y vivido por encima de nuestras posibilidades. Y ahora Grecia está obligada a acatar lo que la Troika, es decir, lo que Alemania, su *Bundesbank* y el Fondo Monetario Internacional digan que debe hacer si no quiere entrar en bancarrota en menos de una semana. Les ha sentado muy mal que la gente vote a la izquierda. Y este domingo se celebra un referéndum en mi país para que los griegos opinen si quieren aceptar el chantaje alemán.

—Pero... no entiendo. Grecia es de la Unión Europea, ¿no? Todos sois

países iguales. Es como... los Estados Unidos de Europa, ¿no?

Sonreí al escucharla.

—En teoría, pero en realidad solo somos uno de los P.I.G.S.

—¿*Pigs*? —preguntó extrañada por el término.

—Son las siglas unidas de 4 países europeos: Portugal, Italia, Grecia y España. Un término acuñado por los amables amigos británicos para denominar a los países del sur de nuestra noble y generosa Unión Europea, antes mejor llamado Mercado Común. A Francia no la incluyen —reí con cinismo.

—No creo que sea tan sencillo como lo cuentas.

—No, no lo es, pero te diré lo que yo creo: todo se traduce en que hay países de primera que carecen de las horas de buen sol, de la comida, del vino y de las ruinas antiguas de los países de segunda y gentes que aspiran a vacacionar en esos países de segunda que sí tienen todo eso y encima con hoteles baratísimos de bufé libre —bromeé con sarcasmo—. Esos ciudadanos de los países de segunda son los que se han quedado sin industria y sin trabajo por políticas meramente codiciosas de llevarlo todo a países «emergentes» como China. Allí la mano de obra es más barata y los derechos de los trabajadores inexistentes. No hay problemas y sí muchos beneficios. Pero ahora en esos países no hay nada que fabricar o vender, solo materias primas mal pagadas, así que solo nos queda trabajar de mano de obra barata legal para esos países de primera. Somos camareros de este gran parque temático de vacaciones que es en lo que se ha convertido el Mediterráneo. El problema es que los países «pobres» dicen amén a esas políticas dictadas por la todopoderosa Alemania que, una vez más, se erige en la gran potencia dominadora denigrándonos y robándonos nuestra soberanía. Solo que ahora ya no es con las armas, el método es mucho más sibilino. Los europeos apenas decidimos casi nada en la gran Europa unida al servicio de grandes *lobbys* internacionales y la banca, al menos nada importante. Y nuestros inteligentes políticos han vendido y endeudado de tal forma nuestros países mediante gobiernos corrompidos que ahora les debemos a los alemanes, que han comprado casi toda nuestra deuda estatal, hasta el derecho a respirar.

Roma me miró y asintió.

—Dices cosas con sentido. Y es muy ofensivo que os llamen cerdos —dijo mirándome a los ojos.

—Es humillante y no sé si a los demás les molestará, pero los griegos

somos muy orgullosos. Nosotros creamos la democracia, el teatro, los Juegos Olímpicos... Europa es un nombre griego —suspiré—. Pero la gente olvida. Se olvidan de que aquí hubo dos guerras mundiales y de quién las provocó. Mi bisabuelo murió en la segunda de esas guerras. Era un partisano que luchó contra la ocupación ítalo-alemana en su país.

—Mi abuelo paterno también luchó en esa guerra, en el Pacífico —dijo ella.

Yo callé y asentí, y Roma se quedó mirándome con sus ojos dulces e inteligentes y el ceño fruncido, con su hermoso rostro muy serio mientras pensaba en nuestra conversación.

—Perdona que me haya puesto tan... profundo —resoplé—. Pero... es que este tema del mal llamado «rescate» a Grecia me indigna.

—No importa. Me gusta cómo hablas —susurró ella.

Los dos nos quedamos callados. Roma me sirvió un poco más de vino *rosso* y retiré la mirada. Al volver a mirarla otra vez ella continuaba observándome pensativa y me di cuenta de que ya no me veía como a un simple guardaespaldas. Se estaba percatando de que yo tenía alguna clase de estudios, así que intenté distraerla para que no me hiciese preguntas incómodas. No tenía muchas ganas de mentir.

—Te voy a contar un mito griego —dije sonriendo con intención de distraerla.

—¿Cuál? —sonrió.

Me senté más cómodamente, di un sorbo lento al vino y comencé a hablar con voz suave.

—Europa era una hermosa princesa fenicia. Zeus la observó un día divirtiéndose con sus amigas en la playa y se enamoró instantáneamente de ella. Para que ella se acercara a él, Zeus se transformó en un toro blanco, tan manso que Europa puso flores sobre su cuello y finalmente se atrevió a montarlo; entonces, Zeus se levantó con ella en su grupa y cruzó el mar, llevándola hasta la isla de Creta, donde Europa dio a luz a Minos, que fue rey de Creta y creó la civilización minoica, la primera cultura europea 3000 años antes de Cristo.

—Qué bonito... —sonrió con la cabeza apoyada lánguidamente sobre la palma de su mano mientras yo la miraba embobado.

Estábamos distraídos charlando y no nos dimos cuenta de que alguien merodeaba entre las mesas. Roma había dejado su mochila sobre una silla

libre, a su lado.

Todo ocurrió muy deprisa. El muchacho cogió la mochila, echó a correr con ella y Roma se levantó chillando «¡Mi mochila, se lleva mi mochila!», desesperada. Yo me levanté también y, sin pensarlo dos veces, eché a correr detrás del ladrón.

«La historia va tomando fuerza. Una persecución. ¡Bien!», pensé mientras perseguía al ladrón.

No soy mal deportista. De adolescente y en la universidad gané varias pruebas de natación y me gustaba correr, pero hacía bastante que no tenía tiempo de entrenar en serio. Aun así, lo hice con toda mi alma, entre los turistas que deambulaban por las callejuelas del Trastevere. Ninguno movió un dedo a pesar de tener al ratero a su alcance.

Corrí y corrí hasta que le acorralé en una callejuela estrecha sin salida. Algunos vecinos salieron a las ventanas a increparle. El chaval, de piel cetrina y rasgos norteafricanos, parecía muy joven y muy asustado.

—¡Dámela y márchate! —le dije sin resuello.

El chico dudó un momento, pero al final tiró la mochila al suelo y mientras yo me agachaba a cogerla echó a correr de nuevo, desapareciendo entre las estrechas callejuelas milenarias.

Regresé a la *trattoria* con la mochila y, al verme aparecer, la cara de agradecimiento y felicidad de Roma hizo que me sintiese de fábula. Ella me sonrió como si yo fuese un ángel caído del cielo y agarró la mochila contra su pecho, como si aquel trozo de vieja piel raída valiese muchísimo.

Yo le miré extrañado y ella se quedó parada de pie, como aturdida, sin soltar la mochilita en la que imaginé que llevaría algo valioso o muchas tarjetas de crédito llenas de dólares.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Era de mi hermano. Él murió antes de que yo naciese y... siempre la llevo conmigo —dijo con voz queda, casi en un susurro, abrazada a la mochila.

—Siéntate, Roma —susurré acercándole la silla.

Ella lo hizo con los ojos brillantes cargados de lágrimas y suspiró para recomponerse.

«Se hace la dura, pero no lo es en absoluto. Más bien todo lo contrario», pensé sorprendido.

—A veces siento que... que estoy ocupando su lugar. El de mi hermano

Adam —dijo con tristeza.

Al escuchar su confidencia, sentí una inmensa ternura por ella y deseé abrazarla y poder lograr que se sintiese la chica más valiosa y querida de la Tierra.

Quise decirle que ella era especial, que era única e irrepetible y, en el mismo instante en que pensé eso, todo mi mundo ya había cambiado para siempre.

Capítulo 5

Roma

«No es ningún inculto. Ha estudiado», pensé al escucharle hablar con aquella irritación y amargura. Y por un momento me pareció muy extraño que fuese un simple escolta. Casi siempre eran tipos con mucho músculo y poco cerebro, antiguos policías o exmilitares, como mucho.

Pero Nic me había sorprendido con todo lo que me había contado y me había hecho pensar. Y sobre todo se había convertido en un auténtico héroe para mí al rescatar la mochila de mi hermano, así, sin dudarle un instante.

Luigi se enteró enseguida de lo ocurrido y nos invitó a *limoncello* casero, no sin antes preocuparse por mí y lamentarse del estado del mundo con vehemencia.

—¿Roban mucho en Roma, Nic? —pregunté ya más calmada, bebiendo el licor de limón a sorbitos pequeños y rápidos.

—Sí, y cada vez hay más gente viviendo en la calle, casi todos son inmigrantes ilegales que cruzan el mar desde Libia. Al llegar aquí, los que lo logran, se dedican a robar y acaban en las cárceles italianas. Entran y salen de ellas continuamente. Es un problema nacional. Que tengan antecedentes hace que no puedan conseguir un trabajo. La mayoría son unos críos, no tienen papeles y están solos y acaban siendo pasto de las mafias de la droga o del sexo —dijo con tristeza y una amargura apasionada.

—Entonces... entiendo que no vas a denunciarle.

Él me miró y resopló frustrado encogiéndose de hombros.

—Llegan siendo menores de edad porque saben que así no pueden ser expulsados. También yo soy un emigrante, pero a diferencia de ellos tengo papeles y no he tenido que cruzar el Mediterráneo en patera para llegar al continente. A mí no pueden expulsarme, aunque quieran. La mayoría de ellos

no alcanzan Europa jamás, se ahogan durante el viaje —susurró Nic con aquella rabia sorda que tenía dentro—. Yo no soy nadie para decirles que no vengan. Yo tengo suerte.

—Debe de ser muy duro estar lejos de tu país —le dije sin saber muy bien qué responder.

Él asintió.

—Sí, aunque no quiero ser desagradecido. He de reconocer que los italianos son gente muy amigable. Me han tratado bien. No puedo quejarme. Pero mis hermanas no han tenido tanta suerte. No es fácil hacer amigos en Alemania o el Reino Unido si eres griego —resopló—. Pero creo que el problema no está en ser griego o tunecino, sino en lo lleno que se lleve el bolsillo.

—Sí, es verdad. A Onassis le querían en todas partes, ¿verdad? —sonreí haciéndole reír a él.

«Parece duro, pero aun así es un tipo con corazón», pensé mirándole con ternura.

—Puede que viniendo de mí... te suene falso todo lo que digo —dije de pronto.

—¿Por qué? No, que va —negó con insistencia.

—Bueno... tengo de todo y, a no ser que ocurra una hecatombe mundial, yo y mis hijos y nietos viviremos bien siempre, sin problemas de dinero. No sé mucho de pasarlo mal.

—No es culpa tuya —respondió.

—En realidad nací con todo solucionado. Y con mi biografía escrita —dije con fastidio—. Me dedicaré al negocio familiar, siempre me he preparado para eso.

—¿Te gusta?

—Pues... las campañas publicitarias, creo. Lo demás no tanto.

—¿Y qué te gustaría hacer si no fueses...?

—¿Millonaria? —sonreí—. Me gusta la fotografía. Hacer fotos.

Nic se quedó mirándome desconcertado, aunque creo que algo admirado también.

—Fotografías de... ¿paisajes, retratos? —preguntó aparentemente interesado.

—No lo sabe nadie —dije azorada—. Pero... prefiero los retratos, o más bien las fotografías de lugares con personas que me dicen algo, no sé si me

explico.

Nic asintió.

—¿Y por qué?

—Pues... creo que es porque mi generación ha perdido los referentes fotográficos, la fotografía tal como se concibió para que fuese algo perdurable. Pero ahora la gente se hace *selfies* todo el tiempo, tiene Instagram y un montón de aplicaciones en su móvil, pero ya no guardan fotografías físicas. Se hacen, se muestran, se consumen rápidamente y se pierden. Captamos momentos que luego no guardamos, todo es efímero. A mí me gusta capturar los instantes que hacen que lo cotidiano se... ennoblezca, deje de ser normal y se convierta en algo especial y único. Pero puede ser algo bello o algo no tan bello. Y debe... sacudirme por dentro, eso sí—. Nic me dejó hablar mirándome fijamente mientras lo hacía—. Creo que eso ha sonado demasiado pretencioso, ¿no?

—No, para nada. Me has dejado... admirado —sonrió—. Pero, si es así, si eso es lo que sientes, deberías exponer tu trabajo.

—Mi trabajo —susurré.

—Ahora mismo deberías estar haciendo fotos de Roma. De los raterillos norteafricanos que esnifan pegamento junto a una escultura de Bernini. De los pobres que duermen en los alrededores del Vaticano a la vista de los cardenales.

—Suena bien, pero... nadie me tomaría en serio.

—Si no lo pruebas, no. ¡Inténtalo! —me animó.

—Y tú, ya que estamos dándonos consejos, deberías buscarte un trabajo a tu altura —dije.

—¿A mi... altura?

—No pareces el típico escolta, y he tenido muchos.

—Nada es lo que parece —me dijo con cierto misterio.

De repente recordé a mis amigas, mi hotel de lujo y que en menos de dos días estaría a un par de horas de casarme con Oliver y me sentí angustiada. Así que me levanté de golpe, sorprendiendo a Nic.

—¡Venga, Nic, quiero divertirme, ver Roma, comerme un *gelato*! Son mis últimas horas de soltera. ¡Vámonos!

—Lo que deseas. Seré tu cicerone —sonrió poniéndose sus gafas de sol de aviador de un modo tan sexy que hizo que me quedase aturdida por unos instantes—. ¿Qué quieres ver? ¿Qué te interesa?

—No tengo ni idea —reí.

—Hay un montón de lugares para disfrutar el Trastevere. Iglesias preciosas como *San Crisogono*, *Santa Maria*, *Santa Cecilia*, *San Francesco a Ripa*, esta *piazza* o el *ponte Sisto*.

—¡Por iglesias que no quede! —dije bromeando.

—Seas o no creyente, son muy bonitas. También la isla Tiberina en el centro del río Tíber lo es y la colina del Gianicolo. Sus edificios están declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Está ahí arriba y es una de las famosas siete colinas de Roma —dijo señalando a nuestra espalda.

—Conoces bien Roma.

—Solo un poco. Llevo aquí ya casi 6 años. Pero Roma es muy grande, muy vieja y tiene muchos barrios —aclaró—. Por aquí también está la *porta de San Pancrazio* y la *porta Settimiana*, ambas en la muralla Aureliana, y la iglesia de *San Pietro in Montorio* que es el lugar donde, según la tradición cristiana, fue crucificado el apóstol san Pedro.

—¿Eres religioso, Nic?

—No, no mucho, a pesar de mi *giagia*.

—Tu... gi...

—Mi abuela Olympia. Ella sí lo es. Ortodoxa —sonrió—. ¿Y tú?

—No, la verdad es que no. Aunque admiro a la gente que sí lo es. No a la que es fundamentalista y se toma su religión como algo excluyente, eso no. Mi padre es de ascendencia judía.

—Ya, te entiendo —asintió.

—Pero sí me gusta la gente que tiene cierta espiritualidad, que no es... cínica. Creo que es algo hermoso.

—Te gustan las cosas hermosas —dijo mirándome a los ojos.

—Sí, creo que... sí —respondí algo azorada.

—Pues en esta ciudad hay lugares increíblemente hermosos. Sitios especiales que te permiten descubrir la auténtica Roma, pero sin su rollo turístico.

—Me parece que odias a los turistas —reí.

—Un poco —suspiré—. Roma sería la ciudad más bella del mundo si no fuese por tanto turista. Hay demasiados y de noche es aún peor por los estudiantes, solo saben beber y beber. No disfrutan de lo que tienen a su alrededor. Pero creo que es un mal de todas las ciudades turísticas, sobre todo en Europa. Todo el mundo quiere verlo todo, van con prisa a todas partes, un

selfie y ya está. Tus compatriotas son de los peores.

—Sí, lo sé, pero es que aquí... ¡todo es un monumento milenario! Y eso a los norteamericanos nos intimida —reí—. Se necesitaría una vida entera para poder mirarlo todo y no solo verlo.

—Eso es cierto, deberíamos mirar más.

—Yo estoy haciendo eso, ¿verdad? No quisiera convertirme en una más de esos turistas paletos.

—Tú... —dudó antes de hablar—. Tú miras todo con ojos nuevos.

—¿Nuevos? —pregunté sorprendida y halagada.

—Sí, supongo que es... porque eres curiosa.

—Sí, es uno de mis defectos, dice Oliver. Ese y que me entusiasmo enseguida con todo.

—Eso no son defectos, Roma —me dijo con suavidad.

Le miré, le sonreí y me di cuenta de que Nic me gustaba.

—¡Mis amigas son odiosas —refunfuñé mirando el WhatsApp.

—¿Por qué? —rio Nic.

—¡No te rías! Han salido del hotel sin mí. ¡A comprar, dicen! ¡Pueden comprar en cualquier centro comercial del planeta! ¡En Roma hay que callejear! —dije furiosa.

Él me miraba sin perder detalle, divertidísimo con mi pataleta, con las manos en los bolsillos, caminando muy cerca de mí y, a pesar de que tenía bien claro quién era él y sobre todo quien era yo, no podía evitar sentirme a gusto a su lado.

—Eso es que ya no tienes paparazzi en la puerta —dijo con una especie de desilusión en la voz.

—Ahora unos cuantos las han seguido. Creerán que van a reunirse conmigo —resoplé harta, sin dejar de mirar el móvil—. Hay paparazzi aún en la puerta. ¡Mierda! Stacy les ha sacado una foto a ellos. Mira.

Y le mostré el móvil con la foto de un enjambre de fotógrafos haciendo guardia a pleno sol.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Pero no te ofendas —dijo Nic con suavidad.

—Vale. Hazla.

—¿Por qué no haces como si no existiesen y entras por la puerta sin más?

Sería lo más sencillo —me soltó.

Respiré hondo y le miré.

—No todos los «famosos» somos iguales. Yo no vivo de vender mi intimidad. No tengo Facebook ni Twitter. Mis amigas tampoco. Por eso lo son. Solo me rodeo de gente de confianza que no vaya a venderme.

—Pero todo el mundo sabe que anuncias marcas en Instagram.

—Sí, la marca de mi familia y de amigos. Pero no comercio con mi vida. Hay gente que sí vive de ello o que lo utilizan para promocionarse en sus carreras. Muchos hacen posados pactados, «encontrándose» por casualidad con ellos. En realidad, llaman a la prensa, pero yo no. Yo no hago eso. Ni mis padres tampoco.

—Ya, pero si les dejases fotografiarte una sola vez a la entrada del hotel te dejarían en paz sin más.

—Si les doy tan solo una foto personal, siempre querrán más y más, hasta terminar conmigo. Solo sería una imagen distorsionada de mí misma, una caricatura. Y soy real, de carne y hueso, y no tienen ningún derecho a utilizarme para hacer dinero fácil. ¡Debería ser ilegal perseguir a alguien, joder! —protesté rabiosa—. Yo nunca he vendido mi vida. He trabajado para la empresa de mis padres o he prestado mi imagen a amigos o a causas que pienso que son importantes, pero nunca me he vendido. Y las firmas comerciales me contratan, es trabajo remunerado que yo dedico a la fundación de mi madre. ¡No me lo gasto en emborracharme, en fiestas o joyas!

—Tienes tus razones, pero ellos también tienen las suyas.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? —dije molesta.

—Comer y pagar sus facturas. Ningún paparazzi se hace rico, solo las grandes agencias de noticias, créeme. Ellos no son el verdadero enemigo.

Le miré con impotencia porque sabía que en el fondo tenía razón.

—Ya, Nic, pero si claudico tan solo un instante y les doy lo que quieren no podré pedir respeto y privacidad nunca más. Es un camino sin retorno. Una vez traspasada la línea, y esta es muy fina, no hay marcha atrás. Controlarían mi vida —dije con rabia.

—Sí, es verdad —afirmó serio.

—¡Oh, por favor, dejemos de hablar de mí, me estoy enfadando! Siempre me enfado cuando hablo de las sanguijuelas.

—¿Sanguijuelas? ¿Les llamas así? —preguntó asombrado.

Asentí intentando mantener mi cara enfadada, pero al escuchar las risotadas

de Nic me fue imposible.

—Eres... increíble, en serio —rio, esta vez sin carcajadas.

Nic se intentó peinar con los dedos el flequillo oscuro y rebelde que le caía sobre la frente sin mucho éxito. Su mirada fija en mí me estaba empezando a resultar demasiado abrumadora, así que me alejé unos pasos para ver algo que en realidad no me interesaba.

«Me pone nerviosa que sea tan guapo. ¡Soy una superficial!», pensé.

Mientras Nic se despedía de Luigi no pude evitar observarle y darme cuenta de que era muy fotogénico. Después, de camino ya, me dispuse a seguirle con la cámara del móvil y logré captar alguna imagen suya sin que él lo notase. Tuve que reconocer que toda aquella extraña situación estaba siendo muy divertida.

«Es tan atractivo... Y eso que estoy acostumbrada a ver actores de cine. Pero él no seduce conscientemente, no es como ellos».

—¿A dónde me llevas? —pregunté intentando calmar mi lado más tonto e irracional.

—¿No querías un helado? Hay unos helados buenísimos en un puestecito de la *piazza di Spagna*.

—¿Pero eso no está lejos? Me he estudiado el plano en Google Maps antes de venir —Nic rio—. Te hago gracia. No sé si eso es bueno.

—Sí, eres... muy divertida, en el buen sentido —dijo con aquella sonrisa derriete-mujeres—. Vamos a cruzar el Tíber. ¿Estás cansada?

—Jet lag —resoplé—. Sí, estoy cansada, pero sería incapaz de dormir.

—Bueno, pues cogemos un transporte adecuado.

—¿El metro? Nunca he viajado en metro.

Nic volvió a reír. Su risa era contagiosa.

—Con este calor ni hablar. Deberíamos haber cogido mi moto... —murmuró pensativo—. Iremos en moto de todas formas. Alquilaremos una Vespa. Es lo mejor para cruzar Roma. Además, con el casco nadie te reconocerá.

Capítulo 6

Nic

Su cara de sorpresa y de absoluta felicidad al ver la Vespa me hizo sentir bien, muy bien. La chica era encantadora y toda una caja de sorpresas. Y a esas alturas yo ya había cambiado de idea sobre el desarrollo de mi artículo varias veces. Por fin había decidido darle un toque reivindicativo y presentar a Roma como una persona real, una chica inteligente y con corazón, con ideas propias, no solo como una rica heredera caprichosa con una cara bonita. Por supuesto pensaba incluir el episodio de la mochila porque la humanizaba.

«Es curiosa, profunda, tiene carácter, es honesta y tiene una capacidad de ilusionarse por todo que hace sentir afecto y simpatía hacia ella. No es una niña de papá frívola e insoportable como las revistas se empeñan en mostrar, es ingenua, pero sin ser crédula, es... cándida», pensé mirándola mientras estaba distraída, sacando fotos de la gente a orillas del milenario Tíber con su iPhone dorado.

—Nic, ¿estamos muy lejos de la Boca de la verdad? —preguntó de pronto.

—No, no mucho.

«Me llama por mi nombre», pensé y me gustó.

Se puso el casco con una amplia sonrisa y no tuvo que decirme nada más.

Nos pusimos en marcha rumbo a la cercana iglesia de *Santa María in Cosmedin*, muy cerca del *Circo Massimo*. Ella iba sentada «de paquete», agarrada a mi cuerpo con fuerza. Sus manos se aferraban a mi pecho con menos vacilación que en nuestro primer viaje en moto desde Fiumicino. Sus pequeños pechos se apretaban a mi espalda. Era agradable sentir su menudo cuerpo pegado al mío mientras sorteábamos el caos circulatorio de Roma, muy

agradable.

—Ya hemos llegado. Ahí dentro está la famosa *Bocca della Verità*, pero te advierto que por culpa de la película esa, siempre hay colas interminables que salen de la iglesia hasta la calle —le avisé para que no se desilusionase con una visita solitaria a aquel mito cinematográfico.

En efecto, la larguísima fila de mujeres y hombres del tipo «*hommo turisticus*», esperando su turno para acceder a la iglesia, daba la vuelta al edificio, pero Roma me miró con carita de pena y no pude negarme.

Allí, en la entrada de la iglesia, protegida por rejas y enclavada en la pared del fondo desde hacía casi cuatrocientos años, estaba aquella grotesca máscara de mármol que sobrevivía al paso de los siglos y de las modas.

—Dicen que esa cara de rostro masculino representa a Poseidón, para los romanos Neptuno, el dios del mar —le susurré al oído para distraerla en la fila—. Los ojos, la nariz y la boca están perforados y se cree que en realidad era una fuente o parte de un *impluvium* o incluso la salida de una cloaca debido a su proximidad a la Cloaca Máxima que da al Tíber por aquí cerca. Se sabe que la máscara goza de fama desde hace siglos y que se usaba como oráculo. La escultura se encontraba situada en la antigua *piazza de la Bocca della Verità* hasta que en 1632 fue trasladada al exterior de esta iglesia.

—¿Cuántos siglos tiene? —preguntó viéndola ya desde lejos.

—Es del siglo I después de Cristo.

Ella me miró asombrada y continuó oteando expectante. El haber sido *speaker* de un autobús turístico por fin me servía para algo.

—Parece muy grande —dijo entusiasmada—. Y da un poco de miedo.

—Sí, es imponente —le dije adrede, en un susurro misterioso—. Dicen que aquel que visita la *Bocca della Verità* debe introducir la mano derecha y decir alguna verdad ante los presentes. En caso de que el orador mienta, perdería la mano de un bocado de la efigie. También se usa para saber si una mujer le ha sido infiel a su marido.

Roma me miró cuando dije aquello y me hizo reír su cara de sorpresa.

—¡Ya casi estamos! —exclamó emocionada. Por suerte la cola de sufridos turistas avanzaba rápido.

Al llegar, ella pidió a una pareja que aguardaba justo detrás de nosotros que nos hiciera una foto. El hombre nos tomó la foto y, aprovechando que Roma tenía la mano cerca de la boca de la efigie, sin introducirla, se la tomé por sorpresa para intentar metérsela en el hueco que representaba la boca del

oráculo. Ella chilló asustada y la apartó inmediatamente haciéndome reír. No sé cómo, pero Roma se echó en mis brazos riendo y yo acabé abrazándola.

Cuando se percató de que la tenía aferrada nos miramos un instante. Creo que nos dimos cuenta de que había una larga fila de gente impaciente esperando y eso nos hizo soltarnos. Pero su mano siguió posada en mi pecho y se deslizó hasta tomarme del brazo para luego separarse de mí suavemente. Enseguida eché en falta su agradable y cálido tacto.

—Venga, ahora en serio. Debes meter la mano y decir algo que sea cierto —sonreí y me acerqué a susurrarle—. No te atreves.

Ella me miró retadora y acercó su pequeña mano con las uñas pintadas de un granate oscuro a la boca del oráculo.

—¡Me llamo Roma! —dijo en voz alta y clara.

Respiró hondo e introdujo la mano rápidamente para sacarla igual de rápido.

—Lo ves. No miento —me dijo haciéndome reír—. Ahora tú.

—No, hay mucha gente esperando, vamos ya —rehusé.

—Venga, sí —insistió.

—¡No! —me negué.

—¡Ocultas algo, cobarde! —rio.

Yo aún reía mientras salíamos de allí juntos, como si fuese el mismísimo Gregory Peck y ella Audrey Hepburn, pero esa no fue una risa real como la de Roma, sino fingida.

Me estaba empezando a costar más esfuerzo del esperado engañarla.

Después nos dirigimos al *Circo Massimo* y al *Fori*, en la colina del Palatino, que estaba al lado. Paseamos entre la multitud que abarrotaba las ruinas de la antigua urbe imperial y volvimos a coger la moto para dirigirnos hacia el *Coliseum*, que a Roma le pareció impresionante.

De vuelta a la Vespa tomamos la *via dei Fori Imperiali*, una gran avenida que cruza Roma. Pasamos delante del monumento a *Vittorio Emanuele* y el Foro de Trajano, con su espectacular columna, y tomamos la *via dei Corso* hasta alcanzar la *via dei Condotti* y de allí hasta las escalinatas de la *piazza di Spagna*.

—Pues ya estamos aquí. Por ahí tienes Missoni, Tiffany & Co., Dior está enfrente, Ferragamo, Prada está ahí, Acqua di Parma...

—Quiero un helado. Ya tengo todo eso en Rodeo Drive —dijo mirando entre la masa humana que subía y bajaba las escalinatas de la famosa plaza, más grande en el imaginario colectivo que en la realidad—. ¡Uf! el casco da un calor... Tengo el pelo sudado, despeinado, horrible.

—¡Qué va, estas guapísima! —exclamé.

Lo dije sin ninguna intención, tan solo la de ser sincero y que no se preocupase por su pelo. Ella me miró tras sus gafas de sol sonriendo.

—Estás empezando a ser encantador, Nic.

—¿Empezando? ¿No lo he sido todo el tiempo? Qué decepción —bromeé.

Lo cierto era que cada vez me estaba resultando más complicado mostrarme objetivo con la dulce señorita Silverstone. Tuve que reconocer, a pesar de mis infructuosos intentos por ser distante e imparcial, que estos estaban siendo muy malos, cuando no inútiles, y es que estaba pasando un día muy divertido y más que agradable junto a ella. Definitivamente, ella me hacía reír.

—Pero en serio, el pelo me está... agobiando un montón. Si tuviera una goma para recogermelo...

—Como no te lo cortes... —sugerí bromeando sin pensar.

Ella se quitó las gafas de sol y me miró fascinada.

—Eres... ¡genial! ¡Eso es, como en la película! —exclamó. Y dándome la mano, bajó las escaleras a la carrera, tirando de mí.

—¿A dónde vamos? —grité.

—¡A una peluquería antes de que cierren!

La encontró, en una callejuela cercana, pero era más bien una barbería. Se empeñó en no verse mientras le hacían el corte y nada más terminar se acercó a mí expectante.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

Levanté la vista de una revista insulsa sobre coches que jamás podría comprar y la miré. Se había cortado la melena y ahora llevaba el pelo con mucho flequillo, algo largo por delante y a capas, con la nuca despejada. Su cara parecía haber tomado la forma de un corazón. Sus ojos grandes y verdes destacaban mucho más sobre su rostro de rasgos delicados. Parecía más niña, más dulce.

—¡Estás... preciosa! —susurré maravillado, quedándome abrumado ante su indiscutible belleza.

En ella nada era artificial. Sus ojos, muy abiertos, se entornaron avergonzados y su boca pequeña y carnosa se curvó en una sonrisa increíble que me hizo respirar hondo sin querer. Roma estaba sonrojada y eso me pareció el colmo de la perfección.

Se giró entusiasmada, pero al contemplarse en los espejos frente a los sillones de barbero su rostro cambió. Dejó de sonreír, se atusó el flequillo y una duda en forma de arruga en el entrecejo le hizo darse la vuelta rápidamente. Se volvió de nuevo hacia mí y me miró confusa.

—A Oliver no le va a gustar —dijo por fin.

—¿Por qué? ¡Estás increíble!

—Lo sé, le conozco —susurró con tristeza.

E inmediatamente me cayó mal aquel tipo.

Pagué el corte de pelo de mi bolsillo, como todo lo demás. Luigi me había hecho un precio de amigo, pero la fianza de la Vespa y las entradas a los monumentos las había pagado en efectivo. Ya me había gastado casi ciento cincuenta euros de mi paupérrimo sueldo e imaginé que ahí no iba a quedar la cosa.

Roma no parecía preocupada por eso tan vulgar que las personas del planeta Tierra llamamos dinero. Ese maldito invento por el que trabajamos como esclavos, por el que malgastamos gran parte de nuestro tiempo vital, por el que nos dejamos la piel y hasta el alma tratando de obtenerlo.

«Al parecer las chicas millonarias no llevan suelto. Los millonarios deben de dar por hecho que todos los demás mortales también lo somos», pensé con ironía.

Roma no tenía ese tipo de preocupaciones ya que aún no había sacado ni una sola vez su tarjeta de crédito. Me di cuenta de que ni tan siquiera se había dado cuenta de aquel detalle y supuse que estaba acostumbrada a que sus guardaespaldas o padres pagasen por ella, y a que sus famosos amigos le regalasen de todo.

Compré unos helados y nos sentamos a tomarlos en la escalinata, viendo pasar la marea incesante de gente acalorada que subía y bajaba.

—¿De qué es? —dijo antes de probarlo.

—De *stracciatella*.

—¡Mi preferido! Has acertado ¿Y el tuyo?

Volvía a sonreír y eso me hizo sentir bien, como si yo fuese una buena persona o como si de verdad pudiésemos llegar a ser amigos.

—Sorbete de mandarina —respondí.

—Déjame probar.

Y me cogió el helado para darle un lametón enorme seguido de una expresiva exclamación de puro deleite. Después lo chupó más suavemente, con los labios en forma de O, y aspiró un poco haciendo otro sonido de placer que me pareció el sumun de lo sexy.

Me tendió el cucurucho de barquillo de nuevo y yo me quedé embobado unos segundos, hasta que logré recuperarme para darme cuenta de que Roma tenía un poco de helado en la cara.

—Tienes... —dije acercando mi mano a su rostro, señalando una mota de helado blanco y cremoso que se le había quedado en la mejilla.

—¿Aquí? —preguntó sacando la lengua y chupándose la comisura de la boca de un modo increíblemente inocente.

—No... aquí —dije acariciando su mejilla, cerca de sus labios, con la yema de mi dedo.

No sé si fue mi imaginación, pero me pareció que, cuando mi tacto rozó levemente su piel para quitarle la gota de helado, ella dejó de respirar por un instante. Mis ojos se quedaron clavados en su boca y de repente me di cuenta de que me apetecía besar aquellos labios mojados.

«Debería pensar en llevarla ya a su hotel, antes de que esto se me escape de las manos, no soy de piedra y ya tengo lo que necesito», reconocí preocupado.

Después Roma sonrió y volvió a ocuparse de su helado y yo del mío, que ya me goteaba por el cucurucho de barquillo.

Tras comernos los helados subimos hacia los jardines de Villa Borghese, uno de los parques de Roma, por la entrada de la *piazza di Spagna*, el tercer [parque](#) público más grande de la capital donde se encuentra la galería Borghese, la Galería Nacional de Arte Moderno y el Museo Nacional Etrusco. Una nimiedad artística en aquella urbe que en sí misma ya es un gran museo.

Caminamos un rato, las risas y la conversación intrascendente decayeron y se fue instalando un silencio incómodo entre nosotros.

No me había dado cuenta de que ya estábamos en el mirador de la terraza del Pincio, frente al impresionante atardecer de Roma. El sol caía ya sobre los

tejadros, las cúpulas y las milenarias piedras y mármoles travertinos.

Roma se paró de pronto y se quedó quieta observando la ciudad mientras la luz anaranjada se reflejaba en su piel.

—Vaya vistas hay desde aquí —suspiró mirando al frente.

—Ya lo creo —respondí mirándola a ella.

—Nunca había visto una ciudad tan hermosa como esta —susurró impresionada.

Sonreí y callados los dos volvimos a bajar hacia la *piazza di Spagna*, a buscar la Vespa.

Roma estaba demasiado silenciosa. Consultó su móvil y pensé que ya estaba todo dicho.

«Vaya, parece que se acabó. Aunque ya tengo buen material, es una pena. Esta chica es tan... sincera que me confunde y me conmueve», reconocí.

—¡Oh, lo que me faltaba! —exclamó.

—¿Qué te pasa?

—¡Me acabo de quedar sin batería!

«¡Bien! Esto es lo mejor que me podía pasar», y tuve que aguantarme la sonrisa.

Capítulo 7

Roma

Nic, el dichoso corte de pelo o ambos me habían hecho pensar en Oliver y eso me tenía algo confusa. Me incomodó tener que acordarme de él justo en aquel momento y eso hizo que mi buen humor menguara.

Estaba cavilando en todo aquello cuando me di cuenta de que me había quedado incomunicada. El móvil estaba muerto, sin batería. Nic me miraba y tuve que reconocer que su oscura mirada y la proximidad de su cuerpo no me eran nada indiferentes, todo lo contrario.

«Es tan simpático, inteligente y tan... sexy. Me encanta cómo me mira y me habla, y tengo ganas de besarle. Me gustaría saber si besa mejor que Oliver. Un momento... Pero ¿en qué coño estoy pensando? Debe de ser por tanto sol. Tengo que serenarme y mantener la cabeza fría. Bueno, no solo la cabeza», pensé fastidiada conmigo misma.

Y lo peor de todo era que, en realidad, si lo pensaba con absoluta franqueza, no quería volver al hotel o encontrar a mis amigas. Tenía que reconocerlo, me había aliviado quedarme sin móvil. El estar sola e incomunicada era como cortar los lazos que tenía con mi verdadera vida y poder seguir siendo una chica anónima un poco más. No la inaccesible famosa o la neurótica híper consciente de sí misma y de cuantos la rodean; la correcta hija de sus padres, la perfecta novia.

Así que allí mismo decidí controlarme en cuanto a Nic, pero seguir con aquella divertida comedia un poco más. No estaba haciendo daño a nadie y nadie tenía por qué enterarse.

—Tengo hambre —dije.

—¿Otra vez? —me preguntó Nic sorprendido.

—Es la hora de cenar. Son las siete y media pasadas.

—¿Ya?

—Si ese reloj está bien, sí —dije señalando un reloj que también marcaba la aún asfixiante temperatura de 35 grados en la calle—. ¿Adónde vamos ahora?

—Pues... déjame que piense... Voy a llevarte a cenar a las orillas del Tíber. Pero tenemos que volver a cruzar toda Roma y regresar al Trastevere —me advirtió.

—No estoy cansada —mentí—. ¿Me dejas conducir a mí?

—No sé si es una buena idea.

—Me muero por conducir una moto. No lo he hecho nunca.

—Por eso me da miedo dejarte —sonrió.

—Cada verano en Roma, al lado del Trastevere, se celebra el *Lungo il Tevere*. Un espacio organizado en las orillas del Tíber dedicado a la cultura. Allí se pueden encontrar desde puestos de libros usados hasta restaurantes de comida mexicana o hindú, cine al aire libre, tienditas de ropa, teatro, exposiciones fotográficas y música en vivo —me dijo al oído, con su voz suave, casi susurrándome, abrazado a mí en el asiento trasero de la Vespa, haciéndome desear no llegar nunca a nuestro destino.

Al final me salí con la mía. Dimos algún rodeo, pero la sensación de cruzar la ciudad conduciendo aquella moto me hizo sentirme libre como jamás me había sentido antes.

«Mis padres se morirían si me vieses», pensé emocionada. Ellos nunca me dejaban hacer nada que considerasen peligroso.

Me estaba dando cuenta de que aquel día estaba siendo el más emocionante y extraordinario de toda mi vida. Y el tener a Nic detrás, indicándome al oído, apretando su cálido cuerpo contra el mío, era lo más fascinante que había experimentado.

—Para acceder a las orillas del Tíber hay dos caminos: el puente Sisto y el puente Sublicio. Según dicen, el segundo puente es el más antiguo de Roma y se construyó a finales del siglo VII. ¿Soy o no soy un buen cicerone? —preguntó señalando las luces de aquel sugestivo lugar encendidas en el atardecer romano.

Asentí. En ese momento exacto comencé a notar un excitante nerviosismo, como un hormigueo por todo el cuerpo, al darme cuenta de que acababa de ponerse del todo el sol, que la luna brillaba sobre Roma y yo aún estaba en la calle, rodeada de gente, sin nadie de mi familia o de mi círculo íntimo cerca.

Me sentía como asustada, pero a la vez extrañamente a gusto. Nic me había hecho cómplice de la ciudad, participe de su bullicio y de su anarquía. Yo era una chica anónima disfrutando de las calles repletas de gente, de las incesantes terrazas de los cafés y *ristorantes*, conviviendo con la multitud y con su tráfico caótico.

—Podemos tomar una *birra* en esa terraza —dije entusiasmada, tras aparcar la Vespa, contemplando el gentío que deambulaba entre puestecitos de comida, vinilos antiguos y libros—. ¿Se dice así?

Nic asintió con su sonrisa increíble y me acarició la cabeza despeinándome el pelo con cariño.

—¿Qué te apetece comer? ¿O prefieres que disfrutemos de una buena película al aire libre?

—¿Hay un cine? —exclamé maravillada.

—Sí, mira. Allí —me indicó sonriendo.

Compramos unos tacos y un par de cervezas con un margarita de regalo y nos dirigimos al cine improvisado a la orilla del Tíber. Había mucha gente y Nic me aferró la cintura para abrir paso mientras caminábamos.

—¡Oh, no lo puedo creer! ¡Nic, están echando...!

—*Vacaciones en Roma* —rio mirándome con ternura—. No es que sea mi película favorita, pero...

—¿Crees en las casualidades?

—No —me respondió mirándome a los ojos.

Estaba empezando a sentirme extrañamente ansiosa por culpa de aquellos ojos castaños enormes, así que intenté cambiar de tema rápidamente.

—¿Cuál es tu película favorita? —le pregunté.

—*Pulp Fiction* —dijo sin dudar.

—Vincent... y Mia. Esa parte me encanta —asentí.

—Exacto.

—Sobre todo me gustan los diálogos, son...

—Sí, son sorprendentes. Tarantino es un maldito genio —sonrió.

—¡Oh, y la música! ¡Es genial!

Y Nic se puso a silbar *Girl You'll Be a Woman Soon* mientras yo la tarareaba.

Chica, ¿no sabes que pronto serás una mujer?

Por favor, ven y toma mi mano,

*chica, pronto serás una mujer,
pronto, necesitarás un hombre.*

Nos sentamos a ver la película, mi película, y pensé con inquietud que aquello era una señal y que tenía que ver conmigo y con mi boda, con todo aquel día emocionante que estaba a punto de terminar.

—¿Está bueno el taco?

—Umm... sí —dije masticando—. En Malibú, cerca de mi casa, hay un sitio de tacos y quesadillas que me encanta. Los echaba de menos.

Nic me observó con esa especie de ternura en la mirada tan suya y sonrió haciendo que en aquel instante me pareciese el hombre más atractivo de la Tierra. Después me trajo otra cerveza. En ese momento el alcohol debió de comenzar a saturar mi torrente sanguíneo porque me di cuenta de que, al volver de Bora Bora, Oliver y yo viviríamos en el lluvioso y nublado Londres e inmediatamente me puse triste.

Audrey decía una frase que repetí a la vez que su personaje, el de la princesa heredera que se escapa del palacio por un día para saber qué es ser una chica anónima.

—«Y a medianoche regresaré tras haber perdido mi precioso zapato de princesa encantada».

—¿Estás bien? —preguntó Nic mirándome preocupado.

—Acabo de darme cuenta que odio Londres, pero creo que sí —susurré.

Se lo dije sin pensar, con rabia, no con tristeza o dolor, y ahora sé que en aquel instante comprendí, al mirar los ojos castaños, bellos y suaves de Nic, que todo había sido un terrible error, que en realidad no quería casarme, que odiaba a los londinenses porque en Londres, y a pesar de mi madre, siempre me hacían sentir como una extraña.

En ese momento me vino a la cabeza Oliver.

«Él debería estar en Roma viendo esta película conmigo. Debería estar con Oliver y no con Nic», pensé dolida.

Nos tomamos otra cerveza más y nos fuimos antes de que la película terminase. Yo misma me levanté y tiré de la mano de Nic. No quería ver cómo se separaban la princesa y el periodista.

Nos sentamos. Enormes y cómodos cojines de colores adornan los bancos bajo vistosas sombrillas orientales. Cada sorbo que tomaba del riquísimo cóctel de Campari con naranja iba acompañado de una mirada hacia el cielo de Nic.

Parecía pensativo y así, tan serio y taciturno, estaba todavía más guapo. Yo sentía una extraña curiosidad mezclada con la atracción que Nic me provocaba. Había algo misterioso en él que me retaba a ir más allá, a intentar conocerle como él parecía conocerme ya.

—¿No me vas a contar nada más de ti? —pregunté envalentonada por el alcohol.

Él se volvió a mirarme fijamente y sorprendido dudó un instante antes de contestar.

—¿De mí? No hay nada que contar —dijo.

—Creo que sí, que tienes mucho que contar.

Negó con la cabeza sonriendo.

—¿Qué quieres saber, curiosa?

—Pues... qué quieres hacer en la vida. No creo que el trabajo de tu vida sea ser guardaespaldas. Pareces alguien con carácter e ideas propias.

Se quedó desconcertado antes de responder.

—Quiero... irme a los Estados Unidos.

—¡Vaya!

—Es que... en mi familia hay una historia acerca de un antepasado que marchó de Grecia a los Estados Unidos. Se dice que hizo una gran fortuna, aunque lo cierto es que nunca supimos nada más de él —dijo algo azorado—. De niño siempre pensé que llegaría algún pariente de ultramar dueño de alguna naviera, como Onassis, y que nos cubriría de dólares a todos con su herencia. Y luego esa idea de emigrar a América se me quedó en la cabeza, supongo.

Me reí ante aquella divertida historia.

—No te rías, esto que acabo de decirte se cuenta de generación en generación en la familia Venizelos. Es una tradición.

—¿Y qué harías una vez allí?

—No lo sé.

—Pues yo te veo... haciendo algo creativo o en política. Escribiendo los

discursos a Obama —bromeé.

Creo que se quedó atónito al escuchar mi ocurrencia.

—No estaría mal —rio para mirarme algo extrañado.

Entusiasmada, le miré directamente a los ojos y pregunté:

—¿Puedo seguir curioseando?

—Más bien sonsacándome, pero... continúa, *prego*. O como se dice en griego, *parakalo* —me retó.

—*Para... ka...*

—*Parakalo* —repitió.

—¿*Parakalo* es por favor?

—Sí, algo así —asintió aguardando la siguiente pregunta.

Su forma de mirarme, tan intensa, me estaba poniendo frenética.

—¿Tienes novia, amiga especial o algo parecido? —me atreví.

—Todo un tercer grado —susurró frunciendo el ceño, negando con la cabeza y sonriendo en plan canalla—. No, no tengo nada de eso.

—¿Eres gay?

—¡No! —rio—. ¿Tanto te extraña?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—Por... tu... Déjalo —negué con la cabeza—. ¿Por qué no tienes pareja?

—Pues... porque estoy bien así.

—Pero quedas con mujeres, sales con ellas y te acuestas con ellas. ¿No?

—Exacto. Aunque ahora no es una prioridad en mi vida.

—Ya, miedo al compromiso.

—No, no te equivoques. Soy capaz de comprometerme, solo que...

—¿Qué?

—Creo que prefiero no complicarme la vida ni complicársela a nadie de momento —me miró fijamente—. No me crees.

—Es que es lo típico.

Me observó serio y se recostó en el asiento dando un sorbo a su cóctel. En ese momento, allí sentado con su flequillo rebelde y su mirada fija en mí me pareció el tío más interesante que había conocido jamás.

—No estoy en mi país, no sé dónde voy a vivir mañana —resopló—. Verás... para los griegos es muy importante tener una casa, un lugar físico al que llamar hogar, y yo no tengo casa, ni visos de conseguirla porque mi trabajo es una mierda y no llego a fin de mes. Nada es seguro ni estable en mi vida.

No soy un buen partido para nadie, Roma.

—Eso dependerá de la chica, de lo que ella opine —sonreí con picardía, pensando en mí misma.

—¿Y tú, qué opinas? —preguntó él.

—¿De ti?

Su pregunta me pilló por sorpresa.

—Sí.

—Eh... pues te considero... interesante —respondí algo avergonzada.

—Interesante —repitió con su voz suave y aquella bonita y sugerente sonrisa.

A esas alturas ya lo tenía suficientemente claro: Nic me gustaba mucho. Pero ¿tanto como para plantearme hacer una locura?

No sé si fueron los tacos de aquel improvisado local mexicano con el margarita de regalo, las tres cervezas más el cóctel de Campari, el sentirme libre y una persona anónima, la música o el calor de Roma, solo sé que terminamos caminando de la mano, como una de tantas parejas que pasaban a nuestro lado.

Fue una de ellas la que se paró justo enfrente de nosotros para, en un arrebató de pasión, besarse con avidez en plena calle, sin importarles quién les mirase.

—¡Qué bonito! Yo nunca podré hacer eso —susurré melancólica.

Pensé que Nic se iba a reír de mi comentario, pero no lo hizo, en vez de eso me miró con una intensidad que me hizo ponerme muy nerviosa. De repente comencé a sentir aquellas dichosas mariposas en el estómago de las que mis amigas me habían hablado alguna vez y que yo nunca había llegado a experimentar. Y a punto estuve de pedirle que me besara así para poder sentir esa especie de arrebató que acababa de contemplar y nunca me había permitido a mí misma. Pero no me atreví y el momento pasó.

Capítulo 8

Nic

Mentí. No le dije a Roma para qué quería irme a los Estados Unidos. En realidad quería ser periodista de investigación, dedicarme a escribir y, ya puestos a soñar, ganar el Pulitzer.

Mientras íbamos caminando yo no paraba de darle vueltas al mismo asunto. Sabía que estaba sorteando la parte más delicada de aquella farsa, que hasta el momento no había intentado sonsacarle a Roma acerca de su relación, de su novio. Pero eso es lo que más vende en una revista.

La vida de los demás se cotiza, cuanto más sórdida mejor, me dijo Mónica la primera vez que mostré escrúpulos para publicar un escándalo.

Por eso le había dejado indagar sobre mí, para ganarme su confianza. Pero ahora intuía que en el camino había perdido mi imparcialidad y que ella empezaba a mostrar cierto interés por mí y yo no quería darle esperanzas de ninguna clase. No quería implicarme más.

«Ha llegado el momento, ya tenemos la suficiente intimidad», me dije a mí mismo sin poder evitar una punzada de culpabilidad atravesada en el pecho. «La veo tan feliz y despreocupada...», pensé dolido.

No quería entristecerla por nada del mundo y tenía verdaderos remordimientos. Pero finalmente se impuso la codicia.

—¿Y tu novio? ¿No está en Roma? —le dije a bocajarro. Roma me miró extrañada—. Perdona que te pregunte, supongo que no es asunto mío.

«Me juego lo que sea a que me responde», pensé. Y no me equivoqué.

—Llega mañana, para la fiesta de despedida de solteros conjunta —suspiró—. Un rollo, yo solo quería la nuestra, la típica despedida por separado, pero sus padres se empeñaron.

—¿Y qué hace que no está contigo? Quiero decir... —resoplé. Ya no había

marcha atrás—. No lo entiendo. No entiendo cómo puede querer estar en cualquier otro lugar que no sea aquí, contigo.

Lo dije sinceramente, me gustaba mucho estar junto a ella. Roma me miró estupefacta y creo que dudó en seguir hablando, pero mi sinceridad momentánea la hizo caer en la trampa.

—Oliver siempre tiene muchísimo trabajo —le excusó.

—¿En qué trabaja?

—En la City, en bolsa.

Roma me miró fijamente y yo asentí intentando no demostrar ni simpatía ni antipatía por el tal Oliver, aunque la realidad era que el tipo ya me caía fatal sin conocerlo de nada.

—¿Es inglés?

—Sí, de Londres. Estudió en Eton y en Oxford, vive en Chelsea... Él es muy... flemático, no se inmuta por nada. No conozco a nadie que pueda ser más inglés. Nos llevamos bien, nunca hemos discutido a pesar de mis intentonas. Soy medio inglesa por parte de madre, pero he heredado el carácter de mi padre. Soy cien por cien norteamericana en cuanto a eso de discutir y debatir, me gusta —sonrió con orgullo—. Y lo prefiero. No soporto a mi madre cuando saca su carácter inglés. Se pone tan... queda bien.

Resopló poniendo los ojos en blanco haciéndome reír.

—¿Y qué... qué te atrajo de Oliver como para que te cases tan joven?

—¿Joven? Voy a hacer veinticinco años este año.

—¿Uf, si eres una abuela! —bromeé.

—¿Cuántos tienes tú? —rio.

—Treinta.

—Oliver tiene treinta y tres. Es maduro, tranquilo, serio, sensato... le gusta montar a caballo, el tenis, leer... Y colecciona plumas antiguas. No tiene muchas aficiones en realidad, salvo su trabajo.

«Un tipo aburrido», pensé, pero no se lo dije. No quería enfadarla. Quería que continuase hablando.

—El que sea rico me da la seguridad de que no anda conmigo por mi dinero —me soltó.

Me di cuenta de que el alcohol estaba empezando a hacer su efecto acostumbrado de tirar de la lengua.

—Vaya, eso es muy...

—¿Esperabas una gran historia romántica y apasionada? —rio.

—Bueno, a mí me pareces muy apasionada.

—¿Ah, sí?

—Y aventurera —asentí.

Sentí tristeza de pronto. Quería saber por qué una chica tan divertida y entusiasta estaba a punto de casarse con un muermo adicto al trabajo. Ya no era por el artículo, tenía verdadera curiosidad. Quería entenderla y tal vez hacerla recapacitar.

«Alto ahí, ni te lo plantees, ese no es tu asunto», me dije inmediatamente.

—La gente a mi alrededor es muy superficial, Nic —prosiguió—. He salido con el hijo insufriblemente inmaduro de un director de Hollywood amigo de mis padres de los quince a los diecisiete y con un actor de moda de los diecisiete a los veinte. En realidad era un bebedor egocéntrico que se aprovechó de nuestro noviazgo para medrar. Por eso me gustó Oliver, porque parecía serio y no tiene nada que ver con aquel mundo de individuos inestables y relaciones fracasadas. Él no es solo un tío guapo. En Los Ángeles abundan, pero son solo fachada. Allí nadie es lo que parece.

—Odias las apariencias.

—Sí, supongo. Solo mis padres son la excepción en Hollywood. Aunque ellos no pertenecen estrictamente a ese mundo —apuntó—. Aspiro a tener un matrimonio tan duradero como el suyo.

Y su explicación me sonó como a estudiada. La típica respuesta que se da en una entrevista.

—Entiendo. Él te hace sentir segura.

—Eso es —dijo mirándome con aquella suave melancolía que me hacía sentirme un mal bicho.

—¿Nada más? ¿Y eso que llaman amor, que aseguran que mueve el mundo? —bromeé.

—No soy lo que se dice una romántica empedernida. Nunca me he permitido serlo porque no quiero desilusionarme, prefiero las certezas.

Respiré hondo intentando entender aquella nueva faceta de su personalidad. Roma era complicada, contradictoria.

En ese momento recordé que una vez leí en alguna parte que los antiguos griegos tenían muchas formas de denominar al amor. Que para ellos había seis clases de definiciones diferentes para esa clase de sentimiento, aunque había más de diez palabras referidas al amor.

El que los occidentales conocemos como amor romántico tenía que ver con

Eros, el dios griego de la fertilidad, y representaba la idea de la pasión y el deseo sexual. Aunque los griegos no siempre pensaban en ello como algo positivo. De hecho, el «eros» era visto como una forma peligrosa, ardiente, e irracional de amar. Implicaba una pérdida de control que asustaba.

«Le da miedo perder el control, ser ella misma. Es precavida, pero en contra de su verdadera naturaleza. Cree que va a sufrir si se arriesga. Como cuando se ha cortado el pelo. Lo más seguro es que tras morir su hermano y al ser hija única la hayan sobreprotegido en exceso por miedo a que le pasara algo», especulé.

—Los antiguos griegos decían que el amor era peligroso, que podría apoderarse de ti y poseerte. En realidad, era visto como algo negativo —dije.

—Comparto esa idea —dijo frunciendo el ceño con decisión.

—No te creo. Te gusta *Vacaciones en Roma*.

—Sí, pero es una película muy realista, acaba como acabaría algo así en la vida real.

Y al escucharla tuve la sensación de que me estaba advirtiendo.

—No hay certezas, no existen, y menos en el amor. Hay que arriesgarse —le dije y mi voz me sonó cruel.

—Dicen que el enamoramiento tan solo dura unos pocos años, pero el amor verdadero pienso que es otra cosa. En esa clase de amor es en la que creo. Mis padres siguen juntos después de cincuenta y un años. Ellos están muy felices con mi boda —murmuró.

—Pero es tu vida, no la de tus padres.

—Confío en Oliver. Esa es mi certeza —volvió a decir con aplomo.

—Pero ¿te gusta, le amas, te hace reír...?

—Oliver es Oliver, no tiene dobleces —dijo encogiéndose de hombros—. Sí me gusta, aunque reconozco que es algo... excéntrico —rio.

—¿En qué sentido?

—Bueno... es muy... pulcro.

—¿Pulcro? —reí.

—Se ducha después.

—¿Después de qué?

—De hacerlo.

La miré incrédulo y asombrado.

—No te creo, me estás tomando el pelo —negué con un gesto sarcástico.

—No, es verdad —asintió—. Y no lo hacemos cuando tengo el periodo.

Lo dijo casi en un susurro cómplice y no pude evitar una carcajada.

—¿Por qué te hace tanta gracia? —preguntó extrañada o molesta. Tal vez ambas cosas.

—El sexo no es pulcro —le dije mirándola a los ojos con la cara más perversa que pude poner—. Tiene que ser sucio para que sea bueno de verdad.

Roma me miró con los ojos como platos, creo que escandalizada de lo que acababa de decirle.

—Si tú lo dices... —dijo muy digna, intentando decir la última palabra y no quedar como una mojigata.

Dejé el tema por zanjado más por mí que por ella. Parecía algo avergonzada y yo me sentía realmente mal, como un ser despreciable, sin escrúpulos, y decidí que ya era suficiente. No iba a preguntarle nada más.

La llevé hasta una terraza en la que sonaban éxitos pasados y donde parejas de edades muy dispares bailaban acarameladas, intentando olvidarme de mí mismo, de lo que en realidad me había llevado hasta aquella chica.

Roma me observaba de un modo muy dulce, estaba radiante, algo ruborizada por culpa del alcohol, junto al río, a la luz de la luna, y supe que no me podría resistir por más tiempo. Ante un hipotético acercamiento caería presa de sus encantos como un colegial.

«Se ha terminado. No queda otra. Solo estaremos juntos un rato más, bailaremos y la llevaré a su hotel. Nos despediremos y ya está. Zanjado el asunto. Tal vez la bese para despedirme de ella. Me encantaría besarla», pensé desechando la idea porque sabía que un solo desliz bastaría para que no pudiese seguir siendo el caballero encantador por el que ella me tenía.

«Y eso sería un terrible error».

Capítulo 9

Roma

Sentí que había hablado demasiado, que en realidad no conocía a Nic como para contarle cosas tan íntimas, que estaba traspasando mis propios límites y también que le estaba siendo desleal a Oliver, y eso era lo que más me incomodaba. Me sentía avergonzada, pero intenté no demostrárselo a Nic. Al fin y al cabo, la única culpable de todo aquello era yo. Yo había comenzado a preguntar y le había dado pie a él para hacer lo mismo. Además, nadie me había mandado beber de más y soltar la lengua.

En esas estaba, comiéndome la cabeza yo solita, con mis remordimientos, cuando comenzó a sonar una canción italiana interpretada por un grupo de músicos que amenizaba una de aquellas terrazas veraniegas junto al Tíber. Creí conocer la melodía, me era familiar a pesar de no recordar muy bien por qué.

—¡Me encanta esa canción! Vamos a escucharla Nic —imploré tirando de él hacia la banda de músicos.

Él no se hizo de rogar y me acompañó hasta donde tocaban aquella canción que, por alguna razón, me traía imágenes de mi padre y mi madre bailando agarrados.

El cantante tenía una bonita voz de *crooner* y pasaba del italiano al inglés sin problemas.

*No, esta noche amor
no he pensado más en ti,
he abierto los ojos
para mirar en torno a mí
y a mi alrededor,*

*giraba el mundo como siempre.
Gira, el mundo gira
en el espacio infinito
con amores recién nacidos,
con amores ya acabados
con la alegría y el dolor
de la gente como yo.*

Nic se adelantó, me tendió su mano, yo se la cogí y, sin decirnos nada ni pedirlo, juntamos nuestros cuerpos entre las parejas que se movían al son de la música.

*Oh, mundo, en este momento
yo te miro
en tu silencio yo me pierdo,
y no soy nada junto a ti.
El mundo,
no se ha parado ni un momento,
a la noche le sigue siempre el día,
y el día vendrá.
Oh, el mundo...*

Bailamos en silencio, abrazados. Me dejé mecer sintiendo sus brazos anchos y fuertes alrededor de mí, notando cada respiración de él. Yo estaba ya más que achispada por culpa de las cervezas, el margarita y el Campari con naranja que me había bebido demasiado deprisa, pero me daba igual. Era tan agradable estar envuelta en su cuerpo... Y no, no estaba pensando en Oliver porque el mundo, mi mundo, no se tenía por qué parar, no quería que se parase para mí, no ahora que me parecía inmenso y extraordinario.

Pero de pronto Nic lo hizo, se detuvo en seco sacándome de mi ensimismamiento.

—Pero ¿qué cojones...? —soltó.

—¿Qué pasa? —pregunté sobresaltada.

—Espera aquí —me dijo con voz baja y suave.

—¿Por qué?

—Porque ese tipo de allí nos está sacando fotos.

Nic señaló a alguien que se escondía tras uno de los puestos de comida, parapetado tras un toldo, a varios metros de distancia de nosotros, un tipo que portaba una cámara de fotos con un teleobjetivo, un paparazzi. Me quedé horrorizada dándome cuenta de lo que iba a significar que aquellas fotos saliesen a la luz.

—¡Oh, joder, no! —gemí.

Inmediatamente, al escucharme, Nic se fue detrás de aquel tipo, que echó a correr apartando a la gente a su paso y yo le perdí de vista. Al quedarme sola comencé a ponerme muy nerviosa. Enseguida me asaltó aquel temor irracional a estar abandonada en medio de la multitud.

Solo había sufrido un episodio intenso de agorafobia en mi adolescencia, pero desde entonces me había quedado siempre un extraño recelo hacia los lugares con mucha gente anónima y a estar sola en la calle.

Esperé, pero Nic no regresaba y comencé a mirar a mi alrededor con ansiedad. Sentía cómo mi antiguo trastorno amenazaba con aflorar de nuevo.

Cada minuto que pasaba sola en medio de la calle me iba poniendo más y más nerviosa. Conocía las señales y cuando comencé a notar cómo mis manos temblaban me puse a respirar hondo, intentando no caer presa del pánico.

«Bien, voy a estar tranquila, no pasa nada. Nadie va a hacerme daño. Estoy a salvo. No voy a perder el control por esto. Nic aparecerá enseguida», me dije a mí misma intentando calmarme, respirando con un ritmo lento, profundamente.

Estuve así unos segundos que me parecieron interminables. Cerré los ojos un momento y finalmente al abrirlos vi a Nic regresar. Caminaba hacia mí sonriendo, totalmente empapado.

—¿Nic? ¿Qué ha pasado? —jadeé con voz temblorosa.

—Nada, que le he quitado la tarjeta gráfica de la cámara —sonrió mostrándomela.

Suspiré con fuerza y le sonreí. Nic se metió la tarjeta en el bolsillo de sus vaqueros y yo le tomé las manos por instinto. Al momento, con su contacto cálido me calmé, pero mis manos temblorosas me delataron.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida —preguntó extrañado.

Yo me aferré más fuerte a sus manos y asentí tragando saliva para aclararme la voz.

—Me... había asustado —susurré.

—¿Seguro? Estás... temblando —dijo acariciando mis manos,

aferrándomelas con fuerza.

—Es que... —No sé por qué, pero supe que él me entendería y decidí contárselo—. Cuando... tenía catorce años sufrí un episodio de agorafobia. Iba a una fiesta, un estreno de cine, en Hollywood, creo, acompañada por mis padres. Estábamos pasando por la alfombra roja y a punto de entrar al teatro cuando de pronto hubo un tumulto por culpa de unas fans que querían llegar hasta uno de sus ídolos y se saltaron el cordón de seguridad. Me separé de mis padres sin querer. Me reconocieron, siempre he sido famosa, desde que nació. Al encontrarme sola en medio de gente desconocida que pretendían fotografiarse conmigo me asusté. Me tocaban, me chillaban, y de pronto comencé a sentir un miedo muy intenso. Creía que iban a... atacarme, no sé por qué. Empecé a marearme, tenía taquicardia, un sudor frío, temblaba y al final perdí el control y escapé de vuelta a la limusina que nos había traído. Lo hice sin pensar y me vi sola en el aparcamiento. No sabía ni dónde estaba. Uno de los chóferes se acercó, me chilló para preguntarme qué hacía allí y me asusté tanto que me desmayé.

—Roma... —Nic me miró preocupado y ansioso.

—Nunca se ha publicado nada de ese incidente y solo lo sabe mi gente, mi familia, mis verdaderos amigos...

—Lo siento, no te hubiese dejado sola si lo hubiese sabido —me dijo con ternura y soltó una de mis manos para acariciarme la mejilla.

—No, hiciste bien en correr tras ese tipo —asentí agradecida—. Me has librado de una buena.

—Era un paparazzi —dijo Nic.

Respiré aliviada y fue entonces cuando volví a reparar en sus ropas empapadas.

—¿Y por qué estás tan mojado?

—Porque me he caído al río persiguiendo a esa sanguijuela.

Me eché a reír al escucharle decir lo de «sanguijuela». Nic también reía. El flequillo mojado le goteaba sobre la frente y tenía la camiseta completamente pegada al cuerpo, marcándole los abdominales y el pecho. Aún resoplaba y parecía que acababa de realizar otra agotadora carrera por mi culpa.

Me colgué de su cuello sin dejar de reír, para abrazarle, mojándome entera con su ropa. Él también se reía a carcajadas, rodeando mi cintura con sus brazos, pero de pronto ambos paramos y nos quedamos en silencio, muy juntos, mirándonos a los ojos.

—Me has vuelto a salvar —dije.

—Eso parece —sonrió.

Nic estaba tan absurdamente guapo que creo que hasta me temblaban las piernas.

—Eres... un encanto —susurré mirando su boca con codicia.

Y no pude más. Me puse de puntillas y le besé, le besé con fuerza, En un primer momento, solo por un instante, Nic se sorprendió, pero enseguida apretó sus suaves labios calientes contra los míos, deslizándolos, presionando, siguiéndome para, enseguida, hacerme seguirle a él mientras me tomaba por la cintura con más fuerza para apretarme contra su cuerpo mojado.

Fue como un subidón de adrenalina, una especie de descarga eléctrica que nos envolvió y nos hizo pegarnos como lapas, sin querer soltarnos ni separarnos un solo centímetro.

Por unos momentos fuimos como aquella pareja apasionada que acabábamos de dejar atrás y nos olvidamos de quiénes éramos y de dónde estábamos, prolongando aquel beso tan intenso.

Deseaba a Nic, muchísimo. Ansiaba que me acariciase con aquellas manos tan grandes, que me recorriese entera con su bonita y sensual boca. Me moría de ganas.

Abrí mi boca para recibir su lengua cálida y húmeda y me olvidé de la boda, de Oliver y hasta de mi misma.

Capítulo 10

Nic

Ya lo entendía todo. Entendía a aquella chica dura y a la vez vulnerable. Comprendía el porqué de su personalidad contradictoria, de su temor a estar sola y de sus ansias de libertad y sus ganas de vivir tan desmesuradas. Y me daba cuenta de lo mucho que me gustaba por todo eso.

«Si esas fotografías salen a la luz antes que mi artículo lo arruinarán todo», pensé.

Había corrido como un poseso tras aquel tipo y no lo hubiese alcanzado si el muy inútil no se hubiese resbalado y caído, haciéndome acortar distancias en aquella absurda persecución en la que aparentemente estaba salvándola a ella y en realidad estaba salvándome a mí mismo.

Al fin y al cabo, estaba persiguiendo a un tío como yo, un colega que de seguro se las prometía muy felices teniendo en su poder las fotografías comprometedoras del baile romántico de la famosa heredera norteamericana con un hombre desconocido, a falta de unas horas para su boda.

Ya podía imaginar el titular: *La heredera se divierte*. Mónica me había enseñado bien.

Montarían una historia en la que no importaría la realidad, solo lo escabroso. Le harían daño. Hundirían su reputación, su imagen, la de su familia. La criticarían, sería insultada, calumniada. Diseccionarían su vida una y otra vez durante meses hasta el chisme siguiente. Y lo recordarían una y otra vez en programas de televisión basura, periodicuchos y revistas mal llamadas del corazón año tras año, aprovechando la maldita hemeroteca.

«No pueden ser del corazón cuando no lo tienen», había dicho mi padre,

disgustado al enterarse a qué me dedicaba de verdad.

Alcancé al fulano al borde del río y tiré con todas mis fuerzas de su camiseta. Era un tipo grande, forcejeó y ambos acabamos cayendo al Tíber. Salí del agua rápido y le cogí la cámara inmediatamente, sin darle tiempo a rechistar. Estaba intacta, el tipo había tenido la pericia de ponerla a salvo del agua, así que podía seguir utilizándola para poder vivir de la rapiña. Me presenté ante el paparazzi como miembro del equipo de seguridad de la señorita Silverstone y me quedé con la tarjeta gráfica de la cámara. Se la pagué y le dije que se largara. El colega me miró extrañadísimo con los euros ya en la mano y se fue sin rechistar. Sin fotos no había historia, solo rumores mal pagados. Era algo básico de aquella inmunda ocupación.

Me alegré de tener en mi poder el material. Era todo un alivio. No iba a dudar en mantener a Roma a salvo. No iba a vender esas fotos jamás. Solo escribiría la verdad en un artículo para el que ya tenía título: *Oxímoron*, una palabra compuesta de dos helenismos que significan puntiagudo y romo.

Ella era eso, una contradicción en sí misma de dos conceptos totalmente opuestos. La niña modosa y la mujer indomable. La rica heredera y la chica que no tenía dinero en su cartera. Roma era eso, todo eso y mucho más.

En definitiva, aún tenía la esperanza de no ser un hijo de puta. Tan solo un capullo.

En mi cabeza resonaban los ecos de aquella canción italiana de Jimmy Fontana, la risa de Roma, la puesta de sol sobre el Tíber y sus apetecibles labios, suaves y cálidos.

Roma acababa de besarme y yo le había devuelto el beso. Había cruzado todos los límites que me había propuesto no traspasar. Y lo peor, o lo mejor de todo, era que aquel beso me había gustado tanto que no podía dejar de besarla. En mi defensa diré que no lo planeé en ningún momento, jamás planeé tener nada físico con ella, pero ocurrió, fue inevitable.

Mi boca se apretaba contra la suya con ganas, ávida por probarla. Ella la abrió invitándome a saborearla, a que mi lengua se enredase con la suya. Ambas ansiosas, calientes y húmedas. Su cuerpo pequeño y elástico se apretujaba contra el mío acelerándome y calentándome peligrosamente. Mis manos rodearon su estrecha cintura y no se detuvieron ahí. Finalmente lo hice, tuve la osadía y las deslicé poco a poco hasta sus nalgas firmes, apretándola

más aún contra mi vientre. Ella no se resistió, todo lo contrario, jadeó un poco, me miró a los ojos y supe lo que quería.

Roma anhelaba estar conmigo, que hiciéramos el amor, y entendí que no podía ni quería negarme porque la deseaba con una intensidad que me hacía casi temblar con solo rozarla.

—Debería estar aquí, conmigo, ¿verdad?

—Sí —susurré. Sabía que se refería a Oliver—. Yo no te dejaría ni un solo minuto. Tienes un peligro...

A Roma le hizo reír mi comentario y al escucharla sentí una ternura inmensa por ella que me hizo abrazarla con fuerza contra mi pecho.

La besé en el pelo y susurré su nombre. Ella suspiró con fuerza.

—Vámonos —me pidió.

—¿A dónde?

—A mi hotel —dijo con una sonrisa pícara.

No las tenía todas conmigo en eso de ir a su hotel, pero aun así volvimos a cruzar el Tíber una vez más. Roma estaba encantada llevando la moto, así que, de paquete en la Vespa, me informé mediante mi móvil de cómo estaba el asunto a esas horas de la noche.

La entrada había sido despejada por los *carabinieri*, tras las quejas de muchos clientes del hotel, y probablemente tras las presiones del padre de Roma. Eso fue lo que me dijo un colega de los más discretos. Nadie sabía dónde estaba Roma Silverstone, todo el mundo la había buscado por los mejores hoteles de la ciudad, pero sin éxito. Los compañeros de la prensa pensaban que ya había salido de Roma hacia el lugar del enlace, en la costa y todos los medios ya se dirigían hacia la mansión del famoso modisto amigo de su padre. Yo, por mi parte, sonreí para mis adentros, le di las gracias a mi colega y no le facilité información alguna.

—Todo va bien. Les hemos dado esquinazo a las sanguijuelas, la entrada del hotel está libre —le susurré al oído.

—¡Sí! —gritó como una salvaje, levantando el puño izquierdo haciendo que la Vespa se bamboleara peligrosamente entre el caótico tráfico de la ciudad.

—¡Cuidado, que nos la vamos a dar! —reí apresándola entre mis brazos.

—¿Vamos bien por aquí? —preguntó Roma sin inmutarse.

—Sí, vas muy bien —dije apretándola más fuerte—. Pero para en cuanto

puedas, ya estamos cerca y quiero enseñarte algo antes.

—¿Qué?

—Nuestra última visita turística del día —dije besando su nuca.

Me moría de ganas de estar con ella, pero antes quería que viese mi lugar preferido en Roma: el Panteón. Lo había sido desde que trabajé como vigilante durante casi tres meses y una noche tuve la fortuna de poder admirar el colosal edificio yo solo, tras cerrarlo al público. Quería que Roma conociese también la magnificencia de aquella obra sin la retahíla de turistas irrespetuosos que disparaban foto tras foto o se hacían *selfies* idiotas con posturitas ridículas ante la solemne edificación que había sido pensada para albergar la tumba de un emperador romano.

Aparcamos en una calle cercana a la *piazza della Minerva* cruzándonos con el obelisco del mismo nombre, de Bernini, uno de los trece obeliscos traídos a Roma desde el Antiguo Egipto en tiempos imperiales, y nos acercamos caminando hasta el magnífico monumento milenario, situado en la *piazza della Rotonda*, muy cercana al hotel donde se alojaban Roma y sus amigas.

Las calles adoquinadas ya no estaban tan atestadas de turistas y el bochorno había declinado un poco quedando una noche cálida, perfecta para pasear.

—En la mitología romana Minerva es la diosa de la sabiduría, las artes, las técnicas de la guerra, además de la protectora de Roma y la patrona de los artesanos, y se corresponde con la diosa Atenea de la mitología griega —le susurré al oído.

—O sea que es mi protectora —sonrió.

—Sí, algo así.

Tomé a Roma de la mano y ella me miró sonriente.

—¿Adónde me llevas?

—Ahí —dije sin soltar su mano, señalando el imponente edificio que sobresalía medio escondido al doblar la esquina de la calle.

—Pensé que me llevarías a un lugar más típico, la Fontana de Trevi o algo así.

—¿Tan poco original te parezco? —le sonreí—. Además, está en obras.

Ella me besó como respuesta y ofuscado por aquel asombroso e impulsivo beso me paré en medio de la calle para devolvérselo. Tomé su hermoso rostro entre mis manos y la besé con fuerza, apasionadamente.

Así, impacientes, besándonos mientras nos acariciándonos, alcanzamos el Panteón.

—Es... imponente —dijo Roma ante el pórtico.

—Sí, y espera a ver el interior.

—¿Y cómo vamos a entrar?

—Gracias a Andreas, un amigo chipriota que trabaja de guarda de seguridad nocturno. Creo que es su turno.

Andreas, excompañero de trabajo y licenciado en Arqueología, no puso objeción alguna y nos condujo dentro del Panteón riéndose del asunto.

Cruzamos el pórtico bajo la inscripción milenaria inscrita en piedra.

M · AGRIPPA · L · F · COS · TERTIVM · FECIT

—*Marcus Agrippa, Lucii filius, consul tertium, fēcit.* Marco Agripa, hijo de Lucio, cónsul por tercera vez, lo hizo —tradujo en voz alta Andreas.

Después Roma y yo entramos en un reverente silencio, siguiendo a Andreas y su linterna.

—Gracias, Andreas, te debo una —le dije palmeando su espalda, agradecido.

—Ya te la cobraré —sonrió dejándonos solos en la entrada de la cúpula.

La luz de la luna entraba por el lucernario que coronaba la portentosa cúpula, dándole a todo un aire irreal. Nuestros ojos pronto se adaptaron a la penumbra y caminamos sobre el pavimento de grandes piezas de mármol de colores, colocadas formando círculos y cuadrados en un dibujo espectacular.

Yo le iba susurrando a Roma al oído, sin soltar su cintura.

—El Panteón de Agripa es un templo de planta circular construido en el siglo I. d.C. sobre las ruinas del antiguo, destruido por un incendio. Está dedicado a todos los dioses, de ahí su nombre. La palabra panteón, de origen griego, significa «templo de todos los dioses». En la ciudad, es conocido popularmente como *La Rottona*, como la plaza en la que se encuentra. El diámetro de la cúpula es de 43,44 metros lo que la convierte en la mayor cúpula de hormigón en masa de la historia. La cúpula de la basílica de San Pedro fue construida un poco más pequeña.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó sorprendida.

—Trabajé aquí y lo escuchaba todos los días durante horas. Era casi imposible no quedarse con algo y tengo buena memoria —dije besándola suavemente.

—Es... hermoso.

Asentí. Los dos hablábamos en voz baja. La solemnidad del lugar invitaba a ello.

—Es el monumento romano que más me gusta. Miguel Ángel dijo de él que su diseño era angélico y no humano. Ahí donde lo ves se construyó en tan solos siete años, en tiempos de Adriano. Su nombre no aparece en las inscripciones debido al rechazo de aquel emperador a figurar en las obras llevadas a cabo bajo su mandato.

—Un emperador humilde —apuntó ella.

Roma se puso a pasear por la sala llena de mármoles y columnas casi de puntillas, intentando que las suelas de goma de sus deportivas no hiciesen ruido sobre el esplendoroso suelo. Yo seguía sus pasos de cerca mientras ella lo miraba todo como una niña. La observé detenidamente, admirando sus suaves rasgos bajo la luz lunar; su cuello fino y largo, la barbilla puntiaguda, el mentón marcado, su nariz pequeña y afilada, su frente amplia y su rostro de pómulos levemente dibujados. Pero lo más fascinante de su cara era la viveza de sus curiosos y enormes ojos verdes, como los de una gata, y su boca vivaz, que siempre estaba entreabierta, aunque no hablase.

—¿Cómo ha podido conservarse así? Los demás monumentos están casi todos en ruinas —susurró.

—El edificio se salvó de la destrucción porque se transformó en iglesia cristiana a principios de la Edad Media. Es el primer caso de un templo pagano convertido al culto cristiano. Por esta razón fue el único edificio de la Antigua Roma que permaneció intacto y en uso ininterrumpido. Y aún hoy sigue siendo una iglesia en la que se celebran misas y sobre todo bodas. A las parejas romanas les encanta casarse aquí. Yo he visto un montón de bodas.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó.

—Y existe una tradición en la que el día de Pentecostés, a mediodía, se lanzan miles de pétalos de rosas rojas desde la linterna de la cúpula del Panteón mientras un coro canta. Asisten cientos de personas cada año. Es espectacular.

—Cómo me gustaría poder verlo —susurró—. ¿Y el agua de la lluvia? ¿No lo inunda todo?

Su pregunta me encantó. Por eso me hechizaba aquella chica, además de por lo obvio: por su inteligente y curiosa mente.

—El pavimento de la rotonda es ligeramente convexo, con la parte central treinta centímetros más alta que el perímetro, para que al entrar la lluvia fluya hacia el canal situado en toda la zona.

—Es impresionante —susurró con respeto, girando sobre sí misma y mirando hacia arriba—. Se hizo para perdurar.

—Sí, las técnicas constructivas romanas han permitido a la cúpula resistir veinte siglos sin necesidad de reformas o refuerzos. Y ahora estamos aquí los dos, admirándola.

—Entonces... es que se hizo para nosotros —dijo mirándome fijamente.

Nos abrazamos. Tal vez ella tenía razón y aquel mayestático monumento nos llevaba esperando dos mil años. El haz de luz de luna nos bañaba y en ese instante pude sentir su alma junto con la mía, unidas por algo superior a nosotros, a lo que éramos. La tomé por la cintura y la atraje con fuerza hacia mi cuerpo para besarla con ternura.

—Roma... tengo algo que decirte.

Quise confesarle todo, decirle allí mismo quién era yo en realidad. No podía, no iba a publicar absolutamente nada acerca de ella. Ya no. Iba a liberarme de aquel peso que llevaba reconcomiéndome el alma todo el día antes de estar con ella.

«Si es que Roma quiere algo de mí después de contárselo», pensé con aprensión.

—Ya sé lo que es —susurró junto a mi boca, pasando sus labios sobre mi mentón.

—¿Ah, sí? —pregunté extrañado.

—Sí, es... que quieres hacerme el amor ya.

—No deseo otra cosa —suspiré acariciando su nuca y su espalda, casi jadeando de ganas.

Ella se lanzó a mi boca y no me dejó continuar hablando. Su sabor, su dulzura me abrumaban de tal forma que solo podía pensar en desnudarla y sentirla cuanto antes.

Capítulo 11

Roma

Quería estar con Nic, ya no tenía dudas. Me moría de ganas de hacer el amor con él y me daba igual todo lo demás. Sentía algo muy poderoso a su lado, algo nuevo que no había sentido con Oliver jamás, ni con él ni con nadie, algo que me daba valor y miedo a la vez.

Nic veía en mí algo diferente y sacaba a esa Roma escondida, la que nadie había conseguido percibir.

Siempre me habían resguardado de los demás, desde niña. Primero habían sido mis padres, temerosos de que me ocurriese cualquier cosa y después yo misma, miedosa de la gente y del dolor. Pero él, Nic, me hacía querer ser rebelde, irracional, espontánea, independiente, atrevida y curiosa. Me hacía ser todas esas cosas y siendo así, de todas aquellas nuevas maneras, me sentía yo misma por primera vez. Más yo que nunca.

Al salir del Panteón estábamos como poseídos por una especie de borrachera sensual que no nos dejaba ni pensar o incluso respirar con normalidad. Nada más pisar la calle, Nic pasó su brazo por encima de mis hombros y me atrajo hacia él. Caminé cobijada por su cuerpo mientras nos íbamos besando sin cesar.

Yo me notaba mareada por su calor, su mirada, su aliento y el sabor de sus besos.

—Nunca me he sentido así —le susurré respirando hondo, en un arranque de sinceridad que me fue imposible reprimir.

Él me miró a los ojos deslumbrado y me besó en la cabeza con ternura.

—¿Estás segura? —preguntó serio de pronto.

—Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida —le dije absolutamente convencida.

Estaba segura, segura de que haríamos el amor, de que ya estaba engañando a Oliver y también de que no me era posible no hacerlo.

—Eres muy especial y tan dulce... Eres increíble, pequeña —me susurró en los labios para besarlos después con una placentera lentitud que me dejó el cuerpo entero con una deliciosa flojera.

Y así, ansiosos, sin despegar apenas nuestras bocas o nuestros cuerpos, llegamos a la entrada del hotel.

—Será mejor que te suelte para entrar, vamos a comportarnos —sonrió.

—No quiero que me sueltes, ni quiero comportarme —susurré con descaro.

—¿Y qué es lo que quieres? —susurró con la voz más masculina y sensual que había escuchado jamás.

—Que me llesves a la cama —dije casi en un jadeo.

Él se rio y volvió a besarme con entusiasmo.

Entramos al hall del hotel intentando no tocarnos, pero no podíamos evitarlo. No había nadie a la vista a esas horas de la noche y nadie reparó en la acaramelada pareja que se metía en el ascensor sin poder dejar de acariciarse.

Nada más cerrarse las puertas del ascensor Nic me tomó por la cintura atrayéndome a su cuerpo con pasión, provocándome un gemido quedo. Ocultó su rostro en mi pelo y yo le abracé con fuerza, impaciente por llegar a la habitación, la suite Stendhal.

—Te deseo... —jadeó acariciándome con ardor, metiendo sus grandes y cálidas manos bajo mi camiseta, que en realidad era la suya.

—Y yo a ti —suspiré al sentir su tacto suave sobre mi piel, que se erizó al momento.

Las puertas se abrieron mientras nos dábamos el enésimo beso y sus manos alcanzaban mis pechos. Salimos impacientes. De camino al pasillo me retuvo de nuevo entre sus brazos. Sus manos se posaron en mis caderas rozándolas posesivo y yo le empujé hasta la pared para acariciar su pecho con avidez. Faltaban tan solo unos instantes para poder tocarle como realmente deseaba, para sentirle por todo mi cuerpo, y ya no podía soportarlo más.

Nos paramos delante de la puerta y mientras yo intentaba sacar la dichosa tarjeta para abrir la habitación sin lograrlo, Nic se puso a mi espalda, con sus caderas presionando sobre mi trasero mientras me besaba el cuello respirando

afanoso. Noté su erección aumentando bajo los pantalones y cerré los ojos suspirando con fuerza. Nunca antes había tenido tantas ganas.

—¡Oh, Dios...! Así no puedo encontrar la tarjeta —jadeé cerrando los ojos.

—No puedo dejar de tocarte, lo siento. Eres tan deseable... —susurró y supe que estaba sonriendo mientras sus labios recorrían mi nuca.

Me imaginé a Nic como un amante apasionado, muy ardiente y fogoso, casi primitivo, nada que ver con la templada caballerosidad de Oliver. El corazón golpeaba en mi pecho mientras me venían a la mente imágenes de la mañana, una en concreto: la de Nic con el torso desnudo tapando su sexo tan solo con una toalla.

Mis manos forcejearon en el interior de la mochila y finalmente encontré la tarjeta en el momento justo en que Nic me mordisqueaba el lóbulo de la oreja, mientras sus manos dejaban mis caderas para deslizarse hasta mis pechos, haciéndome gemir y obligando a que todo mi cuerpo temblase de deseo.

No sé cómo logré atinar, pero finalmente la puerta se abrió. Estábamos entrando ya, yo por delante de Nic, él aferrado a mí, presionando mi vientre para atraerme a él, cuando escuche una voz conocida que me llamaba y que me dejó paralizada.

—¡Joder! —mascullé entre dientes.

—¿Qué ocurre, Roma?

—Es Oliver — susurré.

Nic me soltó al momento y se apartó de mí sin decir nada. Me volví hacia él angustiada y vi su semblante muy serio. Me hizo una seña con la cabeza para que avanzase, yo negué con la mía. Su mirada se tornó triste, pero volvió a hacer el mismo gesto, insistiendo.

Yo no quería alejarme de Nic, no quería traspasar el recibidor de la suite, no quería enfrentarme a Oliver, solo quería salir de allí.

—Entra —susurró suavemente y esa única palabra hizo que reaccionase.

Caminé de espaldas, hacia atrás, entrando sin girarme, mirando a Nic, sin hablar, sin oponer resistencia. Nic no dejaba de mirarme anhelante, callado, cada vez más lejos de mí. Me volví respirando con fuerza, luchando contra mí misma y llegué al espléndido salón. Entonces vi a Oliver que salía del dormitorio. Me pareció que había pasado toda una vida desde la última vez que le había visto y se me hizo terriblemente ajena su presencia.

—Roma, ¿dónde te habías metido? ¡Es tardísimo! —dijo con su habitual tono de voz calmado, acercándose a mí.

Solo al finalizar la frase percibí aquel leve toque en su voz, agudo y paternal, como de molestia, que era el que Oliver solía emplear cuando algo le contrariaba.

—Estaba... yo estaba... —No supe qué decir.

Oliver llegó hasta mí y me besó en la mejilla suavemente y volvió sobre sus pasos. Parecía que acababa de llegar porque aún no se había cambiado de ropa. Vestía de traje, como siempre. Estaba sin la chaqueta, pero con la corbata aún puesta y ni siquiera reparó en Nic, que venía detrás de mí.

Me quedé parada en medio del salón, anhelando el cuerpo de Nic a mi lado, sin saber qué hacer ni qué decir. Tenía la mente en blanco.

—Acabo de llegar hace poco del aeropuerto y no estabas. Tus padres están preocupadísimos, no han parado de llamarte, pero, como siempre, tenías el móvil apagado —dijo sin dejarme intervenir.

—Lo siento —murmuré por fin, sintiéndome una completa idiota.

—Finalmente he podido terminar todos mis asuntos para no dejar nada pendiente antes de la boda —dijo Oliver orgulloso de sí mismo.

Asentí. La televisión estaba encendida con algún canal de negocios puesto. Miré a la pantalla, cifras ininteligibles para mí pasaban rápidamente en la parte inferior de la pantalla de plasma.

—¿Me escuchas, Roma?

—¿Qué? —pregunté aturdida, volviendo mis ojos hacia Oliver que ahora no me parecía tan atractivo con su pelo rubio y su tez demasiado sonrosada.

—Deberías llamar a tus padres, ya sabes cómo son —dijo apremiante.

De pronto se paró en seco para observarme y levantó una ceja, señal de que algo le molestaba sobremanera.

—Pero ¿qué... qué demonios te has hecho en el pelo? —preguntó mirándome con disgusto.

—Me lo he cortado —me atreví a decir.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué? —preguntó sin alterarse.

—Me molestaba —mi voz salió sin fuerzas, ronca.

—¿Justo antes de la boda? ¿No crees que podías haber esperado un par de días? —sonrió con su condescendencia habitual.

«Yo tenía razón, no le gusta en absoluto», pensé abatida. Miré a Nic de reojo. Acababa de traspasar la puerta y miraba a Oliver apretando la

mandíbula con cara de pocos amigos.

—Tal vez —musité.

—Deberías llamar a tu padre —insistió Oliver regresando sobre sus pasos mientras se aflojaba la corbata.

—Lo haré... pero ahora...

No terminé la frase. Yo solo deseaba escuchar la voz de Nic y que Oliver dejase de hablar.

Oliver volvió a mirarme y al posar sus ojos azules sobre mi pelo regresó a su rostro aquel leve gesto que evidenciaba su desagrado. De pronto reparó en Nic y se dirigió a él.

—¿Y usted es...? —preguntó levantando una ceja en señal de clara desautorización.

Yo me giré hacia Nic y el contemplarle fue descorazonador. Estaba serio, fruncía el ceño y observaba a Oliver y cada movimiento suyo aparentemente impasible, pero con la mandíbula tensa. Ya echaba de menos su mirada cálida sobre mí, su voz sensual, su inmensa sonrisa en su cara morena. De pronto me sentía terriblemente sola en medio de aquel lujoso salón.

—Soy miembro del equipo de seguridad del señor Silverstone y he estado a cargo de la protección de la señorita Silverstone durante el día de hoy. La señorita Silverstone se quedó sin batería en su móvil y no pudo contactar con su familia para decirles que se encontraba en perfecto estado lejos del hotel y a salvo de los paparazzi —dijo sin emoción alguna en la voz.

—¿Y usted tampoco pudo ponerse en contacto? —respondió Oliver.

—Lo hice, con otro miembro del equipo. Es el protocolo —mintió Nic.

—Ah... muy bien. Siendo así... Gracias, puede retirarse —dijo sin mirarle, atento a su teléfono móvil.

Nic no movió un solo músculo y me miró directamente a los ojos, como esperando algo de mí; una palabra, un gesto. En ese momento Oliver recibió una llamada y se fue hacia el dormitorio para contestar. Nic me miraba y yo a él, nos miramos anhelantes. Había tristeza en sus ojos, frustración, angustia, pero también aplomo y dignidad.

Quise decirle algo, despedirme, decirle que hallaría la forma de verme con él, pero Oliver regresó. Nic inspiró, soltó el aire y se giró hacia la puerta apartando su mirada. Escuché sus pasos mientras aquel programa bursátil daba las cifras de las principales bolsas del mundo. Oliver hablaba con alguien mientras caminaba por el salón, quitándose la corbata. Finalmente colgó. Fue

cuando escuché la puerta a mi espalda. Entonces cerré los ojos con fuerza. Nic acababa de irse.

Oliver continuó moviéndose por el salón. Su iPad encendido descansaba sobre el escritorio. Nada más colgar el móvil lo cogió.

—Estoy un poco cansada y me duele la cabeza. Si no te importa voy a darme un baño, Oliver —dije y mi voz me sonó extraña.

—Oh, sí, ve, cariño. Yo estaré trabajando un rato más. Espero unos datos de Londres.

—Bien —susurré, de pronto me sentía extenuada—. ¿Qué hora es?

—Es tarde. Casi la una de la madrugada. No olvides llamar a tus padres —me dijo como quien regaña a una niña pequeña.

Caminé confusa hacia el dormitorio, entré en el inmenso baño, me quité mis *sneakers*, di a tope al grifo del agua caliente para llenar la bañera y eché un poco de jabón líquido que comenzó a hacer espuma rápidamente.

El baño pronto se llenó de un vapor denso y húmedo. Toqué el agua. Estaba demasiado caliente y casi me quemaba la piel. La espuma blanca crecía y crecía. Me quedé mirándola fijamente, como en trance, desnuda ya, hasta que se desbordó. Entonces reaccioné, cerré el grifo y me metí en la bañera deseando lo imposible: desaparecer de allí o al menos volverme invisible, desvanecerme en el aire como aquel vapor de agua que me rodeaba. Quería ser una persona normal, libre y desconocida, que podía disponer de su vida a su antojo, alguien que no iba a casarse en menos de 48 horas.

Al salir del cuarto de baño y tras hablar con mis padres, el sueño retrasado del jet lag, junto con el poder de relajación del agua caliente, se apoderó de mí de golpe. Me arrastré hasta la cama de matrimonio *king size* sin fuerzas y menos ánimos. Oliver llegó poco después y, tras poner en la televisión el mismo programa bursátil del salón, se sentó al borde de la cama dispuesto a desnudarse. Eso, que era lo habitual en él cuando pasábamos algunos fines de semana juntos o las vacaciones, de pronto me resultó muy molesto.

—¿Te importa bajar el volumen? —dije refiriéndome a la televisión.

Lo hizo tras desabrocharse la camisa. Yo estaba en albornoz y con el pelo húmedo, no había tenido fuerzas ni para quitármelo.

—Los inversores están aguardando acontecimientos —resopló—. Eso no nos beneficia.

—¿A quién no beneficia?

—A nosotros, al Reino Unido. Hemos adquirido deuda griega y estamos pendientes de lo que esa pandilla de idiotas anarquistas voten el domingo.

—¿Podrías ser un poco más respetuoso con los ciudadanos de Grecia? —le espeté harta.

Oliver se giró hacia mí y me miró estupefacto. Creo que aquella fue la primera vez en mi vida que le contestaba con aspereza.

—¿Estás bien, Roma? —preguntó.

—Perfectamente, Oliver —respondí.

—Creo que te vendría bien un té, cariño.

—Pues yo creo que no.

Le miré fijamente, aguantando sus inquisitivos ojos azules, tan claros como el cristal.

—No te apetece —concluyó—. No me extraña, los italianos hacen un té espantoso.

—No todo en la vida se arregla con un té —murmuré.

Oliver sonrió con suficiencia.

—Bueno, creo que estás molesta porque he estado muy poco cariñoso contigo y reconozco que eso ha sido imperdonable por mi parte —dijo encantado de su propia conclusión—. Pero te lo puedo compensar.

Yo le miré aterrorizada. No, no podía, no quería. No iba a soportar que me tocara. Intenté decirle algo que le frenara, pero no se me ocurría nada. Oliver terminó de quitarse la camisa y avanzó sobre la cama sonriendo con teatralidad.

—Oliver... —comencé.

Estaba aprisionada, con los brazos de Oliver a cada lado de mis piernas y sus manos apoyadas sobre la cama, con él arrodillado entre mis muslos. Tenía claro lo que pretendía.

—¿No me has echado de menos? —susurró inclinándose hasta alcanzar mi cuello con su boca.

—Es tarde... —me quejé intentando zafarme de él.

—No tanto.

—Oliver —dije apartándome un poco—. Deberíamos dormir y... esperar a la noche de bodas. Así será más... especial.

Le sonreí zalamera. Oliver se incorporó y sonrió dándome un leve beso en los labios. Después se levantó mientras yo daba gracias al cielo.

—Eso espero —me reclamó apuntándome con el dedo.

En cuanto salió del dormitorio hacia el baño me quedé profundamente dormida y no me enteré de en qué momento se acostó a mi lado.

A eso de las cinco de la madrugada me desperté. Oliver dormía a mi lado. Le contemplé. Ahora era un extraño para mí. Sentía un distanciamiento tan fuerte hacia él que no podía recordar ya qué era lo que me había hecho salir con él y menos aún decidirme a aceptar su propuesta de matrimonio.

No sé cuánto tiempo pasó, solo recuerdo que me quedé mirando al techo desvelada. Mi cabeza no paraba de regresar a todo lo ocurrido durante aquel día junto a Nic. Recordé mi lista, la que le había enviado a Oliver para la luna de miel y me di cuenta de que casi todo lo que quería hacer con él ya lo había hecho en tan solo unas horas con Nic.

«Lo más probable es que se haya enfadado conmigo», pensé con tristeza.

«No puedo dejarlo todo así, como si no hubiese pasado nada entre nosotros, como si mi vida no hubiese dado un vuelco por completo. Tengo que hallar la manera de hablar con él».

Me levanté, aún llevaba el albornoz puesto. Me lo quité y me fui hasta el baño para recoger la camiseta de Nic y ponérmela.

Al regresar a la cama las primeras luces del alba asomaban entre las colinas de la Ciudad Eterna. Oliver aún dormía. No sé cuándo me venció el sueño de nuevo. Al despertar, Oliver ya no estaba, pero no me importó porque nada más abrir los ojos mi primer pensamiento fue para Nic.

Capítulo 12

Nic

Salí de aquella lujosa habitación furioso conmigo mismo por no haber hecho nada, por haber dejado a Roma allí, con aquel estúpido engreído y porque ya la echaba de menos.

Quería que el día volviese a comenzar de nuevo desde el momento en que la fui a buscar al aeropuerto. Deseaba dar marcha atrás al reloj para poder volver a escuchar su voz, oírla reír, besarla, para vivirlo todo de nuevo y para deshacer el pacto que había hecho con mi jefa.

Me sentía fatal porque me daba cuenta de que estaba absolutamente pillado por aquella chica.

«¿Cómo ha podido pasar? ¿Cómo me he dejado llevar de tal forma?», pensé irritado.

Solo pude concluir que Roma era conmovedora, tierna, apasionada, divertida y que yo era un completo inútil que había bajado la guardia con ella. La culpa era solo mía.

Devolví la Vespa, pagué las horas que debía y regresé harto de todo a mi apartamento del Trastevere en un taxi que me costó un dineral y me dejó sin un euro en el bolsillo. Al llegar puse la televisión y en todos los canales no se hablaba de otra cosa que del referéndum griego que se iba a celebrar en apenas dos días, el domingo 5 de julio, justo el día de la boda de Roma.

Me pesaba no votar y no formar parte de esos paisanos que iban a poder rechazar de manera pacífica las inhumanas condiciones del rescate propuesto a mi país por la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo.

Mi padre, comunista convencido, y mi madre habían votado a SYRIZA, y creo que hasta mi abuela Olympia lo había hecho, a pesar de ser una ferviente cristiana ortodoxa. Muchos se habían sentido orgullosos de ser griegos de nuevo, de plantarles cara a los prepotentes que no hablaban ni daban la mano a nuestros representantes en los consejos de Bruselas.

Y como siempre, yo había llegado tarde a la hora de tomar decisiones y había dejado pasar la oportunidad de formar parte, aunque fuese pequeña y anónima, de la historia de mi país al no acudir a tiempo a registrarme en la embajada.

Tertulias, programas especiales y sesudos economistas diseccionaban la imagen de Grecia en todas las cadenas de televisión sin ningún remordimiento o vergüenza, sin conocer nada de nuestra historia reciente, de nuestras costumbres, nuestra forma de ver la vida o el modo en que encarábamos la ya larga y famosa crisis que, según decían, se inició muy lejos de Atenas, el 15 de septiembre de 2008 en Nueva York con la quiebra de la firma Lehman Brothers.

«Seguro que ese idiota, el tal Oliver, también sabe mucho sobre la crisis, la deuda griega y hasta opina y todo», pensé asqueado.

El tipo me había caído gordo, con su acento de inglés pijo, su camisa impoluta a medida, su pelo peinado y sobre todo por su forma de tratar a Roma, tan paternalista y fría.

«¡Si solo dan ganas de besarla y consentirla!», pensé dolido.

«Él la ningunea, la menosprecia. No le deja ser ella misma, la hostiga, la interrumpe, no la entiende y ella... ella no es capaz de comportarse con él como realmente es. No parece la misma a su lado», concluí rabioso.

Al recordarla una aguda añoranza me inundó y supe que no iba a poder dejar las cosas así, que tenía que hablar con Roma como fuese.

Sabía que mi trabajo como parte del equipo de seguridad de aquella boda incluía mi puesto en la fiesta de la noche siguiente y en la dichosa ceremonia. En realidad, yo solo era una pieza de apoyo en aquel circo que ambas familias habían montado y al que ella se había adherido, al parecer de buen grado, pero mi situación me iba a permitir estar allí y volver a ver a Roma, que en realidad era lo único que deseaba realmente.

Eso y saber. Quería saber si al dejarla en el hotel con el tal Oliver, si al

volver a verse habían hecho el amor. Tenía esa estúpida idea rondándome en la cabeza, una y otra vez y solo pensarlo o hacerme una imagen mental de ellos juntos me sacaba de quicio.

Tal vez al regresar a la realidad de su mundo, al ver a Oliver de nuevo, Roma había decidido que yo solo iba a representar un recuerdo grato, una divertida aventurilla antes de casarse. El *boy* de su despedida de soltera.

Me levanté de enfrente del televisor. Me estaba deprimiendo aún más y lo cerré exasperado, furioso, sintiéndome un jodido imbécil por estar celoso y eché mano de la única botella de licor que tenía en el apartamento, un whisky escoces de doce años que me habían regalado en la redacción por Navidad. La descorché y comencé a beber directamente de la botella.

Luego estaba el problema del artículo al que me había comprometido. Si mi jefa no lograba publicar la exclusiva me quedaría sin empleo. Asqueado pensé automáticamente en mis padres y en mi abuela.

En ese momento recordé que en el bolsillo de los vaqueros llevaba la tarjeta gráfica con las fotos del paparazzi y maldije en voz alta.

Tenía bien claro que mis escrúpulos de conciencia no iban a pagar las medicinas de mi abuela. La situación en el país había llegado a ser tan desastrosa que, hasta la sanidad pública, gratuita y universal, base de la sociedad del bienestar por la que habían luchado nuestros mayores, había dejado de existir.

Y estaba la hipoteca de la casa de mis padres, la que habían empleado para avalar la ferretería de mi abuelo y poder continuar así con el negocio familiar, pagando mensualmente al usurero del propietario de la lonja.

«Pero no puedo hacerle eso a Roma», pensé angustiado, mirando la diminuta tarjeta que tenía entre las yemas de mis dedos.

Me recosté en la cama con la botella en la mano, resoplando desesperado. Pronto el falso calor del alcohol comenzó a asentarse en mi cuerpo. Solo podía pensar en Roma, en nuestras horas juntos por la ciudad, en su mirada, sus besos. La deseaba con vehemencia, como nunca había deseado a nadie en mi vida.

«Déjalo estar», me dije pesimista. «Nunca será posible, no es para ti, se casa pasado mañana y ya está. Fue bonito, los dos jugamos a ser quienes no éramos por un tiempo muy breve y conectamos, nada más. Tal vez en otro mundo diferente hubiese funcionado, pero no en este. Acéptalo».

Resoplé frustrado. Quería llamarla, me moría por escuchar su voz una vez

más. Pero no era una buena idea. Podía meterla en problemas y meterme yo.

«¿A quién intento engañar? Ya estoy en problemas y de los gordos», resoplé.

Miré mi móvil. Tenía un montón de mensajes de WhatsApp de Mónica, mi jefa, todos del tipo de: «Nic, ¿cómo vas con la heredera? Espero algo jugoso y picante. Tú ya me entiendes».

«Definitivamente no valgo para este trabajo», gruñí. Y me dejé caer sobre la cama asqueado de todo, hasta de mí mismo.

Me desperté desvelado, sudado y borracho a eso de las cinco de la madrugada. Solo la tenía a ella en mi cabeza, no podía apartarla de mis pensamientos. Comencé a dar vueltas en la cama desesperado, pero lo único que estaba logrando era marearme.

Tenía el sabor acre del whisky en la boca, el estómago revuelto y la cabeza me daba vueltas. El calor de aquel estudio a pleno sol durante todo el día y sin aire acondicionado era insoportable.

Me levanté al baño y al entrar la recordé nada más ver la bañera. La ropa interior de Roma aún descansaba sobre el suelo, junto a la gran tina blanca, y no pude evitar sentirme culpablemente obsceno cuando la tomé para descubrir su aroma más íntimo, penetrante y dulzón, justo antes de dejarla a remojo en el lavabo con un poco de gel de baño.

Salí del cuarto de baño resoplando, frustrado, y me dirigí hasta la ventana para abrirla y ventilar un poco aquel cuchitril antes de hacerme café bien cargado.

Mientras ponía la cafetera en el fuego mi mente no paraba de regresar a todo lo ocurrido durante aquel día pasado junto a Roma. Mil imágenes me venían a la cabeza. Había sido un día inolvidable, ella lo era. Aquella chica era como un soplo de aire fresco en mi vida. ¿Lo habría sido yo también para ella?

«Lo más probable es que se haya enfadado conmigo», pensé con tristeza.

En realidad, me había ido de su lado sin despedirme, aunque estaba claro que teniendo delante al novio oficial y futuro esposo no hubiese sido posible. Pero lo había hecho fatal, ella me había mirado anhelando una palabra mía, algo, y yo me había marchado sin más. Me sentía un completo obtuso.

Pasé el resto de la madrugada rumiando mis desdichas afuera, en la terraza, intentando refrescarme con la escasa brisa nocturna, recostado en calzoncillos en una tumbona, esperando que saliese el sol inmisericorde y cruel mientras me tomaba el café cargado que debía ahuyentar mi resaca mañanera.

«Tal vez ella está ahora contemplando el amanecer y los dos veamos la misma ciudad en este instante, aunque desde lugares distintos», pensé melancólico.

A lo lejos, capitaneadas por la cúpula de San Pedro del Vaticano, se recortaban las cúpulas de los cientos de iglesias de Roma, en el cada vez menos oscuro horizonte, anunciando otro caluroso y nuevo día de verano.

«¡No puedo dejarlo todo así, como si no hubiese pasado nada entre nosotros, como si ella no hubiese aparecido en mi vida poniéndolo todo patas arriba! ¡Tengo que hablar con ella!», me dije rabioso.

Al regresar a la cama los primeros rayos de sol proyectaban ya su luz sobre las colinas de la Ciudad Eterna. No sé cuándo me venció el sueño de nuevo. Solo sé que, al despertar, nada más abrir los ojos, mi primer pensamiento fue para Roma.

Capítulo 13

Roma

Fueron mis amigas las que me despertaron a la mañana siguiente. Las tres entraron en tromba en mi habitación, descorrieron las cortinas y se sentaron sobre la cama, preparadas y dispuestas a salir por la puerta sin demora y conmigo, por supuesto.

—¿Qué haces todavía en la cama? ¡Es el cuatro de julio! —exclamó Megan.

—¡Te has cortado el pelo! ¡Estás genial! —gritaron Stacy y Sam a la vez.

Me incorporé sin poder abrir los ojos y sin saber muy bien qué estaba pasando. Hablaban todas a la vez y yo aún estaba confusa.

—Lo había olvidado —murmuré, tocando mi pelo.

«Es cómodo», pensé aturdida.

—¿Dónde estuviste ayer? No pudimos dar contigo. Tus padres estaban de los nervios. Y luego llegó Oliver y... Por cierto, le he visto desayunando en el restaurante —parloteó Megan con su vertiginosa forma de hablar habitual.

—Me quedé sin batería —bostecé ruidosamente.

—Dice que estuviste escapando de los paparazzi con tu escolta —dijo Sam inquisidora.

—Algo así —resoplé.

Solo el recordar el día anterior me producía una añoranza dolorosa.

—Venga, levántate, dormilona. Las cuatro tenemos vez en el spa. Nos van a masajear, a pintar las uñas de las manos y los pies y a ti tendrán que quitarte esas ojeras inmensas que tienes. ¿No has dormido bien? —preguntó Megan.

—No mucho —murmuré.

—¿Por culpa de Oliver? —sonrió Stacy con picardía.

—No, él no ha tenido nada que ver.

Entonces Sam pronunció la palabra fatídica.

—Bueno, muévete, que tienes que ponerte muy guapa para la boda.

—¡Oh, no! ¡La boda! —gemí angustiada, dejándome caer de nuevo sobre la cama.

Las tres me miraron fijamente, pero fue Megan la que preguntó primero.

—¿Qué pasa, Roma?

Miré a mis tres amigas y suspiré profundamente. Tenía que quitarme aquel nudo que llevaba atascado en la garganta y en el estómago desde que volví a ver a Oliver.

Después de contarles todo, las tres se quedaron mudas e inmóviles, mirándome estupefactas.

No hubo ni una sola crítica por parte de ninguna de ellas. Siempre me apoyaban y me daban su opinión sin juzgarme, por eso eran mis mejores amigas, las únicas que podía considerar como tal y las únicas personas que siempre eran realmente sinceras conmigo, para lo bueno y para lo malo.

Fue Sam la que rompió el silencio.

—Tienes que hablar con Oliver, Roma.

Negué con la cabeza al borde de las lágrimas.

—¿Cómo es ese tal Nic? —sonrió Stacy guiñándome un ojo.

—Sí, anda, cuenta —me confortó Sam pasándome un brazo por encima de los hombros.

—Pues es... encantador —sonreí azorada.

Mis amigas no pudieron evitar unas sonrisas cómplices y finalmente me decidí a enseñarles las fotos que le había tomado a Nic con mi móvil.

—¡Joder, Roma! ¡Qué guapo! —dijo Megan.

—¿Y es griego? ¡Pues vaya con el griego! —rio Stacy.

—¡Está buenísimo! ¿Quieres volver a verle? —preguntó Sam acariciando mi mano.

Asentí dejando el móvil con la imagen de Nic sobre la cama.

—Pues habla con Oliver, Roma —dijo Sam.

—Sí, aún estás a tiempo —añadió Stacy.

—¿A tiempo? —balbuceé.

—Sí, la boda aún se puede suspender —asintió Megan.

—¡No, no! ¡No puedo hacerlo! —negué con insistencia.

—¿Cómo que no? —preguntó Megan.

Comencé a sentir vértigo ante la posibilidad de suspender la boda. Me sentía muy angustiada. Pensé en mis pobres padres. Iba a ser un escándalo tremendo y una vergüenza para las dos familias. Inspiré con fuerza intentando tranquilizarme.

—Mis padres, los de Oliver, los invitados... Ya está todo dispuesto. Y Oliver... Oliver... ¡No puedo...! —Me temblaba la barbilla.

—¡Claro que puedes! —me espetó Sam agarrándome suavemente por los hombros, haciéndome reaccionar.

Y me di cuenta de que Sam tenía razón. Que no me gustaban mis suegros, ni Londres ni los amigos de Oliver ni la casa donde íbamos a vivir, que las cortinas que había elegido mi suegra para el salón eran espantosas y que no tenía ningunas ganas de viajar a Bora Bora con él.

Estaba aterrada, pero también era plenamente consciente de que no podía comportarme como una niña caprichosa y cínica con Oliver.

—Soy una mala persona —dije tapándome la cara con las manos.

—¡No! —gritaron las tres al unísono.

Miré con angustia a mis amigas y suspiré con los ojos anegados de lágrimas, avergonzada de mí misma.

—No estás bien, no te puedes casar así, Roma —dijo Stacy rodeándome con su brazo.

—Lo sé, debería... organizar mi cabeza primero —susurré.

—No creo que tu cabeza sea el problema —dijo Megan.

—Pero ¿te has enamorado de ese chico griego? —preguntó Stacy.

—¡No lo sé! —gemí.

—¿Qué sientes por ese Nic? —preguntó Sam.

—No sé... —suspiré—. Hace que me vea... distinta y a la vez más yo misma que nunca. Y a su lado me siento... libre. Sí, me siento genial, como jamás me había sentido en toda mi vida.

Con solo recordarle sonreí como una tonta. Mis amigas asintieron mirándome con ternura y después nos abrazamos las tres.

Sabía que ellas tenían razón. Tenía que ser franca con Oliver. No quería casarme, eso lo tenía bien claro. Pero debía saber si lo que sentía por Nic era real y no se había desvanecido ya, como los recuerdos de un sueño maravilloso, con el transcurrir de las horas o con la intensa luz de aquel día del verano romano.

Y sobre todo tenía que saber qué era lo que sentía él por mí.

Finalmente salí con mis tres amigas a intentar relajarme en el spa. Fuimos a unas termas que parecían hechas para el mismo Nerón, donde se nos obsequió con maravillosos productos de baño de Bulgari, pero no lo logré, no conseguí tranquilizarme a pesar de no haberme cruzado con Oliver, que era lo que más temía. Mis amigas se encargaron de decirle que no nos veríamos hasta la noche, que íbamos a estar ocupadísimas preparándonos y celebrando el 4 de julio comiendo juntas.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas al asunto y así era imposible conseguir el famoso relax que prometía aquel lujoso balneario. Tenía que decidir, no ya el hecho de llevar a cabo una ceremonia social requerida por todo mi entorno, eso estaba más que decidido. No iba a haber boda, de eso estaba segura. Pero debía elegir. Elegir entre Oliver o Nic, entre Nic u Oliver.

Oliver pertenecía a mi mundo, era sensato, maduro y tranquilo. Él personificaba la seguridad de una vida sin sobresaltos. Todo sería cómodo con él, conocido, amable, pero aburrido.

La prudencia siempre había conducido todos los actos de mi vida y también había coartado mis verdaderos impulsos. Por fin me daba cuenta de que el miedo a hacer daño a mis padres, a preocuparles, siempre pudo más que mi verdadera naturaleza. Pero ahora que había saboreado el riesgo y la libertad junto a Nic ya no iba a poder vivir sin esa sensación, sin él.

Nic representaba lo desconocido, lo que nunca había tenido, el hacer locuras, incluso el peligro, lo excitante, y esas nuevas sensaciones me tenían completamente subyugada.

Sabía la elección, no podía engañarme. Lo había decidido, hablaría con Oliver, con Nic, con los dos.

Y supe que iba a doler, que iba a hacer daño a Oliver, pero mis padres me habían enseñado que era aún más reprochable no decirle nada.

«Pero ¿cómo se lo digo? ¿Cómo hago para no destrozarle?», pensé desolada.

«En esto consiste crecer, supongo», me dije tumbándome con el albornoz puesto y una toalla en la cabeza, sobre unos sillones de piedra calientes, tomando un sorbo de una infusión drenante que sabía a rosas, intentando no pensar más, mientras una chica muy rubia y sonriente, de rasgos eslavos, se disponía a hacerme la pedicura.

Capítulo 14

Nic

Me vestí con el traje de gala de la empresa, nervioso y con una única idea en la cabeza.

«Tengo que hallar la manera de hablar con ella en esa fiesta. Es mi única oportunidad», me dije apretando fuerte el nudo de la corbata.

Ya no habría entrevista ni reportaje ni nada de nada. Eso estaba olvidado y no me preocupaba. Solo me importaba poder ver a Roma una vez más.

Justo antes de salir por la puerta me miré en el espejo, me atusé el flequillo rebelde que siempre se empeñaba en caer sobre mi frente a pesar del gel para el cabello, inspiré con fuerza y resoplé para intentar calmar mi impaciencia, intentando convencerme de que yo era el único dueño de mi destino.

Roma iba a viajar en un helicóptero propiedad del modisto amigo de la familia Silverstone hasta Amalfi. Yo iba a hacerlo en uno de los Mercedes de la empresa, junto con uno de los chóferes.

La flota de Mercedes en la que viajaban miembros de ambas familias se dirigía hasta la costa Amalfitana, al hermoso pueblo costero situado en la región de la Campania, a doscientos setenta y cinco kilómetros de la capital italiana, poco más de dos horas en coche por la autovía que llevaba al sur del país.

Si hubiese podido conducir hubiese logrado aplacar mis nervios, pero tuve que ir de simple copiloto, aparentando que mantenía la vigilancia sobre la carretera, con los invitados a la boda viajando de dos en dos en los asientos traseros, a unos frustrantes cien kilómetros por hora.

Así que aguanté estoicamente el viaje a la región de Campania con un único pensamiento en mi cabeza que no era otro que Roma. Me moría por volver a verla y poder salir de todas mis dudas.

El pueblo, enclavado en los acantilados, con sus casas pintadas de colores colgadas de la mismísima roca sobre el mar Tirreno, con viñedos y huertos en terrazas al pie del monte Cerreto, en la península Sorrentina, la que separa el golfo de Nápoles del golfo de Salerno, ya se divisaba a lo lejos.

La finca, enclavada al borde del mar y con embarcadero propio, era espectacular. De un marcado estilo clásico, los jardines y la piscina asomaban a la costa entre limoneros, palmeras, pinos mediterráneos, mármoles, estatuas y multitud de flores en parterres y macetas.

En las cercanías de las puertas de la finca un enjambre de paparazzi montaba guardia a la espera de captar alguna fotografía de las personalidades que iban dentro de los coches. Una fila de escoltas con cara de pocos amigos flanqueaba la entrada. El resto del equipo de seguridad ya estaba en la casa para proteger a más de doscientas personas y todo estaba preparado para la fiesta que iba a tener lugar en sus jardines.

Deambulé entre las mesas preparadas en la terraza frente al mar, rodeadas de setos exquisitamente recortados, con un pinganillo en la oreja que me iba informando de cada movimiento de los asistentes al banquete y posterior baile.

Parecía que iba llegando todo el mundo menos Roma, y yo la aguardaba ansioso, buscándola entre los invitados. Llegué a pensar que no la reconocería entre tanto vestido de noche de alta costura y tanto moño italiano, pero no, en cuanto la vi supe que era ella.

Surgió de entre el gentío acompañada del estirado de Oliver Phillips. Roma estaba impresionante, hermosa, elegante. No existen suficientes adjetivos para calificar lo bellísima que estaba aquella noche.

Con un vestido de noche rojo, de satén, de esos que llaman palabra de honor, con una falda ancha que terminaba en una breve cola redondeada, parecía una princesa y yo solo podía admirarla desde la distancia, en mi lugar asignado para la vigilancia.

Caminaba junto a su novio, seguida de los que supuse serían sus padres y sus futuros suegros, saludando a derecha y a izquierda, asintiendo, dando besos de cortesía, a veces sinceros abrazos, pero enseguida me di cuenta de que su increíble sonrisa no asomaba a su delicado rostro. Estaba seria y mantenía la cabeza baja cuando no la veían.

«Porque su prometido no la ve en absoluto. ¡Ese tipo está ciego!», pensé

furioso al darme cuenta de que el egocéntrico Oliver no la miraba mientras que yo no podía apartar mis ojos de ella.

Tras escenificar las convenciones sociales de rigor, los invitados se fueron sentando en la terraza, en mesas para varios comensales, a la luz de las velas que ya alumbraban el impresionante atardecer de Amalfi.

En cuanto la frugal cena terminó, para mi alivio, el engreído de Oliver dejó a Roma de lado para hablar con unos tipos de su edad con los que enseguida pasó a las copas y las carcajadas refinadas estilo Eton. Amigos de hermandad de Oxford o Cambridge, supuse con asco. De los que terminan por ser ministros a pesar de no ser ningunos lumbreras.

Mientras charlaba, él rodeó con una mano la cintura de Roma. Ella no le tocó en ningún momento y solo le sonrió débilmente un par de veces, ajena a la conversación. Yo no perdía detalle de cada gesto suyo, de cada movimiento, no podía dejar de mirarla. Roma estaba pensativa y su ceño no se relajaba en ningún momento.

Ella no se quedó mucho tiempo al lado de su novio. Pronto, las que supuse eran sus tres amigas de la infancia, hicieron acto de presencia para arroparla y sentí una especie de agradecimiento hacia ellas. Eran tres, una castaña, otra rubia y otra afroamericana. Se notaba nada más verlas que la querían y en cuanto las tuvo cerca Roma sonrió de nuevo.

Se pusieron a parlotear y, por sus caras y la de Roma, deduje que la estaban animando y a la vez intentando convencerla de algo. Roma resoplaba con cara de angustia asintiendo. Finalmente se separó de ellas para ir hasta donde estaba Oliver.

Roma habló unas palabras con él. Parecía que ella le pedía algo al oído, le tocó el hombro suavemente y pude ver cómo él le sonreía con indulgencia para después quitársela de encima con un casto beso en la mejilla y proseguir con su interesante conversación con los colegas de Eton.

Roma cambió el gesto de dulce a irritado, tomó una de las copas de champán de una de las bandejas repletas que ofrecían decenas de camareros y camareras y con decisión se la tomó de un solo trago. Acto seguido se alejó hacia la casa con cara de pocos amigos, haciéndome sonreír.

«Acabas de cabrearla, amigo», pensé orgulloso de ella.

En cuanto la vi marcharse sola, la seguí sin pensármelo demasiado. Era mi oportunidad. La gente entraba y salía de la villa iluminada en aquella preciosa y cálida noche mediterránea. Roma caminaba deprisa a pesar de los tacones y

una vez dentro de la casa la perdí de vista.

Desde el pinganillo no paraban de darme indicaciones, así que, harto del molesto ruido continuo que no me dejaba estar concentrado en lo importante, me lo quité. De todas formas, era mi último día de trabajo porque pensaba largarme sin terminar el contrato que incluía el día de la boda.

«Se case o no se case con ese esnob, no pienso estar para verlo», me dije.

Anduve nervioso, asomándome al hall y las diferentes estancias del primer piso hasta que la localicé. Roma salía de un pasillo por el que discurría gente. Supuse que vendría de los lavabos. Estaba decidido a hablarle e iba a avanzar hacia ella cuando sus tres amigas se cruzaron en mi camino y fueron directamente a buscarla.

Me quedé donde estaba, observando. No quería ponerla en un compromiso delante de nadie. Lo que tenía que decirle debía ser en privado.

Roma estaba alterada, casi furiosa, y ellas intentaban calmarla. De pronto reparó en mí. Yo me había quedado parado frente a ella y sus amigas, un poco alejado, y cuando Roma me vio, su cara de enfado desapareció inmediatamente pasando a ser de total asombro.

Sus amigas miraron hacia donde yo estaba mientras Roma les decía algo y se apartaron enseguida, entre sonrisas cómplices. Entonces supe que Roma les había hablado de mí y sentí un gran alivio. Las tres chicas me miraron de arriba abajo con descaro y una de ellas me sonrió al pasar.

«Parece que las tengo de mi lado», pensé optimista.

Me acerqué a Roma con el corazón latiéndome a mil por hora, sin dejar de mirarla. Los camareros con las bandejas atestadas de copas de champán de color rosa deambulaban entre la gente pasando a nuestro lado. Hombres y mujeres caminaban alrededor de nosotros con sus trajes de miles de euros, libras o dólares, daba igual la moneda. Y yo solo la veía a ella, que del asombro había pasado a la emoción o tal vez a la angustia. En ese momento no supe cómo interpretar su hermoso rostro.

Se había hecho unas hondas en su pelo a lo *garçon*, con el flequillo recogido a un lado y su rostro resplandecía con sus ojos verdes ahumados enormes y preciosos.

—Nic... ¿Qué haces aquí? —dijo casi en un susurro.

—Trabajar —sonreí admirándola de cerca—. Estás... preciosa, pareces

una princesa. O más bien una diosa.

Ella suspiró con fuerza. Parecía dolida.

—Nic, soy la misma de ayer, la misma chica. Esto solo es... ropa. Tan solo ropa cara.

—Lo sé —susurré nervioso—. Tenía que verte otra vez.

Quería besarla, abrazarla, decirle lo mucho que había deseado estar con ella la noche pasada, lo mucho que la deseaba ahora.

—Y yo a ti. Ayer...

—Tengo que hablar contigo —la interrumpí impaciente.

—Aquí no —dijo mirando a derecha y a izquierda con temor.

Nos alejamos de la salida al jardín, donde transitaba más gente, y sin dejar de mirarnos, sin tocarnos aún, nos situamos bajo la escalinata central, resguardados por unas frondosas macetas. Afuera ya había comenzado el baile posterior a la cena y estaban tocando el himno de los Estados Unidos, para celebrar el cuatro de julio. Fue entonces, tras comprobar que estábamos solos, cuando por fin nos tomamos de las manos, ansiosos.

—Anoche... te dejé en el hotel con él y... —Resoplé frustrado porque no me salían las palabras con la rapidez y claridad que yo hubiera deseado—. Me he pasado la noche pensando en ti, en que en vez de estar conmigo estabas con Oliver y...

—No estuve con él, solo dormí en la misma cama. Me dejó en paz porque yo se lo pedí. No me tocó —dijo muy seria, mirándome fijamente.

—Claro, olvidaba que es un caballero —dije con sarcasmo.

—Quería estar contigo, solo contigo, Nic —murmuró abatida.

—Y yo. No te imaginas cuánto —susurré cerrando los ojos y apoyando mi frente en la suya.

Suspiré y acaricié sus mejillas con ternura. Ella también suspiró aliviada y sonrió por fin, serenando mi alma o lo que sea que a los seres humanos nos hace sentir y amar.

—Pensé que te habías enfadado conmigo —susurró.

—¿Por qué? ¡No! —exclamé acariciando de nuevo sus mejillas.

Nos quedamos quietos, en silencio, contemplándonos el uno al otro.

—¿Has... has hablado con Oliver? —pregunté impaciente por su respuesta.

Negó con la cabeza. La barbilla le temblaba. Estaba al borde de las lágrimas.

—No he podido. He querido hacerlo, pero aún no... —Dos gruesas y

silenciosas lágrimas le corrieron por las mejillas—. Pero lo haré. Debo hacerlo. ¡Joder, soy una llorona!

—Shhh, tranquila —susurré.

La abracé con fuerza, ella se aferró a mí mientras yo le acariciaba el cabello con ternura, intentando tranquilizarla. Pero cuando parecía que se iba calmando alguien pasó cerca de nosotros y Roma, tensa, se soltó de mi abrazo.

—Cuando he querido decírselo no me ha hecho ni caso, Nic. Oliver no me escucha. En realidad, nunca lo ha hecho. Ahora me doy cuenta —sonrió con sarcasmo.

—No puedes casarte con él, cariño —le imploré.

«No serás feliz con él», quise decirle, pero no lo hice.

—Pues sácame de aquí, Nic. Ahora. ¡Llévame contigo! —me rogó.

La miré estupefacto. En aquel instante Roma me tomó por sorpresa porque no había pensado en ningún momento en el después de nuestra conversación.

—¿A dónde?

—A tu casa —dijo con determinación.

Sonaba la estupenda canción de Paolo Conte: *Via con me*, nada más oportuno para aquel momento.

*Vete, vete, vete de aquí
No te ata nada más a este lugar
ni siquiera estas flores azules
Vete, vete, tampoco este tiempo gris
lleno de música y de hombres que te gustaron*

Ya no había la más mínima zozobra en su mirada, solo impaciencia y una firme determinación; la de que estuviésemos juntos de una vez por todas. La miré fijamente y decidí hacerle caso y escapar de allí con ella, a pesar de que me parecía una auténtica locura.

*It's wonderful, it's wonderful, it's wonderful
good luck my babe, it's wonderful,
it's wonderful, it's wonderful, I dream of you...
chips, chips, du-du-du-du-du*

—Está bien. Saldremos por separado. Yo te esperaré en la salida que hay en

la parte trasera de la casa, la del servicio.

—¿Por detrás de la casa? —preguntó nerviosa.

—Sí, hay prensa en la puerta.

—Pero... tengo que cambiarme de ropa primero.

—Vale, pero reúnete allí conmigo cuanto antes.

—Sí. Dame un minuto. No tardaré —sonrió.

Y cuando Roma ya iba a girarse para tomar las escaleras se dio la vuelta hacia mí y me besó con pasión, muy rápido, dejándome sin aliento y con ganas de más, justo antes de agacharse para quitarse los zapatos de tacón y echar a correr con una inmensa sonrisa en su precioso rostro.

*Vete, vete, vente conmigo
entra en este amor oscuro,
no te pierdas por nada del mundo,
no te pierdas por nada del mundo.
El espectáculo de variedades de uno enamorado de ti.*

Capítulo 15

Roma

Me desvestí en el mismo cuarto en el que se suponía que al día siguiente debía prepararme para mi boda. Lo hice sin tardanza y sin remordimientos. Me puse unos vaqueros negros y una camiseta sin sujetador, mis *sneakers* y cogí la mochila de mi hermano con cuatro cosas.

El vestido de novia ya estaba colocado en un maniquí. Era un vestido de seda palabra de honor con una gran falda de vuelo corta, a la altura de la rodilla y con una amplia cola por detrás. De un levísimo tono rosa, casi blanco, era una creación exclusiva para mí.

Me acerqué un momento hasta él y toqué las flores bordadas del pecho y el escote, pasando mis dedos por ellas, levemente. Cada una se había bordado aparte y había sido cosida sobre la tela, en el lugar exacto. Bajo la falda, un viso de tul la hacía flotar. Era un vestido precioso, perfecto, que ya nunca me pondría.

Lo miré una sola vez más, dejé los zapatos de tacón a los pies del vestido y salí sin mirar atrás.

Corrí con un nudo en el estómago, con miedo a que alguien me descubriese a mí o a Nic, pero a la vez muy ilusionada, mientras los fuegos artificiales del color de la bandera de las «barras y estrellas» teñían el cielo nocturno de blanco, rojo y azul.

«Ya encontraré la manera de hablar con Oliver y la forma de pedir perdón a todo el mundo. Tendrán que entender que es mi vida y que yo decido», pensé mientras alcanzaba la salida. Nic me esperaba ya dentro de un coche, al volante.

Nada más sentarme junto a él, en el asiento del copiloto, nos besamos con urgencia.

—Vámonos —le susurré ansiosa.

—Primero ponte el cinturón —me dijo serio.

Le hice caso sin apartar mis ojos de él. Parecía preocupado.

—Te estás llevado un Mercedes —dije intentando sonar desenfadada.

—Eso me temo. Espero que no me detengan —respondió Nic con una inmensa sonrisa que automáticamente me tranquilizó.

Se soltó la corbata, tiró de ella con fuerza y después pisó a fondo el acelerador.

El Mercedes volaba rumbo a Roma, pero aun así el camino de vuelta a la ciudad se me hizo eterno. Quería estar con Nic ya. No había nada ni nadie que pudiese detenerme.

Durante el trayecto, a casi ciento treinta kilómetros por hora, me puse en contacto con las chicas y les dije que estaba bien, que tranquilizasen a mis padres y que no les dijiesen nada de Nic. Unos aplausos y tres caritas con los ojos de corazones me hicieron sonreír.

También dejé un mensaje en el WhatsApp de mi padre, pidiéndole que suspendiese la boda y que no me buscasen, que yo estaba bien.

Oliver no sabe nada y no tiene ninguna culpa, solo es cosa mía. Necesito esto, necesito alejarme ahora. No me llaméis, por favor. Mañana volveré y podré explicaros todo. No voy a decir que lo siento porque no sería verdad, papá. Dile a mamá que me perdone y perdóname tú también, añadí.

Nic estaba serio, atento a la carretera, y yo le miraba todo el tiempo, embelesada. Él se dio cuenta y me sonrió con ternura.

—¿Estás bien? —preguntó.

Suspiré y resoplé para sonreírle después.

—Sí, estupendamente.

Él asintió y aceleró al máximo. También estaba impaciente.

Lo había hecho, ya estaba. Me había escapado de mi propia fiesta de despedida de soltera. Bien pensado era mejor que hacerlo de mi propia boda y plantar a Oliver en el altar o lo que hubiese sido peor, decir que no en el último momento, delante del sacerdote.

Era un salto al vacío, un acto de fe en Nic, pero sobre todo en mí misma. Me sentía completamente libre y aquella era una sensación tan extraordinaria y descomunal que tenía hasta ganas de gritar de alegría.

Por fin llegamos a la capital y Nic me condujo directamente al Trastevere. Dio unos cuantos rodeos para entrar con el coche por las angostas callejuelas y finalmente aparcó cerca de su apartamento, en una plaza.

De la mano y con él aún vestido de etiqueta, caminamos en silencio hasta el portal. El corazón me latía con violencia en el pecho. Nic apretaba mi mano con fuerza y me miraba tan intensamente que me obligaba a respirar hondo. Los dos estábamos ansiosos, nerviosos, conteniéndonos solo un poco más antes de estallar en una sucesión de besos y abrazos bruscos y suaves a la vez.

Apenas habíamos cerrado la puerta del pequeño apartamento cuando ya estábamos el uno tirando de las ropas del otro. Cada centímetro de piel desnuda fue surgiendo para ser acariciada y besada, para temblar y acalorarse, para sentir la del otro sin recato ni miramientos.

Nos besábamos como dos desquiciados, jadeantes y ansiosos, tan excitados que me parecía que lo íbamos a hacer allí mismo, de pie junto a la puerta. Pero Nic me tomó, ya desnuda, entre sus brazos y me aupó sobre su cuerpo. Yo enrosqué mis piernas alrededor de sus caderas para aferrarme a él y así dejar que me llevara hasta su cama.

De camino, su boca chupó mis pezones con codicia mientras yo le acariciaba el pelo con los ojos cerrados. Cuando me posó sobre la cama yo ya no podía ni pensar ni hablar, tan solo gimotear de ganas.

Sus manos surcaban mi cuerpo pellizcando mis pezones, acariciando mi vientre, mis muslos, mientras su boca iba bajando cada vez más, dirigiéndose sin vacilación alguna hacia mi sexo. Al darme cuenta de lo que Nic pretendía jadeé desconcertada. Creo que él se dio cuenta de mi sorpresa porque levantó la mirada hacia mí como pidiéndome permiso y yo le respondí recostándome

sobre los codos, abriendo más mis piernas, invitándole a continuar.

Y cuando por fin alcanzó lo que buscaba, todo mi cuerpo tembló sin que yo pudiera evitarlo. Gemí con fuerza ante la suave incursión de su boca. Nic levantó la mirada de nuevo para contemplarme y regresó a mi carne para desplegar su lengua contra mi clítoris sin darme tregua. Lo acariciaba, lo lamía, lo presionaba y lo abandonaba para lamer mis sensibles labios abriéndome, dejándome casi a punto para volver de nuevo a comenzar.

Mis gemidos y la tensión de mis muslos ya anunciaban mi inminente orgasmo cuando Nic susurró contra mi piel.

—Oh, Roma, pequeña... eres tan dulce...

Su suave y vibrante murmullo sobre mi sexo terminó conmigo y, cuando la punta de su lengua volvió a presionar una vez más, exploté en un orgasmo que me hizo gritar y que logró que todo mi ser comenzara a vibrar descontrolado.

Fueron unos segundos gloriosos en los que, mientras Nic continuaba acariciándome con su boca, me abandoné completamente, dejando que mi cuerpo descargase toda la tensión acumulada durante el día anterior. La relajación posterior me sumió en una flojera deliciosa, mientras intentaba dejar de gemir sin conseguirlo del todo.

Al abrir los ojos contemplé a Nic que, sobre mi cuerpo, aguardaba su momento.

—Debería... —susurró incorporándose entre mis piernas, con la intención de alcanzar el cajón de la mesilla, algo azorado—. Lo siento.

Su titubeante explicación me pareció muy tierna y su expresión dulce me hizo levantarme para ponerme de rodillas frente a él y besarle con ansia.

—No hace falta, ya uso un método anticonceptivo —le susurré en la boca sonriendo.

—¿No te importa?

Negué con la cabeza mordisqueando su barbilla, sus labios, su cuello. Él suspiró con fuerza y me tomó por las nalgas, colocándose sobre sus piernas. Yo le rodeé con las mías impulsándome hacia sus caderas. Nic me apretó contra su cuerpo y mirándonos a los ojos me penetró, haciéndome gemir de la impresión.

Entró jadeando, completo, sin encontrar en mí ningún freno y comenzó a moverse con energía, haciendo que mi cuerpo se uniese al suyo con absoluta

facilidad.

Yo jamás había sido de las que hablan durante el sexo, pero no pude evitar pronunciar su nombre y quejarme de puro gusto a lo que él respondió con mayor ímpetu en sus embestidas.

—Nic... tenía tantas ganas... —susurré casi sin voz.

—Yo también, cariño... yo también.

Gruñó jadeando por el esfuerzo, penetrándome a fondo, con energía, mientras yo me arqueaba buscándole con un frenesí nuevo, sintiéndome plena, deseada y enamorada de verdad por primera vez.

Sus manos me acariciaban el cuerpo con ternura, vientre con vientre, mis pechos contra su pecho, su frente y mi frente unidas. Nic no escatimaba caricias, besos o esfuerzos en complacerme.

Él me sujetó con fuerza para sostenerme mientras ambos llegábamos juntos al clímax, moviéndonos a la par, gimiendo, besándonos, temblando. Una vez más, el orgasmo fue arrollador y arrasó conmigo haciendo que el placer poseyese mi cuerpo entero, mis miembros y hasta mi voz. Sentí las últimas sacudidas de Nic profundamente en mi interior y dejé caer mi cabeza sobre su hombro, ronca y sofocada. Él jadeaba afanoso, abrazándome con fuerza, aún dentro de mí, cuando abrí los ojos y le contemplé. Me miraba conmovido, con una ternura inmensa, y tomando mi rostro entre sus manos me besó una vez más, mientras salía de mí suavemente.

Después nos tumbamos abrazados y fatigados para dedicarnos perezosas caricias mientras recuperábamos el resuello.

En realidad, solo había estado con un hombre, con Oliver. Los otros dos habían sido unos críos. Pero aquella pasión desmesurada y urgente que me demostraba Nic era nueva para mí. Nadie me había hecho el amor así, con tanto ardor.

«Oliver siempre es tan... soso que casi ni jadea», pensé comparando.

Nic fue muy apasionado, casi fogoso, e hizo que yo también lo fuese. Simplemente me dejé llevar, no fue forzado o preparado, no hubo que escenificar ninguna cita perfecta ni representar ningún papel.

Yo nunca había sido tan receptiva con Oliver. Llegué a pensar que el sexo en realidad solo lo disfrutaban del todo ellos, los hombres. Oliver nunca preguntaba, siempre se daba por satisfecho y, lo que era peor, me creía

satisfecha.

Él nunca me hacía lo que me había hecho Nic. El sexo oral no era lo suyo, decía. Y ahora me daba cuenta de que yo era realmente como me comportaba con Nic, que me gustaba el sexo muchísimo, que ahora entendía a mis amigas cuando me hablaban de sus novios, que me sentía cómoda así, dándolo todo, sin censuras, que con Oliver no había llegado a relajarme nunca, a disfrutar de verdad.

Y lo que era más importante, reconocí que Oliver no era un buen amante, al menos no tan generoso como Nic. En realidad, Oliver, aun siendo guapo, educado y elegante no me excitaba lo suficiente.

Nic tenía razón, el sexo nunca podía ser limpio para ser bueno.

—Creo que debí cambiar la cama —dijo con una sonrisa y los ojos cerrados mientras yo descansaba sobre su pecho moreno, suave y cálido.

—Lo peor no son las sábanas, están bien, son de algodón. Lo peor es que la cama cruje mucho.

—Es una porquería de cama —bufó—. En realidad, ni siquiera es una cama. Es un sofá cama que he dejado abierto por comodidad.

—Ya me he dado cuenta —dije aguantándome la risa.

—Es de IKEA. Se llama *Gudrund* o algo por el estilo —dijo haciéndome reír.

—El colchón es espantoso —reconocí.

—Sí, también es sueco, fabricado en vete a saber dónde —asintió.

—Pero no importa —susurré acercándome a su boca.

—No, no importa —gruñó sonriendo, apretándome con fuerza contra su cuerpo.

Los dos nos echamos a reír y nos besamos muy despacio. Yo me coloqué encima de Nic haciendo que la cama chirriase peligrosamente. Nic me abrazó con fuerza y noté cómo su deseo crecía de nuevo, grande y firme bajo mi cuerpo.

Capítulo 16

Nic

No me cabía ninguna duda ya. Me había enamorado de Roma sin remedio.

El sexo con ella era espectacular. Roma era ardiente, dulce, entregada, sensual y me volvía completamente loco de placer. Pero era algo más que eso, Roma me removía algo por dentro y lograba lo que ninguna otra chica había conseguido conmigo, que no era otra cosa que desear seguir con ella.

Siempre había pensado que por qué elegir solo a una si había tantas posibilidades, tantas chicas diferentes, divertidas, inteligentes y bonitas en el mundo. Pero ahora lo comprendía. Me di cuenta de que no era una elección, no había opción posible, era ella y ninguna más. No podía ser ninguna otra. Y al verla descansar en mis brazos supe por qué mi padre tapaba con una manta a mi madre cuando se quedaba dormida en el sofá después de volver de una guardia en el hospital y por qué a veces se levantaba tan temprano el domingo y volvía con sus dulces favoritos recién hechos para poder desayunar juntos.

Roma me hacía querer ser así y me hacía sentir bien y pensar en volver al punto de partida, de ver más allá e intentar hacer algo más con mi vida que cobrar un sueldo deshonesto y miserable cada mes. Ella me hacía querer ser mejor.

Yo había defraudado a mi familia. Casi a punto de cumplir los 30 no era nadie, no había logrado nada de lo que todos habían visto en mí de niño, nada de lo que yo mismo había pensado que sería en mi vida de adulto.

De crío había sido un buen estudiante y durante mi adolescencia un buen deportista. Hasta pensaron en mí para el equipo olímpico de natación masculina, para las Olimpiadas de Atenas 2004, cuando tenía diecinueve años.

Pero lo dejé. Y no por tener que entrenar duro, eso nunca me importó. Yo tenía otras aspiraciones, quería ser periodista, pero no de los normalitos, soñaba con ser un gran periodista de investigación que trabajase en televisión, en informativos o como corresponsal en otro país, que escribiese sobre la alta política. Si estudiaba no tenía tiempo de entrenar y entrenar me dejaba sin tiempo para el estudio. Elegí estudiar y creo que me equivoqué, o no, quién podía saber qué hubiese sido de mi vida de haber llegado a convertirme en un nadador olímpico.

Lo hicimos de nuevo casi sin descansar porque, a pesar de que yo ya empezaba a notar la somnolencia posterior al orgasmo, Roma se tumbó encima de mí y con solo notar el contacto de mi vientre con el suyo volví a excitarme rápidamente.

Le encantaba que la acariciara, se derretía con mis caricias. Las necesitaba y me había dado cuenta de que su prometido no era amigo del sexo oral porque ella se había sorprendido al principio, para luego dejarse llevar de un modo asombroso.

«Va a resultar que el tipo es rarito de verdad», pensé divertido. «No sabe lo que se pierde».

Volví a tocarla suavemente, antes de penetrarla. Estaba increíblemente dispuesta y eso me hacía sentir una ternura y un cariño inmenso hacia ella. Me fascinaba que me aceptara de aquel modo tan generoso.

Mis dedos rozaron su sexo y no pude evitar preguntarle.

—¿Te ha gustado? —le susurré.

—¿El qué? —preguntó.

—El sexo oral —sonreí.

—Mucho —susurró mordiéndose la boca en un gesto lleno de candidez y erotismo.

—Al principio he creído... que no te gustaba —le dije besando su cuello hasta hacerla suspirar.

—Me ha... encantado. Lo que pasa es que no estoy acostumbrada —dijo mirándome divertida y algo avergonzada.

—No me digas que...

—No era lo suyo, digamos.

Ese «era» me sonó de maravilla.

—Ya —sonreí—. No es demasiado pulcro.

—Exacto —rio ella pegándose a mí y rozándome adrede con sus muslos.

—Pues que sepas que a mí me encanta tu olor y tu sabor —susurré ronco, besándola con fuerza mientras mis dedos acariciaban su sexo.

—Y a mí que me lo hagas... tan bien.

—¡Umm... mi pequeña Roma! —gruñí mordisqueando su boca.

Ella gimió enredando su lengua con la mía y yo la penetré con mis dedos antes de rodar sobre la cama para colocarme sobre su precioso y pequeño cuerpo y meterme en ella.

Roma me respondió con un quejido y me rodeó con sus piernas para atarme a su cuerpo, agitándose conmigo hasta volver a estremecernos juntos.

Terminamos sudorosos y agotados, colmados de placer mientras desde las azoteas del Trastevere llegaban los ecos de una animada melodía.

—¿Quién canta? —ronroneó adormilada entre mis brazos.

—Son mis vecinos —susurré—. Son cantantes de ópera y suelen organizar veladas operísticas con sus amigos músicos que acaban con arias de Verdi y Puccini debido al exceso de *Chianti*.

Una voz femenina se elevaba en la noche y cantaba. Después le siguieron más voces de hombres.

—¿Qué canción es? Me suena tanto... —preguntó Roma.

—Pues no soy ningún experto, pero creo que es *Libiamo*, el brindis de...
¿La traviata?

—Sí, la ópera de Verdi.

—Bebamos alegremente de este vaso —traduje.

—Se lo han tomado al pie de la letra —rio ella.

—Sí, parece que sí —sonreí besando su cuello.

Roma suspiró mientras la apretaba más fuerte contra mi cuerpo. Era una sensación increíblemente agradable tenerla así, desnuda entre mis brazos.

—Qué bien cantan... Es hermosa —susurró.

—Tu sí que eres hermosa —dije admirándola—. ¡Cuánta belleza!

Mis dedos surcaron la curva de su cintura hasta sus muslos y sus nalgas. Roma rio y ese sonido me hizo suspirar intensamente. Me abrumaba lo que ella provocaba en mí, pero me encantaba sentirlo.

Se acurrucó entre mis brazos sonriendo y yo la abracé besándola en la

cabeza con ternura, aspirando el aroma dulzón que emanaba de su cuerpo, el aroma del placer, de su placer y del mío, con el que habíamos impregnado juntos las sábanas, la cama y el apartamento entero.

—Mi pequeña Roma... Eres tan dulce, cariño...

—Nic... susurró con una sonrisa de pura satisfacción en los labios.

Luego bostezó y se quedó dormida inmediatamente. Yo sonreí mirándola y pensé que me pasaría la noche entera viéndola dormir.

Mi móvil había estado sonando con constantes mensajes de WhatsApp, pero me dio pereza levantarme a apagarlo.

«Seguro que no es importante», pensé.

En vez de eso me sumí en un sopor delicioso y despreocupado, abrazado a Roma, con sus piernas enredadas con las mías y solo me desperté cuando ella se levantó al baño, casi al amanecer. La vi caminar desnuda por el apartamento y me deleité contemplando su estupendo cuerpo, estirándome satisfecho sobre la cama.

Ella regresó a la cama y yo la abracé suavemente.

—*Kalimera* —le susurré al oído.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Buenos días.

Nos besamos lentamente.

—Buenos días —sonrió Roma—. Pero todavía es de noche.

—Ya está a punto de amanecer. Se ve salir el sol desde la cama. Es el único lujo que tiene este desván —dije señalando hacia la terraza.

Roma se giró para colocarse de espaldas a mí, de cara a la mampara acristalada que, al abrirla, daba paso a la terraza. El cielo se estaba poniendo cárdeno y la oscuridad iba dejando paso a la luz cuando nos volvimos a quedar dormidos abrazados.

Desperté cuando la luz bañaba ya toda la estancia. Me levanté con cuidado de no despertar a Roma y me dirigí desnudo al baño. Hacía calor, yo estaba sudado y pegajoso así que decidí dejarla dormir un poco más mientras me daba una ducha para refrescarme. El implacable sol de julio no tardaría en calentar y volver a convertir el apartamento en un verdadero horno.

Me metí bajo la ducha, di al grifo y dejé que el agua fresca resbalara por mi cuerpo despejando mi cabeza y aplacando mi acaloramiento. Aún estaba somnoliento, pero no importaba, había sido una noche maravillosa, memorable.

Comencé a sentir un agradable bienestar. Me sentía feliz y positivo, capaz de todo. Llamaría a Mónica, mi jefa, y le diría que no había reportaje. La conocía, no se lo iba a tomar nada bien. Estaba seguro de que me echaría a la calle sin contemplaciones, que a pesar de mi sonrisa de Alain Delon, como ella la llamaba, no tendría compasión.

Pero era lo mejor. Nunca había creído en aquel trabajo tan mezquino. Ser periodista es otra cosa, no algo indigno.

Me iría de aquella capital mil veces corrompida por el tiempo y los hombres y buscaría un trabajo de verdad, lejos. Algo que me permitiese sentirme limpio de nuevo, honesto, íntegro y decente, como quería mi padre. Volvería a ser un hijo digno de su apellido y me ganaría de nuevo su respeto.

«Le llamaré, llamaré a mi padre y se lo diré, y puede que hasta vaya con Roma a casa y se la presente a mi familia. Sí, eso haré. Mamá se pondrá muy contenta. Y no digamos la *giagia*. Siempre dice que me hace falta una chica», pensé sin poder evitar una sonrisa de satisfacción.

«Pero primero daré la cara. Acompañaré a Roma a hablar con su familia y después nos iremos juntos. Tal vez a los Estados Unidos. Me instalaré allí y tal vez logre comenzar mi novela, la que he pospuesto tantas veces. Puede que allí por fin me atreva a decirle la verdad. O puede que jamás tenga por qué saberlo. No, no será necesario», pensé cada vez más autocomplaciente, optimista y alegre.

Cerré los ojos y puse mi rostro bajo el chorro del agua tibia sin recordar que mi móvil aún estaba encendido y sin sospechar ni por un momento lo que Roma iba a descubrir al despertarse.

Capítulo 17

Roma

Me despertó el móvil de Nic vibrando sin cesar. Le estaban llamando y el aparato se movía peligrosamente al borde de la mesilla, junto a la cama.

La llamada concluyó y el móvil dejó de vibrar. Nic no estaba en la cama, escuché el sonido de la ducha en el baño y sonreí recordando retazos de la noche pasada.

Me recreé en aquellos excitantes pensamientos, en el recuerdo de su cuerpo fuerte y cálido, de sus incesantes caricias, de sus besos increíbles, de aquella pasión tan intensa que me había demostrado y que me había hecho sentir tanto placer.

Deseaba a Nic y me imaginé que en cuanto regresase del baño nos pondríamos a hacer el amor de nuevo.

Suspiré e intenté volver a cerrar los ojos, pero el móvil comenzó a vibrar de nuevo, amenazando con caerse de la mesilla al suelo en cualquier momento, así que lo cogí.

En la pantalla figuraba un nombre de los contactos de la agenda de Nic:

MONICA/JEFA REDACCIÓN REVISTA

El móvil continuaba vibrando en mi mano y mis dedos comenzaron a temblar mientras lo sujetaba. Leí hasta tres veces quién estaba realizando la llamada sin querer creer lo que veían mis ojos y me incorporé.

«No puede ser. Solo son imaginaciones mías. Paranoias», pensé angustiada.

Lo desbloqueé, no fue muy difícil y miré los mensajes de WhatsApp de Nic para salir de dudas. Tenía unos cuantos de una tal «Mónica/jefa» sin revisar. Leí el último:

No has contestado a mis mensajes. ¿Tienes ya algo acerca de la niñata

heredera? Porque tengo que ir cerrando temas y no quiero que nadie me pise la exclusiva del bodorrio del verano. Mándame algo a la redacción cuanto antes, Nic. No he tenido noticias tuyas y ya sabes que no tengo mucha paciencia, caro.

Y no tuve que seguir leyendo ninguno más. Estaba totalmente claro. Ahora lo entendía todo. Nic era un periodista. «Un puto periodista que me ha engañado para escribir un reportaje», pensé desolada.

La angustia inicial dio paso a la rabia. Todo mi cuerpo temblaba. Estaba furiosa conmigo misma. Tiré el móvil sobre la cama y me levanté desnuda, como empujada por un resorte.

«¡Cómo he podido ser tan estúpida! ¡Claro que no parecía un escolta! Y por eso me hacía tantas preguntas. ¡Me estaba haciendo una puta entrevista!».

La furia que sentía me ofuscó. Noté cómo me superaba, se expandía y me llenaba por dentro, manifestándose en forma de rubor, coloreándome las mejillas y acalorándome.

Comencé a vestirme apresuradamente con la intención de marcharme. No quería estar allí ni un minuto más, y menos tener que ver a Nic.

Estaba subiéndome los vaqueros tan alterada que no lograba abrocharlos, cuando la puerta del baño se abrió y salió Nic con tan solo una toalla alrededor de la cintura. Estaba guapísimo, sexy, mojado... y me sonreía de un modo espectacular.

Pero mi cólera pudo más. En ese momento no sentía ningún amor por él. Le miré a los ojos con un odio desconocido, retadora, mientras terminaba de ponerme los pantalones. Él se dio cuenta enseguida de que algo raro estaba ocurriendo. Algo que no entraba en sus planes probablemente.

—¿Qué haces? —sonrió más débilmente.

—Vestirme —le espeté poniéndome la camiseta frente a él, aún desnuda de cintura para arriba.

Me miró confuso. Ya no sonreía.

—¿Te pasa algo, Roma? —preguntó extrañado, acercándose a mí con cautela.

—Sí. Pasa que acaba de llamar tu jefa, la de la revista, y no le has cogido la llamada.

Él me miró espantado.

—¿Qué? Pero ¿cómo sabes...?

—Sé leer. Lo pone bien claro en tu móvil. Lo cogí porque no paraba de pitar y se te iba a caer al suelo. ¿Eres un puto periodista, Nic? —pregunté intentando que mi voz no temblara.

En ese momento, solo por un instante, deseé con todas mis fuerzas que Nic me diese una explicación, aunque fuese una burda mentira; necesitaba una invención verosímil que pudiese creerme para volver a verle con los mismos ojos que durante aquella maravillosa noche que acabábamos de pasar juntos, para confiar en él de nuevo, incondicionalmente. Pero su semblante culpable me dejó sin esperanzas antes incluso de que empezase a hablar.

—Eh, cariño, puedo explicártelo.

—¿Qué me vas a explicar? ¿Que ibas a hacer un reportaje sobre mí?

—Escúchame, yo...

—¿Pensabas incluir cómo follo en la cama?

—¡No, por supuesto que no! —exclamó molesto.

—Claro que no lo harás porque si lo intentas siquiera mi padre te meterá una querrela a ti y a la mierda de revista para la que trabajas y os dejará a todos en la calle —dije intentando no gritar.

—Roma, escucha... —dijo dando un paso hacia mí, levantando sus manos para intentar tranquilizarme.

—¡Ni lo intentes, parásito! —chillé histérica—. Ni... ni se te ocurra ponerme un solo dedo encima o... Puedo denunciarte, puedo hacerlo, lo sabes. Lo que has hecho... Puedo...

Estaba tan alterada que comencé a tartamudear.

—¿Quieres escucharme, por favor? —me interrumpió desesperado.

—¡No, no quiero! —grité a punto de llorar.

—No voy a publicar absolutamente nada, te lo juro —susurró con ternura.

—Pero eres un periodista.

—Sí, de una revista del corazón, es verdad —dijo en voz baja, avergonzado—. Estudié Periodismo en la facultad, en Atenas. Y vine aquí y no me llegaba ni para comer.

Yo sollocé a pesar de no querer hacerlo. No quería que Nic me viese llorar.

—No es excusa. ¡Me das... asco! Te has acostado conmigo para...

—¡No, no lo he hecho por eso! —gritó enfadado, acercándose más a mí—. He hecho el amor contigo porque me gustas muchísimo, porque eres preciosa, divertida, ingeniosa, valiente, sensual. Porque tienes algo especial que me vuelve loco.

Parecía sincero y estaba frente a mí increíblemente hermoso, mirándome fijamente, con su torso desnudo y mojado muy cerca. Mi barbilla tembló sin querer.

—Pero ibas a escribir un artículo acerca de mí y de mi boda.

—Sí, en un principio sí, pero ya no. No voy a hacerlo, no puedo —susurró.

Nic me miraba muy serio, con el rostro demudado.

—Eso te daría mucho dinero. Te he contado todo de mí. Sabes cosas que solo saben los míos. Es tu oportunidad. Tal vez así conseguirías volver a tu país o marcharte a los Estados Unidos. ¿Por qué no? —dije entre nuevas lágrimas que me nublaban la vista y no me dejaban verle con nitidez.

Dejé que Nic se acercase a mí, a pesar de que sabía que, si me tocaba, si me rozaba tan solo una vez, no podría, no sería capaz de irme de su lado.

—Porque no quiero hacerte daño, cariño —me dijo con una terrible dulzura.

—Ya me lo has hecho —dije cruel, cogiendo la mochila de mi hermano.

Él suspiró con fuerza y su rostro se llenó de tristeza y desesperación al comprender que me marchaba.

—No te cases con Oliver —me imploró.

Estaba muy cerca, casi pegado a mi cuerpo.

—No voy a hacerlo, ya te lo he dicho. No pienso casarme con nadie —dije con amargura.

Solo la mochila de mi hermano nos separaba. La apreté muy fuerte contra mi pecho y respiré hondo para que no doliese tanto.

—Roma, quédate —me pidió.

—No puedo —negué con fuerza, intentando convencerme a mí misma de que era cierto lo que estaba diciendo.

Él se retiró de mi lado. Y ya sin lágrimas, al mirarle a la cara comprendí que Nic no iba a detenerme, que iba a dejarme ir.

«Creí en él. Creí que esta noche había sido el principio de algo, de algo importante. ¿Cómo ha podido? ¿Lo ha fingido todo, todo lo que me ha dicho o ha hecho? ¿Eran mentira sus caricias y sus besos?», me preguntaba caminando inerte, desesperada, rota.

Pero la rabia pudo más que el dolor. Me sentía traicionada como nunca antes. Nadie me había hecho tanto daño como Nic. Había confiado, le había

contado todo, se lo había dado todo y ahora me había quedado sin nada.

Aunque al menos tenía bien clara una cosa. No iba a volver con Oliver, no iba a mirar atrás. No ahora que me había descubierto a mí misma, cuando sentía que había surgido mi verdadero ser y que empezaba a vivir de verdad a pesar del sufrimiento que estaba experimentando. Y eso, aunque me diese coraje reconocerlo, quisiera o no, debía agradecerse a Nic. Porque había sido él quien me había despertado.

Salí a aquella soleada calle del Trastevere desolada y perdida. Me dolía la cabeza, pero lo que más me dolía era el alma. Luchaba contra las lágrimas, lo hice durante días.

Escondida tras mis gafas de sol logré tomar un taxi y llamé a mis padres, que habían regresado ya a Roma, al Grand Hotel de La Minerve, con Oliver. Los padres de Oliver ya se habían vuelto a Londres y también la mayor parte de los invitados. Según dijo mi padre, los Phillips estaban muy ofendidos. Me imaginé a la madre de Oliver, tan perfecta, correcta y tan pulcra como su queridísimo hijo, y en cierto modo hasta me alegré de que ya no fuese a convertirse en mi suegra jamás.

Sentada en el taxi crucé la ciudad una vez más mientras escuchaba las noticias acerca del referéndum griego.

«Nic, Nic...». Tenía su maldita imagen en mi mente. No se me iba de la cabeza.

Mi madre se echó a llorar al verme y me abrazó. Mi padre estaba muy serio, pero no enfadado. Me culpé de la falta de uno de los Mercedes, les pedí perdón y me lo dieron, aunque sin entender aún que yo ya no era la Roma que habían conocido hasta entonces, que una vida y una persona puede cambiar por completo en tan solo un par de días.

Pedirle perdón a Oliver fue mucho más difícil, casi desgarrador. Al presentarme ante él me sentí muy avergonzada, pero para no variar se portó como un caballero haciendo aquel momento mucho más fácil, pero también más doloroso.

—No es solo un aplazamiento de la boda como dice tu madre, ¿verdad? —dijo él sin andarse por las ramas.

Tenía mala cara, estaba ojeroso y despeinado. No parecía el Oliver de siempre, tan perfecto y dueño de sí mismo.

—Oliver... —la vergüenza me hacía susurrar—. No, no lo es.

—No quieres casarte —dijo.

Asentí y musité un tímido «no».

—¿Y tampoco quieres que sigamos juntos?

Negué con la cabeza primero para decirlo después.

—No funcionará. Lo sabes.

No podía mirarlo a los ojos, no era capaz. Oliver se quedó serio, callado, y se sentó frente a mí, en el sofá del salón de la habitación del hotel.

—¿Hay otra persona? —preguntó.

—Sí, pero, aunque no lo creas, ya no importa y no ha sido por eso —respondí abochornada.

—Pues... siendo así no me queda nada más que decirte —suspiró—. Siento no haberme... dado cuenta antes.

—¿De qué? —dije levantando la mirada.

—De que no eras quien yo pensaba. De que no te conocía en absoluto —dijo con gesto de dolor.

Si estaba enfadado no me lo demostró. Oliver fue flemático y orgulloso hasta para decirnos adiós. Nos despedimos en buenos términos, pero supe que le había roto el corazón a pesar de que intuí que no me lo reconocería nunca.

Esa misma noche, tras despedirme de él y desearnos lo mejor, me impuse la ardua tarea de pedir disculpas a cada invitado mediante una tarjeta de mi puño y letra. Eso no hizo menos horrible mi decisión, pero sí me ayudó a empezar a pasar página.

Pasé el resto del domingo y el lunes con mi familia y mis amigas y después me marché. Me fui sola a Venecia ese mismo martes, a mi hotel preferido, a orillas del canal.

Todos intentaron convencerme de lo contrario, pero necesitaba estar sola, sin nadie hablándome a mi alrededor. No podía soportar aquel sonsonete constante de los consejos bienintencionados de mis seres queridos.

Mi madre se despidió de mí diciéndome que, cuando quisiera contárselo, que allí estaría para escucharme, y ya no hubo más lágrimas.

Pero no se lo conté. Solo lo supieron Sam, Megan y Stacy. Y casi nos enfadamos porque a ellas les dio pena Nic.

Había creído en él, había creído que Nic era diferente. Pero no lo era. Me

había mentido y eso no tenía perdón. Me daba igual que no llegase a publicarse el dichoso reportaje. Lo que realmente me dolía era su engaño.

Pasé unos días sola en Venecia y después regresé a Malibú dispuesta a ser yo misma, la nueva Roma.

Nada más volver a casa mis amigas intentaron animarme y hacerme olvidar. Para ello salimos, bebimos y conocimos chicos nuevos. Pero ellos solo eran unas caras bonitas. No eran como Nic. Con esos chicos no sentía esa especie de emoción devastadora como cuando él me sonreía, me miraba fijamente a los ojos o me hablaba de su país con ese arrebatado tan suyo.

El día que quedó devuelto el último regalo de la extensa lista de los asistentes a la boda, justo un mes después de su cancelación, lo decidí. Mi cambio incluía la firme decisión de tomarme en serio la fotografía y de irme de casa de mis padres a vivir sola, como la gente joven normal.

Y fue lo que hice, me fui de Malibú Lagoon Beach, donde en sus acantilados mis padres compartían vecindario con Leonardo DiCaprio o Cher y alquilé una casita de madera en la playa, al norte, entre Zuma Beach y Matador Beach, una zona mucho más tranquila y sencilla, para encerrarme y sumergirme en la labor de crear mi primer trabajo como fotógrafa.

El día que comencé a pasar a papel fotográfico las fotos de mi estancia en Roma supe que iba a doler, pero también comprendí que aquello también era vivir, que era precisamente eso.

Aquel trabajo fue toda una catarsis personal y a medida que pasaban los días me di cuenta de que ya no tenía miedo a estar sola, que incluso me gustaba aquel aislamiento teñido de melancolía.

Después, cuando saqué fuerzas, quise vengarme de Nic, hacerle daño de alguna forma, como él me lo había hecho a mí. Y por eso desaparecí. No salí en campañas publicitarias ni acudí a eventos con prensa, adrede, para que él no pudiera buscarme en las páginas de las revistas del corazón o en Internet. Para que no pudiese saber si sufría o no. Esa fue mi venganza, que no pudiese volver a saber de mí.

Capítulo 18

Nic

De niño me gustaban mucho los superhéroes. Me recordaban a nuestros antiguos héroes griegos, pero cuando crecí me di cuenta de que no existían. Mi decepción llegó más o menos a esa edad en que los niños dejan de creer que sus padres son también superhéroes.

Ya de mayor, me había dado cuenta de que los verdaderos héroes no llevan una malla pegada a las pelotas. Los héroes verdaderos luchan contra los supervillanos madrugando cada día para ir al trabajo, llevando a sus hijos al colegio, pagándoles las clases privadas de inglés, diciéndoles la verdad siempre y haciendo de ellos unos hombres y mujeres honrados.

De niño mi padre solía aleccionarme acerca de la filosofía griega. Ese era su trabajo: dar clases de filosofía en la universidad. Hacer pensar, como decía él.

Recordé que él me había enseñado que para los griegos antiguos la principal falta o pecado era la «*hibris*», entendida como transgresión del destino impuesto por los dioses a cada mortal. Lo que de niño me había parecido un aburrimiento, me venía ahora a la cabeza y cobraba sentido porque el castigo al pecado, a osar desobedecer a los dioses, era la «*némesis*», la sanción que pretende devolver al individuo dentro de los límites que cruzó.

Eso acababa de pasarme a mí. Había codiciado lo imposible, lo que no me correspondía, había deseado a Roma, y el castigo de los dioses, la condena por mi insensatez fue perderla.

Me quedé en el apartamento dos días con sus noches, esperando su regreso,

abrumado de tristeza por perderla y sobre todo por haberle causado dolor.

Mónica me sacó de mi encierro llamándome de nuevo. No hizo falta que me despidiese, me despedí yo mismo y eso me hizo recuperar un poco la dignidad perdida.

—Lástima —dijo ella—. Tienes demasiada conciencia para este trabajo. Pensé que la perderías con el tiempo, como les pasa a todos los que siguen en este negocio, pero veo que no ha sido posible.

—Me alegro de que no haya sido así, Mónica.

«Aunque me ha costado cara esa conciencia».

—Debe de ser que algunos nacimos sin ella, *caro mio* —rio para ponerse seria inmediatamente—. Nic... suerte de todas formas. No escribes mal. Aunque yo que tú aprovecharía esa cara bonita y esa increíble sonrisa ahora que todavía eres joven.

—Gracias Mónica, por lo de que escribo bien.

—Espero que no me guardes rencor, *bello*.

—No, no lo haré —sonreí.

Nada más decir adiós a Mónica llamé a mi madre. Necesitaba más que nunca oír una voz querida.

«He hecho lo correcto, pero ¿por qué no me siento mejor?», pensé mientras marcaba el número de mi casa en Atenas.

—¡Hijo, qué alegría! Estaba pensando en ti ahora mismo. ¡Telepatía! —rio.

—Hola, mamá —dije con un nudo en la garganta.

Tenía unas vergonzosas ganas de llorar. Como cuando era niño y mi madre me dejaba en el cursillo de natación y yo no quería quedarme porque me daba terror meter la cabeza debajo del agua.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó mi madre.

Ella siempre notaba cada inflexión en mi voz y sabía cuándo estaba triste o alegre, aun sin verme.

—Sí... ¿Está papá por ahí?

—No, acaba de salir. Ha llevado a la *giagia* al médico

—¿Cómo está?

Tragué saliva emocionado al recordar a mi abuela con todos sus achaques, resultado de toda una vida viuda y con cinco hijos, luchando por salir adelante.

—Mejor, mejor. Le han dado algo nuevo para el corazón y parece que hemos conseguido controlarle la tensión y está mejor de la insuficiencia

cardíaca. Se encuentra muy bien.

—Me alegro mucho —dije aliviado.

—¿Querías decirle algo a tu padre, hijo? —preguntó mi madre.

—Sí —hice una pausa—. Quería decirle que he dejado el trabajo —respondí.

—¿Estás sin trabajo, hijo?

—Sí —resoplé—. Una vez más. Sé que no podré mandaros tanto dinero este mes, pero... necesitaba dejarlo, papá tenía razón.

—¿Te ha pasado algo aparte de lo del trabajo? Te noto triste, cielo —me dijo apenada.

—Mamá... —suspiré—. Es largo de explicar. Solo quería... hablar con vosotros. Últimamente no os he llamado mucho y lo siento.

—Cuéntamelo, dime qué te pasa. Ya sabes que cuando las cosas se cuentan parecen menos graves —me dijo como cuando era niño.

Sonreí. Supongo que para las madres siempre continuamos siendo esos niños pequeños que una vez cuidaron y consolaron.

—Me he enamorado de una chica, pero me ha dejado.

—¿Por qué, cielo? —dijo apenada.

—Porque le mentí. No fui sincero con ella, mamá, y le he hecho daño.

Mi madre suspiró.

—Hijo... ¿Por qué no vuelves a casa? Ahora con Tsipras todo va a mejorar, ya lo verás. Además, hemos ganado el referéndum.

Suspiré y no le dije nada a mi madre. Ella era la optimista de la familia y me encantaba por ello. Siempre veía el lado bueno de las cosas.

No le dije que no había nada que hacer, que la gente humilde no podría contra las grandes corporaciones internacionales, no le expliqué que al nuevo gobierno no le dejarían llevar a cabo su programa electoral, que la esperanza no se quedó dentro de la caja de Pandora.

—Mamá, no me lo pidas otra vez —resoplé.

—Todo está como lo dejaste, tus libros de cuando eras niño, tu cama, hasta tus trofeos de natación, todo tu cuarto. Y la *giagia* aún sigue haciendo su *musaka* los viernes.

Había sido casi seis largos años como para tirar ahora la toalla y volver sin nada a Grecia, siendo solo una boca más que alimentar.

Al principio, cuando emigré a Roma, les mentí, les dije que me iba solo para unos meses. Hacía un año que había terminado la carrera y no encontraba trabajo en Atenas, solo cosas temporales como camarero. Tenía amigos que ya se habían ido a Italia o a Alemania y que me contaban maravillas, así que decidí probar. Pero al llegar a Roma nadie me contrataba como periodista.

Italia es un país muy caro para vivir, sobre todo su capital, así que tras trabajos muy mal pagados conseguí el puesto en la revista con Mónica. Cuando mi padre supo cuál era en realidad mi labor como periodista se sintió decepcionado. Él siempre había sido un hombre recto, noble, nos había enseñado a no mentir a mis hermanas y a mí. Lo que yo hacía, con lo que me ganaba la vida, le parecía un trabajo innoble y sucio.

Continué diciéndoles que me iba muy bien así y que solo serían unos meses más, pero mi madre decía que al teléfono me notaba la voz cansada. Yo enviaba dinero, lo que podía, que no era mucho. Después se fueron mis hermanas y mi padre me culpó a mí.

Poco a poco dejé de llamar tan a menudo, por cobardía, porque me dolía escuchar los reproches de mi padre y a mi madre diciéndome lo sola que estaba sin nosotros.

—Regresar sería como darme por vencido, mamá —resoplé.

—No, no sería darte por vencido hijo. No lo sería. No pienses así —dijo mi madre al otro lado del teléfono, a cientos de kilómetros.

De pronto echaba muchísimo de menos Atenas, mi casa, mi idioma.

—¡Uf, cómo echo de menos la *musaka* de la abuela! —resoplé a punto de llorar—. Díselo a papá, ¿vale? Y no le cuentes nada a la *giagia*, ni a las chicas, no quiero que se disgusten.

—Claro, no te preocupes. Ayer hablamos con Zoe y Sofía por Skype, están bien.

—Me alegro, mamá.

También a mis hermanas pequeñas las echaba mucho de menos.

—Nikolaos...

—¿Qué, mamá?

—Tu padre siempre ha estado orgulloso de ti, cariño.

—Él quería algo más para mí —dije con amargura.

—Te equivocas, hijo, él solo quiere que seas feliz. Lo que pasa es que no

sabe decir las cosas. Os parecéis mucho.

—Tengo que dejarte, mamá. Os llamaré más a menudo. Lo prometo.

Tenía que colgar porque la voz había comenzado a temblarme sin remedio.

—Hazlo, hijo.

Y nada más colgar me eché a llorar como un niño.

A pesar de que aquella entrevista que juré que nunca vería la luz acabó en mi cabeza, me consumía la culpa por haberle hecho daño a Roma.

Estaba destrozado. Tenía claro que no iba a volver a verla más. Así que comencé a buscarla en Internet como uno de esos obsesos chiflados que se pasan el día mirando fotografías, en portadas de revistas, en anuncios de la firma de la familia, en publicidad de marcas de moda, en su cuenta de Instagram. El escándalo de la cancelación de la boda duró meses, pero un día salió otro nuevo de otro famoso, el viejo chisme dejó de ser lucrativo y se olvidó.

Pero no había nada nuevo de ella por ninguna parte, solo fotos antiguas. No concedió ninguna entrevista después del escándalo por la cancelación de la boda, no aparecía en ningún evento público. Parecía que se la había tragado la tierra.

Llegué a pensar que esa era su venganza contra mí, que sabía que la buscaría y no me quería dar ese consuelo.

Tuve que conformarme con verla en las fotografías de la tarjeta gráfica que le compré a aquel paparazzi. Las contemplaba en mi portátil una y otra vez, viéndonos a nosotros dos mientras bailábamos abrazados. Veía su rostro hermoso sonriéndome y mi cara de absoluta devoción, de verdadero amor por ella. Las pasaba deprisa y así era como si bailásemos. Era mi placer culpable.

Pronto lo hice cada noche a la misma hora, antes de dormir, obsesionado, como si se tratase de una oración, una plegaria para que regresase a mi vida, a mi mundo gris y vacío.

Por eso besé a otras a pesar de estar pensando en ella, buscándola desesperado en otras bocas, en otros cuerpos, pero no hubo manera, no se me iba de la cabeza, nada acallaba su recuerdo.

Capítulo 19

Roma

La inauguración de mi primera exposición iba a tener lugar aquella misma tarde, en el barrio londinense de Bloomsbury.

Bloomsbury es una de las zonas con mayor patrimonio intelectual y artístico de la capital británica; basta citar el *British Museum* y la *London University* o la antigua casa de Dickens, convertida en un museo, y al «Grupo de Bloomsbury» encabezado por Virginia Woolf, que se reunían en su casa del conocido barrio londinense. El clima cultural con librerías y galerías de arte está muy presente en la zona.

Llovió desde la mañana y yo estaba muy nerviosa. Achaqué mis nervios a que el evento iba a ser público y habría prensa. Ambas cosas me fastidiaban. La primera por mi ya olvidada agorafobia. Lo cierto es que tenía la convicción de que jamás iba a volver a sufrir otro episodio en mi vida. La segunda razón de mi desagrado venía de un rechazo obvio a la labor periodística. Fue mi padre quien me convenció para dar algo de publicidad a la exposición, pero con prensa seria.

Aunque en el fondo sabía muy bien que mi nerviosismo no se debía a nada de eso. Habían vuelto a mis recurrentes pensamientos de hacía unos meses acerca del verano anterior; la capital italiana, la no-boda, el calor... y Nic. Él, sobre todo él, venía a mi mente una y otra vez, sin querer.

Nada más despertar tuve esa extraña impresión que dejan los sueños que no pueden ser recordados, una vaga idea de que el de aquella madrugada tenía que ver con Nic y con nuestro fin de semana en Roma. Algo relacionado con una Vespa y un sofá-cama que crujía. Lo peor de todo era que aquella sensación o ensoñación me resultó demasiado agradable como para querer olvidarla.

Miré la pantalla del despertador y entendí por qué. De nuevo era 5 de julio.

Marché a la inauguración muy pronto, con mis padres, en un taxi desde la casa de mi difunta abuela materna en *Eton Square*, en Belgravia. El barrio se encuentra al suroeste del palacio de Buckingham, entre los distritos de Ciudad de Westminster, Kensington y Chelsea, y es conocido por sus lujosas mansiones y embajadas. Ni un alma por las calles más allá de las siete de la tarde. Puro tedio.

Los Marling habían tenido siempre ilustres vecinos como el mánager de The Beatles; Brian Epstein, el novelista Ian Fleming, los actores Sean Connery, Roger Moore y las actrices Vivien Leigh, Joan Collins o la difunta Margaret Thatcher. Una de las últimas vecinas en llegar había sido Elle Macpherson.

Llevaba en Londres desde finales de junio y ansiaba regresar a Los Ángeles ya, al sol, al calor, a la playa, lejos de aquel extraño verano, lluvioso y aburrido. Ya estaba harta del irritante acento de los paisanos de mi madre y de sus disculpas perpetuas por todo.

Mi padre tampoco soportaba a su familia política y contaba los días para volver a su casa de Malibú y para poder decir alguna grosería de vez en cuando sin sentirse culpable de ser tan norteamericano y tan sincero.

Aquel día mi madre se empeñó en comer en el conocido restaurante italiano, Spaghetti House, muy cerca de la galería, en Holborn.

—No me apetece —rezongué.

—¿Por qué no? Si te chifla la comida italiana.

—Ya no tanto, mamá. Ahora prefiero el sushi.

—¡Uf, sushi no! No puedo con el pescado crudo —dijo mi padre.

—¿Desde cuándo no te gusta? —insistió mi madre.

Yo no tenía ningunas ganas de comer nada y menos algo italiano que me recordase a aquel fin de semana de hacía exactamente un año, pero ella seguía en sus trece.

—Desde... desde que vivo fuera de casa. Intento comer más sano... otras cosas.

—Antes te encantaba. En fin... —suspiró—. Eres tan voluble, hija...

Mi padre terminó dándole la razón a mi madre. Supongo que no quería

discutir con ella porque en realidad era siempre inútil hacerlo.

El taxi nos llevó hasta *Sicilian Avenue*, una calle comercial peatonal con librerías de segunda mano y gran variedad de tiendas y restaurantes, donde se encontraba el famoso restaurante italiano.

—Siempre me ha parecido que las columnas en cada extremo de la calle y los arcos de piedra le dan un toque verdaderamente italiano a la calle, como a Milán —aseguró mi madre bajando del taxi.

—Sí, solo falta el sol para que sea Italia —dije con ironía, abriendo el paraguas.

En realidad, es una bonita calle con los bordes de la calzada llenos de flores y arbustos, y en verano una de las zonas más agradables del centro de Londres, pero yo tenía el día extraño y me esforcé en mostrarme a disgusto en todo momento.

Mi madre pidió por mi padre y por mí una pizza con tomate natural, rúcula y hierbas mediterráneas, ensalada *caprese* y vino tinto.

—La pizza está muy buena —apuntó mi madre.

—Las he comido mejores —espeté.

—A mí me gusta —dijo mi padre conciliador.

—No tiene nada que ver con la verdadera comida italiana. Ni siquiera tienen en la carta *bruschettas* o alcachofas fritas —dije.

Mis padres se quedaron mirándome extrañados.

—¿Y cómo sabes tanto de comida italiana, hija? —preguntó mi padre.

—Pues... porque la he comido.

—¿Dónde?

—En Roma.

—Aquel día que desapareciste —dijo mi madre.

—Sí, aquel día comí en una *trattoria* del Trastevere platos típicos romanos. Estaban exquisitos —susurré al final.

Hubo un silencio tenso que tuve que romper yo y que aproveché para cambiar de tema. Recordar aún dolía.

—Por cierto, siempre he querido preguntaros por qué me pusisteis de nombre Roma.

Mis padres se miraron sorprendidos y sonrieron.

—¿Se lo cuentas tú, Laura? —dijo mi padre a mi madre.

Mi madre asintió sonriendo a mi padre con picardía y por un momento pude reconocer en ellos a los jóvenes que se enamoraron allá por los años 60.

—Roma era el nombre del motel de carretera donde pasamos una noche tu padre y yo.

Mi padre sonrió a mi madre y vi en sus ojos ese amor que aún sentía por mi madre.

—Estaba decorado con todo tipo de cosas bizarras de Roma —rio mi madre.

—Sí, ¿te acuerdas que en el techo estaba pintada una escena de la Capilla Sixtina? —rio mi padre—. Era la cosa más cursi que habíamos visto en la vida.

—Muy mal pintada, por cierto, pero allí pasamos una noche maravillosa, Jack —dijo mi madre poniéndole ojitos a mi padre.

Mi padre asintió. Acababa de salir de mi asombro cuando comprendí de lo que estaban hablando y me espanté. «¡Oh, no, no quiero escucharlo! ¡Ni hablar!».

—Preferiría que no me dieseis detalles escabrosos e íntimos. Privaros, por favor —dije con sarcasmo

—Sí, fue una gran noche, en Las Vegas —dijo mi madre sonriendo a mi padre.

—¿Las Vegas? —exclamé horrorizada.

—A la entrada de la ciudad, ¿verdad? —dijo mi padre y mi madre asintió.

—No puedo imaginaros en Las Vegas —negué asombrada.

—Semanas más tarde me enteré de que estaba embarazada de tu hermano Adam —dijo mi madre con tristeza.

Mi padre le tomó la mano por encima de la mesa con ternura.

—Cuando lo supimos comenzamos a pensar nombres y decidimos que si era niña le pondríamos Roma. Pero fue niño —sonrió mi padre con melancolía.

—Así que cuando íbamos a tenerte a ti y nos dijeron que eras una niña no lo dudamos un momento —sonrió mi madre.

—Teníamos aquel nombre reservado para ti desde hacía mucho tiempo, cariño —dijo mi padre.

Les miré emocionada y me di cuenta de que no era la sustituta de mi hermano, que antes de nacer ya tenían reservado un nombre para mí, que siempre fui deseada tal como era. Mis padres se miraron a los ojos

—Me estoy acordando de que en la habitación había una cubitera y

—¡Oh, calla, Jack, por favor! —sonrió mi madre sonrojada, interrumpiendo a mi padre mientras los dos me miraban de reojo.

Ambos se echaron a reír con complicidad. Sonreí contemplándolos y sentí una punzada de envidia al verles tan felices y compenetrados después de tanto tiempo. Ellos habían luchado y sufrido mucho juntos y se habían perdonado tantas cosas. Y en ese momento reconocí que tal vez yo había sido demasiado dura con Nic. Él había cumplido su palabra y no había publicado nada. Me había dicho la verdad.

«Pero ya es tarde», pensé con amargura.

Cuando salíamos del restaurante mi madre me susurró al oído:

—Algún día me tienes que contar qué te pasó aquel fin de semana en Roma y con quién.

Quería estar deslumbrante aquella tarde así que me vestí con tiempo en un hotel cercano a la galería. Mis padres habían reservado una habitación para tomar el té en el Hotel Rosewood, en el 252 High Holborn, en cuya terraza, la Courtyard Terrace, celebraríamos la fiesta posterior a la inauguración de la exposición.

Me decidí por una chaqueta corta de tweed de Chanel de color rosa palo, un top lencero de seda negra y unos pantalones masculinos de pinzas con raya diplomática, el clásico bolsito acolchado con cadena dorada y unos zapatos dorados y negros estilo Oxford, ambos también de Chanel. Uñas de color *nude*, como los labios. Tan solo los ojos llevaban color, con una sombra ahumada verdosa, *khol* negro con *eyeliner* y mucha máscara de pestañas, lo que sabía que destacaba mi mirada verde. El pelo continuaba llevándolo a lo *garçon* y me lo peiné con gel, dándole un efecto mojado.

Para la fiesta posterior en el hotel, con la familia y amigos, escogí un vestido *vintage* negro y plata de la misma *maison* francesa.

Me miré en el espejo de la habitación de hotel. Estaba preparada, con todo listo. Solo me quedaba dar unas pocas entrevistas con sus correspondientes posados con la galería aún cerrada, abrirla al público, que viniese mucha gente a ver la exposición y, sobre todo, que gustase.

Quise llegar pronto a la galería para atender a los escasos representantes de la prensa especializada antes de que se abriese la exposición al público, a las seis de la tarde.

Salí sola y me fui caminando hasta la galería, intentando calmar aquella sensación tan rara que tenía en el estómago.

Al llegar saludé a Irene, la encargada de la galería, y a la gente de la prensa que ya estaba por allí. Hice unas breves entrevistas, que no fueron tan molestas como otras veces, y posé durante diez minutos para unas cuantas fotografías.

Quería una exposición a la que la gente entrase no solo el día de la inauguración a por vino gratis, un lugar con música divertida, no de ascensor. Irene, la dueña de la galería, me sugirió una buena dosis de brit pop de los 90.

La gente comenzó a entrar, se paraban delante de mis fotografías para contemplarlas y las comentaban en voz baja. El vino tinto italiano estaba fresco y sonaba una canción de Pulp, *Like a Friend*, e inmediatamente pensé en Nic.

«Probablemente a él le encantaría saber que he sido capaz de hacerlo». Y nada más pensarlo supe que ya no le guardaba rencor.

Una tristeza serena y resignada me invadió y sonreí al escuchar la letra de Jarvis Cooker porque creí que no podía ser más acertada.

Capítulo 20

Nic

No volví a Atenas. Encontré trabajo a media jornada en un periódico gratuito que intercalaba anuncios de comercios romanos con pequeños artículos acerca de cosas variadas e insulsas, desde la astenia primaveral hasta las bicicletas de alquiler que el ayuntamiento romano alquilaba a los turistas y que robaban un día sí y otro también. Al menos aquel trabajo me permitía redactar más de cincuenta líneas a la semana.

Lo compaginé con otro de mañana, en una panadería-pastelería-cafetería, que al parecer se había convertido en el negocio de franquicias más boyante en Europa. Hacía de panadero y camarero a la vez, pero juntando la paga de ambos trabajos lograba tener un sueldo parecido a uno de verdad, aunque acababa sin un solo día libre y tan agotado que cuando llegaba a casa solo quería ducharme y dormir hasta el día siguiente.

En el fondo tenía la estúpida e irracional idea de que si continuaba en el Trastevere ella tal vez regresase, me buscaría o el destino nos juntaría de nuevo por pura compasión. Por eso me quedé en Roma.

Y así, sin lograr acostumbrarme a su falta, logré resistir casi un año entero.

Fue mi hermana la que me hizo marcharme de Roma. Zoe, la pequeña de la casa, se casaba. Su novio era un profesor que había conocido en la academia a donde acudía varias veces por semana para mejorar su nivel de conversación en inglés.

Llevaban tan solo ocho meses juntos, cinco meses viviendo en el mismo apartamento y ya querían casarse. Siempre había sido la más sensata de la familia y a mis padres les pareció una locura, pero Zoe estaba segura de

Andrew, y yo defendí su decisión ante el estupor de todos. Ella creía en él, sabía que Andrew era para ella y ella para Andrew, y no tenía dudas acerca de la verdad de lo que sentían el uno por el otro.

Podía entender a mi hermana, comprender su sentir porque, a pesar de todo, yo también me había enamorado de Roma de esa forma tan irracional.

La verdad era que yo no tenía el ánimo que se precisa para ser el testigo de una boda, no estaba de humor, pero la ilusión de mi hermana pequeña me ablandó.

La boda se iba a celebrar por lo civil, en el ayuntamiento y la fiesta posterior la iban a realizar en el restaurante de la familia. Porque la familia de Andrew era de origen griego y tenían un restaurante en Bayswater llamado Delfos.

Después de la boda civil en el Reino Unido, mi hermana y Andrew pensaban repetirla ese mismo verano en Atenas, por el rito ortodoxo. Y eso le encantó a mi abuela Olympia. Cuando mi padre supo ese detalle dejó de resistirse a la boda.

Pedí mis vacaciones en el trabajo, a riesgo de no tenerlo al regresar, y llegué a Londres a finales de junio, para alojarme en la casa alquilada que mi hermana compartía con Andrew, en Bayswater, al norte de Hyde Park, donde reside una gran comunidad griega atraída por la proximidad de la Catedral Ortodoxa de Santa Sofía.

Era el típico barrio modesto de casas victorianas, actualmente subdivididas en pisos y diminutas viviendas.

En uno de aquellos apartamentos con el techo por debajo de la calle, y donde tenías que dar la luz de la mañana a la noche, vivían mi hermana y su prometido.

Londres no es una ciudad luminosa, no es la capital italiana y mucho menos Atenas, aunque en el Museo Británico se empeñen en mantener «secuestrado» nuestro Partenón prácticamente entero, alegando su adecuada conservación.

No paraba de llover y eso me deprimió aún más. No me gusta la lluvia y la primera impresión que tuve de la ciudad de Londres me amargó. Me pareció una ciudad gris donde todo el mundo te pide perdón por todo cuando en realidad no lo sienten en absoluto. Añoraba el bullicio, la improvisación y la sinceridad de las gentes del Mediterráneo y sobre todo añoraba la risa de

aquella chica norteamericana que me había cautivado casi un año atrás.

Ya había dado por hecho que me pasaría la vida recordando a Roma, lo que pudo ser y no fue, y había comenzado a resignarme y a sentirme mejor, aunque no a olvidarla. Pero, aun así, una boda no era lo que más me convenía para mi fase de aceptación.

Quedaban pocos días para el enlace y mi hermana y Andrew ya tenían casi todo preparado. El vestido, el banquete, las alianzas, las flores... Faltaba un fotógrafo en condiciones. Yo solo había sido un fotógrafo ocasional, ladrón de vidas ajenas que no necesitaba saber nada para hacer una buena fotografía. No me sentía capacitado para hacer fotos artísticas.

Así que para estar entretenido y contribuir un poco con los gastos me comprometí a buscarles alguien que les hiciese el vídeo y las fotos del enlace.

Rebusqué en Internet, llamé a unas cuantas agencias y lo que pedían era desorbitado. Por eso me decidí a buscar en los periódicos y revistas de anuncios. Sabía por experiencia que eran los más económicos porque era la publicidad más barata. Una página web personalizada con una estética actual y que fuese funcional se cobraba a millón en Londres y en Roma. Los anuncios en papel estaban de capa caída.

Miré en diarios y revistas locales hasta que ojeando la revista de ocio *Time Out*, en el apartado de arte, un nombre me golpeó: Roma Silverstone.

La famosa it girl, Roma Silverstone, hija de Frank Silverstone y Laura Marling, los creadores de la firma de camisetas de algodón más famosa del mundo, expone su obra fotográfica por primera vez en la galería Different de Blomsbury.

Su obra se caracteriza por la búsqueda de momentos efímeros robados al olvido y a lo cotidiano y nos muestran un subjetivo y particular cuaderno de viajes dedicado a la capital italiana.

Las fotografías, realizadas con su iPhone en el verano del pasado año 2015, durante lo que ella denomina su «catarsis» vital, y retocadas en su estudio de Malibú, son en su mayoría de medio y pequeño formato y muestran retratos de la vida diaria romana y de sus gentes.

Los críticos que han podido contemplar su trabajo dicen de él que es todo un descubrimiento y que su autora tiene una forma íntima y muy personal de retratar el mundo y una estética etérea y fresca.

El reportaje que le dedicaban era de una página, con una única fotografía antigua, en la que estaba aún con el pelo largo y añadía una breve entrevista:

La firma de ropa de algodón Silverstone nunca vendió tantas camisetas ni fue tan famosa como cuando la heredera del imperio, Roma Silverstone, decidió suspender su mediática boda el verano pasado.

Ella es obviamente hermosa y sorprendentemente diferente, como su nombre indica. Se sienta frente a mí mirándome fijamente, con unos ojos verdes enormes en su cara de niña y resopla antes de acomodarse nerviosa en el asiento con el ceño fruncido, dispuesta a responder tan solo a preguntas relacionadas con su recién descubierta vocación fotográfica.

«El entrevistador es un hombre y se ha quedado prendado de ella, cómo no hacerlo», pensé nada más leer la presentación de la entrevista.

Continué leyendo completamente fascinado por las respuestas de Roma:

E.: ¿Qué es lo que le interesa de la fotografía?

R.S.: Todos luchamos contra el olvido y el paso del tiempo y en esta época en la que se viven tantos años y se está intentando curar las enfermedades que nos dejan sin memoria es cuando menos guardamos nuestros recuerdos. Con el arte, la pintura, la fotografía, podíamos hacerlo. Y en la era de los teléfonos móviles, las tablets y la sobreexposición de imágenes en los medios hemos olvidado recuperar momentos, lugares, cosas o personas para poder apropiarnos de ellos y hacerlos perdurables, inmortales y eternos.

E.: ¿Qué busca en sus retratos y en las personas anónimas a quienes retratas?

R.S.: No es algo... buscado, es más bien intuitivo. Descubro algo que me atrapa y lo fotografío. Mis retratados hacen cosas ordinarias y efímeras que yo casi nunca he podido hacer y que a mis ojos se transforman en lo más valioso y extraordinario, en pura libertad. La libertad anónima, pequeña y discreta que tienen los seres humanos de ejercer su voluntad en cada minuto de sus vidas finitas. Decisiones voluntarias que tomamos a cada momento, a veces de un modo inconsciente. Qué hacer y qué no. Esas elecciones que a veces parecen

mínimas son las que determina una existencia; hallar la felicidad, el amor o por el contrario la tristeza. Sentimientos humanos. Eso es lo que quiero retratar y contar.

E.: ¿Se puede decir que la gente anónima son sus héroes, que su obra tiene un mensaje social?

R.S.: Es eso exactamente. La gente desconocida que lucha cada día por sobrevivir con trabajos de miseria, los emigrantes, los que están lejos de su casa buscando, haciendo su destino. Es eso lo que los hace héroes, como los de los antiguos mitos griegos, Ulises y Penélope. Esa es la gente que me interesa. Admiro a esas personas. Su capacidad de lucha, de supervivencia, de esfuerzo.

E.: Y después de este trabajo, ¿estás preparando algo diferente?

R.S.: Sí, tengo ciertas... ideas. Quiero hacer algo que tenga que ver con la culpa y el perdón.

E.: ¿Roma Silverstone tiene algo que perdonar o que perdonarse?

R.S.: No, ya he perdonado todo y no hay culpas con las que cargar. Estoy en paz conmigo misma.

No había más respuestas de Roma y no terminé los comentarios finales del entrevistador. Nada más leer aquello me olvidé de mi hermana, de su novio, de la boda y de todo, apunté la dirección de la galería y el día y la hora de la inauguración.

«¡Es hoy, el cinco de julio, esta tarde! ¡Justo el mismo día que hace un año!», pensé sin poder creer en la suerte que tenía y en que tal vez mi abuela tenía razón en aquello de que los dioses se ríen de nosotros.

Recordé que, tras la boda, ese mismo fin de semana, debía coger un avión de vuelta a Roma y volver a mis dos trabajos, a mi diminuto apartamento, a la vida real.

«Es una locura. Y nada me garantiza que ella vaya a querer verme, y menos hablarme», pensé derrotista.

Pero la exposición, aquellos recuerdos de Roma y de la ciudad, su insistencia en rescatarlos y aquellas palabras acerca del perdón me hicieron creer en la esperanza.

Y me fui hasta Blomsbury a buscarla, pensando que el amor no es como nos lo han contado. No, no es perfecto. El amor es un desastre, lo complica todo y no siempre termina como imaginábamos al principio.

Pero la mayor parte de las personas de este mundo estamos aquí gracias a eso. Vivimos para amarnos y para sufrir por amor, para dejarnos y reencontrarnos para aprender de ese amor, y siempre ha sido y será así.

Entré en la galería pasadas las 18:20, asustado, nervioso, frenético. Sonaba una canción de Pulp, *Like a Friend*, y nada más verla, a pesar de que estaba de espaldas, la reconocí.

El corazón se me aceleró hasta la taquicardia y justo antes de ir a su encuentro me quedé paralizado pensando: «Puede que me escupa a la cara nada más verme. Es muy capaz de hacerlo».

Pero no podía dejarlo así. No era casualidad haberla encontrado de nuevo cuando creí que jamás volvería a verla.

«¿Tienes pelotas para decirle que la quieres? ¿Las tienes?», me dije a mí mismo. Y osado, imprudente y creo que, trastornado de pura ilusión, sin ningún tipo de temor, avancé entre la gente sin mirar a nadie más que a ella.

La letra era exacta, perfecta, metiendo el dedo en la llaga.

*Tú robas mi tiempo
como una revista barata
cuando podía haber estado aprendiendo algo
bueno, ya sabes a lo que me refiero.
He hecho esto antes
y volveré a hacerlo
ven y mátame, nena
mientras me sonríes como una amiga
y yo iré corriendo
solo para hacerlo de nuevo.
Tú eres la última copa que no debí tomar
tú eres el cuerpo escondido en el maletero
tú eres el vicio que no puedo dejar
tú eres mis secretos en primera plana cada semana.*

Roma caminó hacia el fondo de la galería y se paró delante de una fotografía. Estaba sola. Una columna de hierro de la galería me impedía ver la foto con claridad, pero pude apreciar en su perfil cómo su expresión se volvía

triste. Aún estaba de espaldas cuando llegué hasta ella.

Estaba delante de una foto mía, una que me había tomado tras comer en la *trattoria* de Luigi. Y recordé que aquel fue el momento en que decidí llevarla en Vespa por la ciudad, como en la película que tanto le gustaba.

«No me había dado cuenta de que me estaba fotografiando», pensé sonriendo.

—Debería cobrarte derechos —le dije intentando que no se notase en mi voz lo nervioso que estaba.

Capítulo 21

Roma

«Debería cobrarte derechos», escuché a mi espalda e inmediatamente me giré sobresaltada por aquella voz.

Ahí estaba Nic, delante de mí, mirándome de pies a cabeza y el corazón me dio un vuelco para comenzar a latir precipitadamente, sin ritmo alguno, atolondrado.

—Nic... —susurré sorprendida.

*Tú eres el coche que no debí comprar
tú eres el tren que no debí coger
tú eres la cicatriz que me hace esconder la cara
tú eres la fiesta que me hace darme cuenta de mi edad
eres como un accidente de coche que veo venir, pero no puedo evitar
eres como un avión que me dijeron que no debía tomar
eres como una película mala que tengo que ver hasta el final
Y ahora déjame decirte algo
Tienes suerte de que seamos amigos.*

—Hola, Roma —dijo él con su suave y hermosa voz.

—Hola —respondí casi sin aliento.

Nic parecía tenso, estaba serio, pero también guapísimo, con barba de varios días, una chaqueta gris oscura, camisa blanca sin corbata y unos vaqueros que le quedaban como un guante.

El impacto y la sorpresa de tenerle enfrente de nuevo me habían dejado completamente trastornada. Estaba descolocada, en blanco. No sabía qué hacer ni qué decir y como recurso me crucé de brazos apretándolos con fuerza

contra mi pecho, por instinto, para protegerme, pero no de él, sino de mí misma y de mis propias emociones.

—Lo has hecho —asintió sonriendo.

—Sí, seguí tu consejo —sonreí avergonzada—. ¿Te gusta?

—Me encanta —dijo mirando a su alrededor y enseguida supe que era sincero.

—Hay bastante gente —suspiré intentando relajarme—. Espero que cuando salgan las críticas no me destrocen.

—No las leas.

—Buena idea —asentí intentando sonreír.

Y entonces, como siempre que me pongo nerviosa, comencé a notar ganas de orinar. Suspiré con fuerza de nuevo, intentando sosegarme. «¿Cómo puede alterarme así?», me pregunté sorprendida.

Nic estaba allí y yo le hablaba como a un amigo al que había visto el día anterior y la situación me pareció como una ridícula broma del destino. No podía seguir charlando con él como si nada, como si aquel día y aquella noche de hacía exactamente un año no hubiesen sucedido y no hubiésemos hecho el amor como lo hicimos. Así que tomé aire, me recompuse y enseguida dejé de sentir esa molesta sensación en la vejiga.

—¿Qué haces aquí?

—Vacaciones —dijo encogiéndose de hombros.

Supe que estaba bromeando y que estaba nervioso. Sus gestos y su voz le delataban. Sabía que si se retiraba el flequillo rebelde de la frente con insistencia era porque estaba alterado.

—No te pega venir de vacaciones a Londres.

—Me has pillado —sonrió—. Londres no me gusta mucho.

—A mí tampoco —dije descruzando los brazos del pecho, sonriéndome algo más relajada—. No me gusta nada.

—En realidad he venido a ser el testigo de la boda civil de mi hermana.

—¿Tu hermana se casa en Londres?

—Sí, este fin de semana. El novio es descendiente de una familia griega. Tienen un restaurante griego en Bayswater.

Asentí. Realmente me importaba bien poco su futuro cuñado y su restaurante, solo quería saber qué diablos hacía Nic en mi exposición. ¿Era solo casualidad o realmente quería verme?

—La verdad es que vi el anuncio de tu exposición en la revista *Time Out*

esta mañana —dijo alimentando mis esperanzas—. Buscaba algún anuncio, a alguien que pudiese hacer el reportaje de la boda y fue cuando leí tu nombre.

Su aclaración me decepcionó.

—¿Y quieres contratarme? Puedo hacerte un precio especial —bromeé poniéndome a la defensiva, intentando no parecer contrariada.

—No, tú eres mucho mejor que un simple fotógrafo de bodas. No hay más que ver tu trabajo, es fabuloso. Tienes un gran sentido estético y... mucha sensibilidad para captar la luz, el momento...

—Gracias —susurré azorada.

Me emocionaba muchísimo que le gustasen mis fotografías.

—Me la hiciste a traición —dijo señalando su foto.

Y me sonrió con aquella espectacular sonrisa, la que no había podido olvidar en un año entero.

En la foto Nic estaba pensativo, con el ceño fruncido y el flequillo rebelde cayéndole sobre la frente, guapísimo, con una especie de autocontrol que él mismo se obligaba a mantener, forzando sus sentimientos. Ahora, al verle en mi fotografía, comprendía que, durante todo aquel día, juntos en Roma, Nic había estado llevando a cabo una lucha interior por decidir hacer lo correcto o lo mejor para él. A pesar de mí y a pesar de él mismo.

«Nic... siempre luchando contra todo y contra todos...», pensé.

—Es que no me pude resistir. Eres muy... fotogénico —dije.

Nic sonrió de nuevo y me di cuenta de que aquello había sonado totalmente estúpido. En realidad, habría querido decirle que en aquella foto intenté captar la belleza de su coraje, esa especie de amargura que tenía por el hecho de ser emigrante, su lucha y el empeño en no conformarse con lo que le había tocado vivir.

Nos quedamos callados. Yo me moría por decirle un millón de cosas. Quería saber, quería pedirle perdón por mi desconfianza, quería recuperar aquello que apenas pudimos comenzar, quería...

—¿Sigues trabajando en aquella revista? —pregunté para obligarle a hablar.

—No, me fui y fue un alivio hacerlo —dijo con seguridad —¿Y tú y... Oliver? No te casaste.

«Ha estado pendiente de mí. ¡Y va al grano!», pensé nerviosa y feliz a la vez. «Ahora me dirá que ha venido con su novia y me moriré del disgusto», pensé angustiada. «Me estaría bien empleado».

—Lo dejamos. Se lo tomó con su saber estar habitual. Ahora sale con lady Cybill Burton. Creo que se han comprometido.

—¿La modelo aristócrata? —exclamó sorprendido.

—Esa misma —reí.

—Peor para él. No le envidio en absoluto.

Lo dijo con esa inmensa sonrisa suya, tan tentadora y sensual, mirándome a los ojos con insistencia, haciendo que cada fibra de mi cuerpo experimentase un hormigueo suave y muy agradable como respuesta.

A medida que conversábamos, Nic había ido avanzado hacia mí y yo había ido retrocediendo hacia la pared, bajo las escaleras metálicas de caracol que daban paso al segundo piso de la galería, intentando mantener una distancia que me permitiese ser dueña de mí misma. Pero ya no me quedaba más espacio para seguir escapando. Ahora estábamos los dos muy cerca y medio tapados por una columna metálica. Junto a mí, en una peana, descansaba una instalación que formaba parte de la exposición. Mediante unos auriculares se podía escuchar el bullicio de las calles de Roma mezclado con algunas canciones italianas.

Pero hubiese sido igual el que los dos nos encontrásemos a la vista de todos, no me hubiese importado. No podía soportar más el deseo que me producía la cercanía de Nic.

Respiré hondo intentando encontrar las palabras adecuadas, pero no era capaz. Mi mente no procesaba bien por culpa de la proximidad de su cuerpo y de mi boca no salía lo que realmente quería decirle. Y por eso dije simplemente lo que sentía.

—No te había dado las gracias, así que... gracias, Nic.

—¿Por qué?

—Por no haber publicado el artículo ni las fotos.

—Te lo prometí.

—Lo sé. Debí creerte aquel día —susurré con tristeza.

—Me conformo con que me creas ahora y no me odies —me dijo con ternura.

—Lo hago. Y no te odio —dije mirándole a los ojos.

Inmediatamente noté cómo Nic se relajaba. Todo su cuerpo lo hizo ante mis ojos y su mirada se volvió más dulce y suave. De pronto comencé a sentir

aquellas dichosas mariposas en el estómago.

—Pues... es un alivio inmenso porque durante estos meses... me he sentido tan culpable...

—¿Por qué?

—Por haberte hecho daño. Nunca fue mi intención. Solo iba a ser un reportaje, pero... no sé qué pasó. Se me fue todo de las manos —resopló—. Bueno, sí. Sé perfectamente lo que pasó. Fuiste tú. Te conocí y...

—¿Y? —pregunté ansiosa, sonriéndole con ternura.

—Y ya nada será igual. Todo ha cambiado. Tú lo has cambiado todo y te lo agradezco de verdad.

—Tú también lo has cambiado todo y me has hecho cambiar a mí. Ahora soy... más valiente —dije emocionada.

—No lo creo. Yo te veo igual. Igual de sincera y valiente que cuando te conocí. Me parece que ya eras así, solo que no te habías dado cuenta —sonrió.

—Yo me siento distinta desde entonces. Mayor —susurré.

Nic no me quitaba sus hermosos y profundos dulces ojos oscuros de encima y el corazón me latía a mil por hora. Yo estaba expectante y él parecía estar aguardando el momento oportuno. Entonces respiró hondo y lo dijo.

—Roma... —susurró acercándose más aún hasta que su cadera rozó la mía—. Ven conmigo a la boda de mi hermana.

—¿Contigo? No era eso lo que pensaba que me dirías —bromeé.

Nic me sonrió con ternura.

—Comeremos comida griega, romperemos platos y hasta puede que baile el *sirtaki* —me susurró al oído.

—¿Bailas el *sirtaki*! Pues eso tengo que verlo —exclamé sorprendida.

—¡No, es broma! —rio.

—Qué lástima —sonreí.

—Venga, ven... Acompáñame —me susurró muy cerca de la boca—. Ven conmigo, pequeña.

—Solo si... —sonreí tentándole—. Si te callas y me besas de una vez.

Y tomando aire con fuerza tomó mi rostro entre sus manos grandes y me estampó un beso ansioso, largo y profundo que me aturdió por completo, haciéndome temblar de necesidad.

Nos estábamos besando con los ojos cerrados, ajenos a todo, hasta que, no sé cómo, me di cuenta de dónde estaba y los abrí para encontrarme con los de mi madre al otro lado de la galería.

—Creo que mi madre nos está mirando —susurré.

Nic se giró y vi cómo ella nos sonreía.

—Y creo que viene hacia aquí —dijo él.

—¡Oh, mierda!

Nic se rio besándome el pelo. Mi madre caminaba hacia nosotros decidida y sonriente. No teníamos escapatoria.

—¡Roma, hija, así que estás aquí! Veo mucha gente. Creo que va a ser todo un éxito —dijo disimulando por poco tiempo—. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Sí, mamá —asentí poniendo los ojos en blanco—. Este es Nic, Nikolaos Venizelos. Es periodista y nos conocimos en Roma hace un año.

—¡Vaya! —sonrió entendiendo por fin—. Encantada. ¿Es usted...?

—Griego, señora Silverstone.

Nic sonrió de aquel modo deslumbrante, ganándose a mi madre inmediatamente.

—Y un buen amigo de Roma, por lo que veo. Griego... —repitió encantada, estrechándole la mano a Nic mientras asentía—. Os dejo, chicos. ¿Nos vemos más tarde en la fiesta, Nic?

—Claro, señora Silverstone.

—Llámame Laura, querido —dijo coqueta.

Yo volví a poner los ojos en blanco mientras mi madre se alejaba toda satisfecha, con su elegancia habitual.

—La conozco, le va a faltar tiempo para chivárselo a mi padre.

Nic rio acariciando mi cintura bajo el vaporoso top de seda, estremeciéndome de pies a cabeza.

—Estás preciosa —me susurró al oído con voz sensual—. ¿Tienes que quedarte mucho más tiempo?

—No, no mucho. Pero luego tengo esa dichosa fiesta para la familia y algunos amigos en un hotel cercano.

—¿Y tienes que ir?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Puedo escaparme, no sería la primera vez.

—Eres experta en escaparte, pequeña —dijo sobre mis labios.

Ya en la cama, tras esquivar la fiesta, me decidí a pedírselo. Acabábamos

de hacer el amor y había sido igual de increíble que aquella noche en su apartamento del Trastevere, aunque, a pesar de ser una habitación de hotel de cinco estrellas, no podíamos disfrutar de las vistas de Roma y de la salida del sol desde la cama.

—¿Sabes qué? Creo que haré las fotos de la boda de tu hermana —dije recostada sobre el pecho de Nic.

—Ahora vas a ser una fotógrafa famosa. No tienes por qué hacerlo, cariño —dijo besando mi pelo despeinado.

—Quiero hacerlo. Será mi regalo de bodas para tu hermana —insistí palmeando su pecho.

Nic me miró y su sonrisa se ensanchó aún más. Suspiró con fuerza y entonces decidí contárselo.

—Y... Nic. La semana que viene me marcho a Nueva York. Voy a pactar una importante entrevista con una revista seria —dije acariciando su pecho—. Quiero concretar las condiciones, lo que preguntarán, lo que no responderé bajo ningún concepto...

—Sí, sé cómo funciona. ¿Qué revista es?

—*The New Yorker*.

—¡Vaya! —exclamé—. No es... la típica revista de chismes de *celebrities* o de moda.

—No, quería algo... menos frívolo e idiota. Quiero que se me tome en serio. Por eso he pensado... Pacté que si querían la entrevista pondría yo al entrevistador, de mi elección. Y ahí es donde entras tú —dije señalándole con el dedo—. Quiero que tú me hagas la entrevista.

Nic me miró asombrado.

—Roma...

—No te puedes negar.

—¿Cómo que no? —rio.

—Te debo una. Una entrevista y unas fotos, y tú eres el que mejor me conoce. Quiero darle tu enfoque a esa entrevista. Que no sea algo sobre por qué no suelo llevar tacones, si hago dieta y todas esas mierdas. Quiero hablar de fotografía.

—¿Para *The New Yorker*? Pero si... tengo que volver a... mi trabajo —dijo abrumado.

—Eso da igual y lo sabes —dije incorporándome para mirarle a los ojos muy seria—. Te quiero y no pienses ni por un jodido momento que te estás

aprovechando de mí, Nic.

Él se quedó mirándome fijamente y sonrió.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—Repítelo —sonrió de nuevo.

—¿Lo de que te quiero?

—Sí... eso —susurró ronco.

—Te quiero. ¿Vendrás a Nueva York conmigo?

—Solo si tu vienes conmigo a Atenas dentro de un mes, a la boda religiosa de mi hermana Zoe.

Asentí sin dudarlo.

—¿Sí? —preguntó emocionado.

—Quiero conocer a tu *giagia*, Olympia. Y ver Atenas.

—No creí que sería tan fácil —rio justo antes de volver a besarme con entusiasmo.

—*Se agapó* —susurró con una devoción infinita, aún sofocado y apoyando su frente en la mía.

—¿Qué significa? —pregunté con la voz entrecortada, recuperando poco a poco el control de mí misma y el resuello.

—Ya lo sabes.

Nic besó mi pelo, abrazándome con fuerza.

—No, no lo sé.

—Pues yo creo que sí.

Negué con la cabeza sonriendo traviesa. Nic me sonrió también, acariciando mi rostro con ternura justo antes de volver a besarme.

Claro que lo sabía.

FIN

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

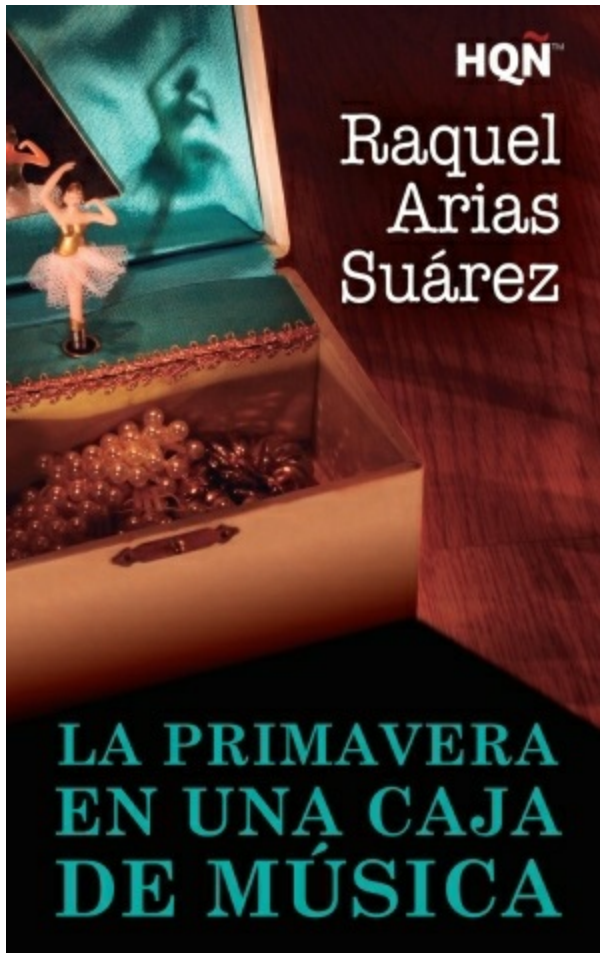
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HQN™

Raquel
Arias
Suárez

LA PRIMAVERA
EN UNA CAJA
DE MÚSICA

La primavera en una caja de musica

Arias, Raquel

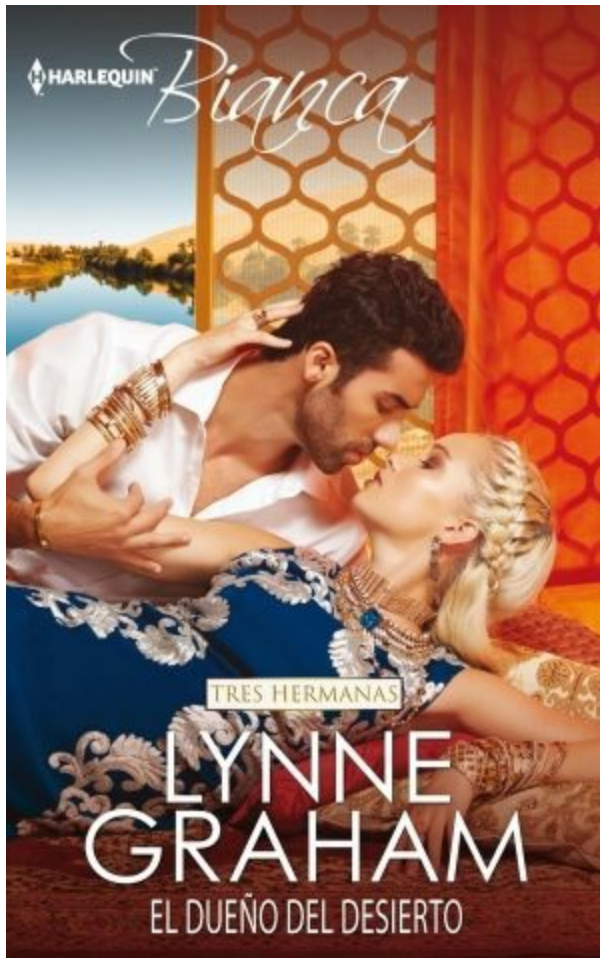
9788491887201

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Nora deja su adorado trabajo en Washington tras una gran decepción, se siente perdida. Decide viajar junto a su tía abuela Annie a tierras brasileñas, lugar de nacimiento de la mujer. Allí, las tres ancianas hermanas de su abuela le contarán la historia familiar, desvelando poco a poco sus secretos, y conseguirán que tome distancia de sus problemas. Nora conocerá a Bruno, un ingeniero que está viviendo en la vieja casa familiar y que le hará replantearse toda su existencia, incluida la convivencia con su novio. De su mano aprenderá a amar la naturaleza tal y como él la ama, y se dará cuenta de que el amor verdadero llega cuando menos te lo esperas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



HARLEQUIN

Bianca

TRES HERMANAS

LYNNE
GRAHAM

EL DUEÑO DEL DESIERTO

El dueño del desierto

Graham, Lynne

9788491881513

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Con este anillo... ¡Te chantajearé! Cuando la ingenua Polly Dixon aterrizó en Dharia, un reino del desierto, con un anillo que era su único lazo con su misterioso pasado, no podía imaginarse que iban a detenerla y a dejarla a los pies del imponente dirigente de ese país. El rey Rashad recelaba de la deseable Polly, pero la imaginación del pueblo de Dharia se había disparado al enterarse de que ella poseía el anillo y creían que Polly era la esposa que él había estado esperando. Por eso, Rashad inició una ofensiva sensual en toda regla para acabar derritiendo la firmeza de Polly y que le pidiera que la llevara al altar.

[Cómpralo y empieza a leer](#)